

MICHEL QUOIST

O R A C I O N E S
P A R A R E Z A R P O R L A C A L L E

traducido por
JOSÉ LUIS MARTIN DESCALZO
y
RAMÓN MARÍA SANS VILA

34." EDICIÓN

EDICIONES SIGÚEME
Apartado 332
SALAMANCA
1971

Traducción directa por J. L. MARTÍN DESCALZO y R. M^o SANS VILA sobre la obra original francesa. *Frieres*, de MICHEL QUOIST, publicada por Les éditions Ouvrières, de París», el año 1954 - Fotografías originales de Estele, Gilí y Monistrol - Censor: FRANCISCO J. ALTES - Imprimase: GRBOKIO MODREGO, Arzobispo de Barcelona, 3 de diciembre de 1960

© *Ediciones Sigüeme*

Reservados todos los derechos para la versión española

Núm. edición: ES. 170

Printed in Spain

Depósito legal: B. 3107 - 1971 - Altes, s. L.. Caballero 87, Barcelona- 15

Í N D I C E

PROLOGO.	9
SI PUDIÉRAMOS ESCUCHAR A DIOS.	19
Amo a los niños.	21
Mi mejor invento es mi Madre.	24
Despiértate ya, hijo mío, por favor.	27
SI SUPIÉRAMOS CONTEMPLAR LA VIDA.	33
Me gustaría levantarme en vuelo.	35
...TODA LA VIDA NOS HABLARÍA DE ÉL	39
El teléfono.	41
Pizarras verdes.	42
La tela metálica	43
El pisotón	44
El tensor de la «bici».	45
Mi amigo.	46
El ladrón.	47
El niño.	48
Carteles.	49
El metro.	50
El columpio.	51
La puerta.	52
...TODA LA VIDA SERÍA UNA ORACIÓN	53
Oración ante un billete de mil pesetas.	55
La revista pomográfica	58
El tractor.	62
El entierro.	64
El mar.	68
La mirada	70
Amar: Oración del adolescente.	73
Marcelo estaba solo.	76
El delincuente.	79
Gracias.	83
El sacerdote: Oración del domingo por la tarde	86
La palabra	90
Este rostro, Señor, me vuelve loco.	93

El hambre.	98
La vivienda.	102
El hospital.	106
En medio de la calle.	109
El bar.	112
Esclavos.	115
Soltad a fulano.	119
La calva.	123
Fútbol nocturno.	126
Tengo tiempo.	129
No hay más que dos amores.	133
Todo.	138
ETAPAS DEL ENCUENTRO DE CRISTO CON LOS	
HOMBRES.	141
Señor, líbrame de mí mismo.	143
Señor, ¿por qué me has dicho que amase?	147
Ayúdame a decir «sí».	151
Nada, nada, yo no soy nada.	155
Señor, estoy aterrado.	158
La tentación.	161
Pecado.	164
Es de noche.	168
Tú me has cautivado.	171
Ante Ti, Señor.	175
ORACIONES PARA REZAR POR EL CAMINO DE	
LA CRUZ.	177
I. Jesús es condenado a muerte.	179
II. Jesús con la cruz auestas.	181
III. Jesús cae por primera vez.	183
IV. Jesús encuentra a su Madre.	185
V. El Cirineo ayuda a Jesús a Llevar la cruz.	187
VI. La Verónica enjuga el rostro de Jesús.	189
VII. Jesús cae por segunda vez.	191
VIII. Jesús reprende a las hijas de Jerusalén.	193
IX. Jesús cae por tercera vez.	195
X. Jesús es despojado de sus vestiduras.	197
XI. Jesús es clavado en la cruz.	199
XII. Jesús muere en la cruz.	201
XIII. Jesús en los brazos de su Madre.	204
XIV. Jesús es colocado en el sepulcro.	206
EPILOGO.	209

P R Ó L O G O

ORACIÓN: UNA PALABRA DESPRESTIGIADA

A la hora de traducir este libro de Michel Quoist ha habido para nosotros una palabra rebelde, una a la que hemos dado vueltas y vueltas. Me refiero a la palabra que sirve de título a la edición francesa de la obra: «Frieres».

¿Oraciones? ¿Plegarias? Sí, cualquiera de las dos traducciones hubiera servido pero... Nos imaginábamos el libro ya en los escaparates: perdido entre novelas de títulos brillantes y libros de memorias. Veíamos la portada y sobre ella una sola palabra: «Oraciones».

Imaginarse al hombre de la calle parado ante este escaparate era cosa también fácil. ¿Qué pensaría de esta extraña palabra perdida entre colorines y colorines que gritan como la vida?

Y es que entre nosotros oración es una palabra abiertamente desprestigiada. O quizá mejor: arrinconada. El hombre de la calle viéndola campear en la portada de un libro seguramente sentiría una difícil sensación, como si este libro hubiera sido algo raro metido entre los otros, cual si estuviera aislado por una campana neumática y un globo de aire destilado lo rodease.

El español sabe, al parecer, rezar muy bien a «las horas de rezar», pero sabe también perfectamente decir a las demás horas que «ahora no estamos en Misa»

y reservar su capacidad religiosa para «mejores momentos».

Por eso vacilábamos a la hora de traducir este título. Teníamos que decirle a nuestro hombre del escaparate que este libro era para él, que este libro no era un pedazo de iglesia injertado en una librería, sino sencillamente una librería y una calle vistas con ojos cristianos.

¿Vero es que unos ojos cristianos tienen algo que hacer en plena calle o en los últimos rincones de la vida? En la mente del hombre de hoy surge siempre esta vieja tentación: la más antigua y peligrosa de todas, la maniquea. Hemos ido creándonos un cristianismo celeste, hemos ido cogiéndole miedo al mundo y pensando que el único modo de que no se nos manchase la religión era aislándola de todo contacto con la realidad. Lo del viejo cuento de las manzanas: las buenas en un frutero aparte, no fuesen a contagiarse de las malas.

El resultado estaba siendo en muchos casos una religión sin nervio y una vida sin alma. Muchos cristianos se trasladaban durante media hora semanal a un viejo siglo arrancado a la Edad Media, y, luego a la salida se «cepillaban» esta antigüedad y... «vivían». Dentro hablaban un lenguaje «embalsamado», fuera un lenguaje «laico».

Vara muchas almas el problema se multiplicó cuando la vida religiosa se les «embalsamó» también y comenzaron a construirse una oración «sin Dios» y unas misas «sin Cristo». Dios al final estaba tan ausente de sus veinticinco minutos como de las veintitrés horas y treinta y cinco. Era ya una «religiosidad laica». El padre Arrizabalaga escribió con acierto que

muchos iban a misa por la misma razón que a los cadáveres sigue saliéndoles barba: por inercia vital. Muchos de los que rezaban estaban ya muertos cuando iban a misa. Vistos desde fuera seguían pareciendo vivos, pero el alma cristiana estaba ya lejos de ellos. Rezaban en la más aterradora ausencia de Dios.

DIOS ESTÁ VIVO

Por eso la primera tarea de los cristianos conscientes de hoy es meter a Dios en la oración de sus hermanos. Y, como Dios está vivo, meter la vida en toda oración cristiana. Conseguir que esta palabra «oración» no siga sonando en nuestros oídos como una palabra vieja: «centauro», «sirena» o «maguer». Meterla en la vida, en este siglo XX que vivimos. Rezar por la calle. Llevar la oración a la vida, llevar la vida a la oración, exactamente.

Llevar la oración a la vida no es, naturalmente, caminar por ella con los ojos cerrados. Ya sabéis lo de santa Teresita: quiso un día, de chiquilla, mortificar la vista y se decidió a caminar a ciegas. El resultado fue muy simple: un cesto de manzanas rodando por el suelo. Santa Teresita aprendió la lección: un santo de ojos cerrados sólo consigue fastidiar al prójimo, santamente, claro. Se trata de ir por la vida con los ojos abiertos, con los ojos cristianos.

Llevar la vida a la oración tampoco es disiparse. El hombre de hoy sigue precisando los «baños de silencio» de que Claudel hablaba. Lo que ya no es tan claro es que estos «baños» deban ser de deshumanización, que el hombre haya de abandonar sus barro,

su gabardina, su alma a la puerta de la oración y acercarse a Dios con una careta arcangélica.

Es preciso volver a las cosas como son: la religión y la vida como una sola cosa. El cristiano ha de aprender a «vivir la oración» y «orar la vida». No sólo «orar en la vida» sino orar la misma vida.

NO TENER MIEDO AL MUNDO

Todo esto exige una gran sencillez de alma, una visión sin retóricas de misterios tan limpios como que Dios es nuestro Padre, que Dios se hizo uno de nuestra raza, que los hombres somos todos hermanos, que todos somos esa cosa maravillosa que es ser hijos.

Exige también no tener miedo al mundo, amar las dulces cosas de la tierra y todo lo de abajo, amar — con terrible amor — esta naturaleza tan pegadiza al pecado. Un cristianismo menos celeste, en suma.

AL PAN PAN Y AL VINO VINO

A las casas se entra por los portales, y el portal de la oración es su lenguaje. La oración — siendo así — tiene el portal bastante desvencijado. Hace poco oí rezar una novena que sumaba un total de 44 «ísimas»: santísima, dulcísima, purísima... Cuarenta y cuatro, no exagero. Me dijeron que era una novena que daba mucha devoción. «A pesar de los ísimas» pensé. Porque uno, la verdad, no podía menos de sonreír al imaginarse a los novios dirigiéndose a sus parejas con frases de este estilo: «Oh, excelentísima y preciosísima señora novia mía: asomado al espectáculo de vuestra sin par belleza...»

¡Y qué bonita y sencilla fue siempre la oración! «Los viejos salmos — ha escrito el padre Charles — nos hablan de las ranas y de los mosquitos, de la lengua de los perros, del mochuelo y de los asnos salvajes, del queso, de la manteca, del aceite y de la cerveza, de las vacas que paren — abundantes in egressibus suis — y de las vainas que se dan de comer a los cerdos. Todo esto no es muy académico, pero el Espíritu Santo no se entorpece con los escrúpulos de nuestros estetas».

¡Y la sublime sencillez de la liturgia! Es hermoso leer esa misa en la que no hay una palabra que no pudiera entender un carretero, siempre, naturalmente, que los traductores fueran tan amigos de los carreteros como de los diccionarios.

¡Qué mala suerte, en cambio, han tenido las demás oraciones! El siglo XVII volcó sobre ellas la maravillosa y complicadísima construcción de sus frases, el XVIII la fríasima sabiduría de sus sabios preceptistas, el XIX la selva de su retórica y mal gusto. El XX no parece haberse inclinado sobre ellas hasta el presente. Y, sin embargo, los hombres que hoy rezamos hemos nacido casi todos en este siglo XX. Y tenemos nuestro lenguaje. Y nuestras manías y nuestros modos de decir las cosas. Un lenguaje bueno o malo, pero nuestro. Unas preocupaciones hondas o superficiales, pero nuestras. Unas esperanzas más o menos sólidas, pero profundamente nuestras.

¿Qué impide entonces que el siglo XX aporte su lenguaje a la oración de hoy? Sólo la rutina, sólo una tradición mal entendida.

Mal entendida y funesta. Porque quizá en ella se basa, en gran parte, esa extraña sensación que sentimos

muchas veces al entrar en las iglesias. En muchos casos el lenguaje que allí oímos es plenamente extranjero y dista del lenguaje corriente poco menos que el checoslovaco.

LAS ORACIONES DE QUÖIST

Ya está dicho por qué traducimos las oraciones de Michel Quoist: porque en ellas encontramos las preocupaciones y esperanzas del hombre de hoy, expresadas con un lenguaje siglo XX ciento por ciento.

Oraciones siglo XX por lo comunitarias. Quizá nunca — salvo en la liturgia — hemos leído oraciones en las que pesase tanto el prójimo. Casi diríamos que es éste el gran descubrimiento de Quoist: la carga de fraternidad que todas sus palabras llevan, la batalla al egoísmo religioso, la lucha contra una piedad que consuele y atonte en vez de empujar hacia el amor a los demás.

Este descubrimiento del prójimo lleva encadenado el hallazgo del dolor del mundo: una gran zona del mundo sufriente clama en todas estas páginas. Y clama sin demagogias ni fórmulas declamatorias; con todo el peso de unos hechos que no precisan comentario. «Todos los casos que en este libro se cuentan — nos dice en una de las notas la edición francesa— son rigurosamente históricos». La nota nos parece interesante, pero no era necesaria. Quien haya vivido con los ojos medianamente abiertos — en Francia o en España — se habrá encontrado docenas de dolores gemelos. Que desgraciadamente no hay fronteras para la amargura. Como no las hay para la Gracia.

Oraciones siglo XX por su lenguaje: ese decir las cosas como son, sin adornarlas, que es una de nuestras características más acusadas. Decirlas casi con desaliño, como las contaría una mujer de barrio o un dependiente de comercio.

Ésta era — hemos de confesarlo — la mayor dificultad a la hora de traducir este libro. Porque una mujer de barrio española habla con sus modismos, y éstos son forzosamente diversos de los usados en una calle parisina. Esto ha hecho que más que traducirlas hayamos debido trasplantarlas de boca. El libro que quiere ser rezado por hombres de la calle no podía «saber» a francés. Y ello ha hecho que hayamos optado más por el «sabor español» que por la exactitud matemática a la hora de nuestro trabajo. Si el lector no encontrase tropiezos a la hora de leer nos sentiríamos felices.

CUATRO PARTES

Y ahora debemos abrir ante el lector la estructura del libro de Quøist. No porque sea difícil, sino porque siempre vendrá bien una visión de conjunto trazada desde el principio.

En las primeras oraciones —tres solamente— habla Dios. Porque la oración es antes que nada «escuchar». Estamos demasiado habituados a entender la oración como charla por parte del hombre, y hay así — también en lo religioso — más charlatanes que oyentes. Y lo primero es oír. ¿Pero cómo atreverse a inventar las palabras que Dios dirigirá al lector de estas páginas? Quøist lo intenta y ¡con cuánto acierto! Siguiendo la trayectoria de Péguy ha puesto en la

boca del Padre palabras infinitamente paternas, infantiles casi. Estamos en la ribera opuesta de ese Dios terrible que muchos imaginan. Quoist le hace hablar en voz baja, con un tono lleno de dulce humor e impresionante cariño. Y es bueno que el lector comience aprendiendo esta lección a través de la boca de Dios: hablar sencillamente, rezar humildemente, con un tono familiar, como decimos «buenos días» o «hasta mañana, Juan».

En la segunda parte Dios sigue hablando, pero ahora a través de las cosas. ¡Si supiéramos ver! ¡Si supiéramos oír! Todas las cosas nos transmitirían esa lección de amor que Dios dejó escrita en todas ellas, todo nos hablaría. A través de pequeñas plegarias, Quoist nos dibuja la pequeña palabra de unas cuantas pequeñas cosas. Pero ¡qué gran libro de oración sería el mundo si supiéramos recoger todas estas infinitas páginas esparcidas por el ancho mundo!

Siguen luego las oraciones en las que el hombre habla de Dios. También aquí la oración nace de la vida, de los sucesos cotidianos, de los dolores diarios. De un amigo encontrado, de un problema entrevisto.

Estas oraciones, digámoslo en seguida, son a veces molestas, «fastidian a algunos» dice el autor en el prólogo a la edición francesa. A pesar de ello nosotros quisiéramos pedir al lector español que sea «lo suficientemente valiente como para no saltarse esas páginas inquietantes a fin de oír las preguntas que a través de ellas Dios querrá plantearle». La oración no puede ser un somnífero ni una morfina, y si debe conducir a la paz, no podemos confundir paz con modorra. La paz cristiana — esto lo sabe todo el que

haya abierto alguna vez el Evangelio — es una mezcla de serenidad y espada. En estas oraciones es la espada quien despunta, no para llevar a la angustia, pero sí a una conciencia más abierta al mundo y a una acción menos complaciente.

La cuarta parte de esta obra intenta iluminar el sentido del camino del cristiano. Visto a través de las etapas normales de todo cristiano al principio; iluminado después por el «Camino» de Jesús. Vaginas todas estas que llevan hacia a luz, pero sin camuflar un sólo instante las sombras que hacia ella conducen.

CÓMO HAY QUE REZAR ESTE LIBRO

¿Nos perdona el lector si alargamos un poco más este prólogo para darle aún unos consejos que le hagan más útil este libro? Seremos ya breves:

Recordarle, ante todo, que no lo ha de leer de un tirón, como una novela. Hay en estas páginas oraciones escritas en los más diversos estados de ánimo y evidentemente es necesario empalmar con estos momentos. Quizá el camino fuese, tras una primera lectura, dejarlo como libro amigo al que se acude de vez en cuando y se busca los días tristes para leer «tal» oración y los alegres «tal otra». Entonces alcanzará el lector todo su jugo.

Advertir también que este libro no se cierra con sus páginas. Se trata más de dar modelos de oraciones al lector que de realizarlas todas.

Un tercer aviso: leerlas conectándolas con los textos evangélicos que las preceden. Demasiadas veces hemos hecho oración alejándonos del Evangelio. Quoist no lo

ha hecho así, y éste es otro de los méritos de este libro: unas sencillas citas que puestas a la altura de la vida de hoy parecen todas escritas hoy también. Si el lector leyendo lograra sentirse vivo dentro aún del mundo evangélico...

X)ltimo consejo: leer orando, ha oración suele terminar donde empieza, y mal podría concluir en oración lo que comenzó en literatura. O en superficialidad.

MUNDO MEJOR, ORACIÓN MEJOR

Y ahora ya sólo tiene el lector que pasar una página para entrar en el clima de Quoist. Si en las páginas que siguen aprendieran muchos lo sencilla que es la oración, el fruto de este libro estaría conseguido. Y sería tan importante...

«Deseamos — ha escrito Rademacher — un hombre nuevo, una familia nueva, un estado nuevo, una sociedad nueva, una cultura nueva y una nueva tierra. Pero las realidades exteriores de la vida no pueden renovarse sin que haya una regeneración interior. Sólo cuando hayamos tendido un puente sobre el abismo que separa al hombre de Dios, podremos llenar las otras simas».

Ese puente es la oración y toda las reformas han de empezar por ella. Tendremos un mundo mejor cuando tengamos una oración mejor. Cuando tengamos una verdadera unión con Dios y los demás hombres, cuando ni un solo dolor del mundo nos resulte extraño, cuando nos llegue a parecer normal ver a Cristo caminando por una de nuestras calles y acercarnos a Él, y decirle: «Hola, Señor, ¿cómo estás?»

JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO

Si supiéramos escuchar a Dios...

Si supiéramos escuchar a Dios oiríamos su voz.

Porque Dios nos habla. Ha hablado en su Evangelio.

Y habla todavía hoy en la vida, este quinto Evangelio, que página a página vamos escribiendo nosotros todos los días.

Pero nuestra fe es demasiado enclenque y nuestra vida demasiado vulgar.

He ahí por qué llega tan pocas veces hasta nosotros el mensaje de Dios.

¿Por qué no nos imaginamos lo que Él nos diría hoy a los hombres del siglo XX puesto a traducirnos su Evangelio?

Tal vez esto nos ayude a escuchar su voz en los comienzos de nuestra vida de amistad con Cristo.

AMO A LOS NIÑOS

Y le presentaron unos niños para que pusiera sus manos sobre ellos, pero los discípulos comenzaron a refunfuñar. Viéndolo Jesús, se enojó y les dijo:

«Dejad que los niños vengan a Mí y no los estorbéis, porque de ellos es el Reino de Dios. En verdad os digo, quien no reciba el Reino de Dios como un niño no entrará en él». (Mc 10,13-15)

* *

Yo amo a los niños, dice Dios, y quiero que os parecáis a ellos.

No me gustan los viejos, dice Dios, a no ser que sean niños todavía.

Y en mi reino no quiero más que niños, eso está decretado desde siempre.

Niños cheposos, niños retorcidos, niños arrugaditos, niños de barba blanca, todas las clases de niños que queráis, pero niños, sólo niños.

Y no hay que darle vueltas. Eso está decidido. No tengo sitio para los mayores.

Yo amo a los niños, dice Dios, porque en ellos mi imagen no ha sido adulterada, ellos no han falseado mi semejanza, son nuevos, son puros, sin borrón, sin escoria.

Por eso cuando Yo me inclino sobre ellos dulcemente es como si me estuviera mirando en un espejo. Amo a los niños porque aún están haciéndose, porque están aún formándose, van de camino, caminan.

Pero con los mayores, dice Dios, con los mayores ya
no hay nada que hacer, ya no crecerán más, ni
una gota, ni un palmo,
¡basta!, ¡patlaf!, se han estancado.

Es horrible, dice Dios, los mayores creen que ya han
llegado.

A los niños grandes, dice Dios, sí los amo,
aún están luchando, aún cometen pecados.
Bueno, a ver si me entendéis, no es que los ame por-
que los cometan, dice Dios,
es porque saben que los cometen y se esfuerzan
en no cometer más.

Pero a los «hombres serios», dice Dios, ¿cómo voy
a amarlos?

Nunca hicieron mal a nadie, no tienen nada de que
arrepentirse, no puedo perdonarles nada, no tienen
nada de que pedir perdón.

Es descorazonador, dice Dios. Descorazona porque
no es verdad.

Pero sobre todo, dice Dios, sobre todo, los pequeños
me gustan por sus ojos.

Es ahí donde Yo leo su edad.

Y en mi cielo — veréis — no habrá más que ojos
de cinco años de edad. Porque yo no conozco
cosa más bonita que una mirada inocente de niño.

Y no es extraño, dice Dios, porque Yo habito en ellos,
y soy -Yo quien se asoma a las ventanas de sus
almas.

Cuando en la vida os encontréis una mirada pura, soy
Yo quien os sonrío a través de la materia.

En cambio, dice Dios, no hay cosa más horrible que
unos ojos marchitos en un cuerpo de niño.
Las ventanas están abiertas y la casa vacía.
Quedan dos cuevas negras, pero dentro no hay luz.
Tienen pupilas, pero huyó la mirada.
Y Yo, triste, a la puerta, tengo frío, y espero, y golpeo,
y me pongo nervioso por entrar.
Y el de dentro está solo: el niño.
Se endurece, se seca, se marchita, envejece.
¡Pobrecito!, dice Dios.

*

¡Aleluya, aleluya!, dice Dios. ¡Abrios bien, los viejos!
Es vuestro Dios, el siempre Resucitado, quien va a
resucitar en vosotros al niño.
Daos prisa, es la ocasión, moveos. Estoy dispuesto
a devolveros un hermoso rostro de niño, una her-
mosa mirada de niño.
Porque Yo amo a los niños, dice Dios, y quiero que
os parezcáis a ellos.

MI MEJOR INVENTO ES MI MADRE

María, la Virgen, se nos fue al cielo. En alma y cuerpo. Misterio de la Asunción. A nuestra generación le han tocado la honra y el gozo de asistir a la proclamación de este dogma.

Los hombres tenemos uno de nuestra raza, un hermano nuestro, que es Dios.

Y una mujer de nuestro linaje, hermana nuestra, que es Madre de Dios.

Y uno y otra, juntos, cuerpo y alma, siguen nuestros pasos, nos aman y nos esperan en la Felicidad que no tiene fin.

* *

Entrando (el ángel) donde ella estaba, le dijo: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo». (Le 1,28)

Dijo María: «Mi alma alaba al Señor, y exulta de júbilo mi espíritu en Dios mi salvador, porque ha mirado la humildad de su sierva, por eso todas las generaciones me llamarán bienaventurada porque ha hecho en mí maravillas el Todopoderoso, cuyo nombre es santo». (Le 1,46-49)

* *

Mi mejor invento, dice Dios, es mi madre.

Me faltaba una madre y me la hice.

Hice Yo a mi madre antes que ella me hiciese. Así era más seguro.

Ahora sí que soy hombre como todos los hombres. Ya no tengo nada que envidiarles, porque tengo una madre, una madre de veras.

Sí, eso me faltaba.

Mi madre se llama María, dice Dios.

Su alma es absolutamente pura y llena de gracia.

Su cuerpo es virginal y habitado de una luz tan espléndida, que cuando Yo estaba en el mundo no me cansaba nunca de mirarla, de escucharla, de admirarla.

¡Qué bonita es mi madre! Tanto, que dejando las maravillas del cielo nunca me sentí desterrado junto a ella.

Y fijaos si sabré Yo lo que es eso de ser llevado por los ángeles..., pues bien: eso no es nada junto a los brazos de una madre, creedme.

Mi madre ha muerto, dice Dios. Cuando me fui al cielo Yo la echaba de menos. Y ella a Mí.

Ahora me la he traído a casa, con su alma, con su cuerpo, bien entera.

Yo no podía portarme de otro modo. Debía hacerlo así. Era lo lógico.

¿Cómo iban a secarse los dedos que habían tocado a Dios?

¿Cómo iban a cerrarse los ojos que Lo vieron?

Y los labios que Lo besaron ¿creéis que podrían marchitarse?

No, aquel cuerpo purísimo, que dio a Dios un cuerpo, no podía pudrirse entre la tierra.

Y Yo no fui capaz. ¿Cómo iba a hacerlo? Habría sido horrible para Mí.

¿O no soy Yo el que manda? ¿De qué iba a servirme, si no, el ser Dios?

Además, dice Dios, también lo hice por mis hermanos los hombres:

para que tengan una madre en el cielo, una madre de veras, como las tuyas, en cuerpo y alma. La mía.

Bien. Hecho está. La tengo aquí, conmigo, desde el día de su muerte. Su ascensión, como dicen los hombres.

La madre ha vuelto a encontrar a su Hijo, y el Hijo a la madre, en cuerpo y alma, el uno junto al otro, eternamente.

Ah, si los hombres adivinasen la belleza de este misterio...

Ellos lo han reconocido al fin oficialmente. Mi representante en la tierra, el Papa, lo ha proclamado solemnemente.

¡Da gusto, dice Dios, ver que se aprecian los dones que uno hace! Aunque la verdad es que el buen pueblo cristiano ya había presentido ese misterio de amor de hijo y de hermano...

Y ahora: que se aprovechen, dice Dios.

En el cielo tienen una madre que les sigue con sus ojos, con sus ojos de carne.

En el cielo tienen una madre que los ama con todo su corazón, con su corazón de carne.

Y esa madre es mía. Y me mira a Mí con los mismos ojos que a ellos, me ama con el mismo corazón.

Ah, si los hombres fueran picaros... Bien se aprovecharían.

¿Cómo no se darán cuenta de que Yo a ella no puedo negarle nada?

¡Qué queréis! ¡Es mi madre! Yo lo quise así.

Y bien... no me arrepiento.

Uno junto al otro, cuerpo y alma, eternamente Madre e Hijo...

DESPIÉRTATE YA, HIJO MÍO, POR FAVOR

Hay que observar a Cristo mientras sube al Calvario. Y revivir con Él las estaciones de su Vía Crucis, para respirar su amor para con nosotros.

Pero la Pasión no se acabó entonces.

Resumida en Cristo, que cargó sobre sí todo el pecado y el dolor de los hombres, dos mil años después se sigue concretando en el mundo, y seguirá concretándose hasta el último atardecer del tiempo.

Cristo vivo en sus miembros sigue sufriendo y muriendo por nosotros a dos pasos de nosotros.

Su Calle de la Amargura pasa por nuestros barrios y ciudades, hospitales y fábricas; pasa por nuestras callejas de miseria y dolor de todos los estilos; pasa incluso por nuestros campos de batalla.

También ante estas estaciones hemos de meditar y orar para pedir a Cristo doloroso el valor de amarle lo bastante para lanzarnos a la acción.

* *

Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia. (Col 1,24)

Yo estaré en agonía hasta el fin de los siglos, dice Dios.

Seré crucificado hasta el fin de los siglos.

Los cristianos, mis hijos, no parecen sospecharlo siquiera.

Soy maniatado, abofeteado, crucificado. Muero ante ellos, y ellos no se enteran, no ven nada, están ciegos.

No puede ser que sean verdaderos cristianos. ¿Cómo podrían vivir, si no, mientras yo muero?

*

Oh, Señor, dice el hombre, no te entiendo. Eso no es posible. Estás exagerando.

Si yo viera que te atacaban seguro que te defendería, estaría a tu lado si agonizases.

Señor, yo te amo.

*

No, no es verdad, dice Dios. Te equivocas. Los hombres os equivocáis, se equivocan.

Ellos dicen que se aman, se lo creen, a veces hasta son sinceros, admitámoslo.

Pero se equivocan de punta a punta, no comprenden, no ven.

Lentamente han ido deformándolo todo, deshuesándolo, vaciándolo.

Creen amarme porque una vez al mes honran mi sagrado Corazón como si Yo no les amase más que doce veces al año.

Creen amarme porque son exactos en sus devociones, porque asisten devotos a una bendición eucarística, porque no comen carne cuatro viernes al año, porque me compran una vela preciosa o sueltan una oración ante no sé qué imagen que me representa.

Pero Yo no soy de yeso pintarrajeado, dice Dios, ni de piedra, ni de bronce.

Yo soy de carne viva, palpitante, sufriente.

Yo estoy con ellos y ellos no me han reconocido.

Yo soy un obrero de los de quince pesetas. Yo soy un descontento, un huelguista.

Vivo en una covacha, estoy tuberculoso, duermo bajo los puentes. O en la cárcel.

Soy «honrado» con la «paternal caridad» de los ricos. Y no será porque no les haya dicho: «Lo que hicieréis al más pequeño de los míos, a Mí me lo hacéis.»
Creo que está claro, ¿no?

Pero quizá lo peor es que lo saben perfectamente. Y les parece un cuento. O demagogia.

Sí, han desgarrado mi Corazón, dice Dios, y Yo esperé que alguien se compadeciese de Mí, mas no hubo nadie.

Y ahora tengo frío, dice Dios, tengo hambre, estoy desnudo;

me encarcelan, me escarnecen, me humillan.

Pero aun ésta es una pasión de juguete, para que vaya entrenándome.

Porque los hombres, dice Dios, han inventado cosas más horribles:

enarbolando su libertad, empuñándola

ellos han inventado... (perdónales, Señor, porque no saben lo que hacen)

ellos han inventado la guerra, la de verdad,

ellos han inventado la Pasión, la *Pasión*.

Porque donde quiera que haya un hombre allí estoy Yo, dice Dios.

Y desde el día en que me deslicé hasta sus vidas, hasta sus casas, hasta las de todos, desde el día en que me lo jugué todo al intentar juntarlos, reunirlos, desde ese día soy rico y soy pobre, obrero y patrón, huelguista y revienta-huelgas.

¡Todos estos quehaceres me han colgado los hombres!
Y ahora estoy del lado de los manifestantes y del lado
de los guardias de asalto, pues hasta en policía me
convierten los hombres.

Soy de izquierdas, de derechas, del centro,
y estoy a esta parte del telón de acero, y en la
de allá,
soy español y francés, ruso y yanqui,
soy nacional y rojo, coreano del norte y coreano
del sur, demócrata y fascista.

Estoy donde quiera que haya un hombre, dice Dios.

Sí, los hombre me compraron, me poseen, los judas.
(Dios te salve, maestro).

Y ahora estoy en su casa, con ellos, hecho uno de
ellos, hecho ellos.

Y ved ahora *lo* que hacen de Mí:
me maniatan, me flagelan, me crucifican,
me destrozan al destrozarse entre sí,
me asesinan al asesinarse los unos a los otros.

Y como resulta que los hombres son grandes invento-
res, ahora inventaron... ¡la guerra!

y Yo salto hecho añicos al explotar las minas,
agonizo en las trincheras, ahúllo acribillado por
los cascos de los obuses,

me desplomo bajo las ráfagas de las ametralla-
doras,

sudo sangre de hombre en todos los campos de
batalla,

grito gritos de hombre en la noche de los com-
bates,

muerdo muerte de hombre en la soledad de la
refriega.

¡Oh, tierra de lucha, inmensa cruz donde los hombres
todos los días me tienden!

¿No bastaba el madero del Gólgota?
¿Faltaba todavía este inmenso altar para mi sacrificio
de amor
y era necesario que mientras, a mi alrededor, los
hombres se rieran, cantaran, danzaran y me cruci-
ficaran entre un inmenso mar de carcajadas?

*

*¡Basta, Señor! ¡Ten piedad!
¡No puedo resistirlo! ¡Yo no he sido!*

Sí, hijo mío,
eres tú y sois todos,
porque hacen falta muchos martillazos para ahon-
dar un clavo,
hacen falta muchos latigazos para arar una es-
palda,
hacen falta muchas espinas para tejer una corona,
y tú eres uno más de esta humanidad que, reunida,
me condena.

¿Qué interesa saber si tú eres de los que golpean o
de los que miran, de los que hacen o de los que
dejan hacer?

Todos sois igualmente culpables: actores y mirones.

Pero al menos, hijo mío, no seas tú de los que duer-
men, de los que pueden descansar tan tranquilos.
¡Dormir! ¡Es horrible esto de quedarse dormidos!
(¿Ni siquiera una hora podéis velar conmigo?)

Ea, hijo mío, de rodillas. No oyes el ruido del com-
bate?

Es la campana que toca.

Es la misa que empieza.

Dios muere por ti crucificado por los hombres.

Si supiéramos contemplar la vida...

Si supiéramos contemplar la vida con los ojos de Dios, veríamos que en el mundo no hay nada que no sea religioso, que todo tiene su misión en la construcción del Reino de Dios.

De ahí que quien tenga je no se conformará con levantar los ojos al cielo para ver a Dios, sino que contemplará también la tierra con ojos cristianos.

Si hubiésemos dejado a Cristo entrar hasta el fondo de nuestro ser, si hubiésemos purificado suficientemente nuestra mirada, el Mundo dejaría de ser un obstáculo para nosotros. Sería, más bien, una exigencia continua de trabajar para el Padre, a fin de que por mediación de Cristo, su reino se realice en la tierra lo mismo que en el cielo.

Es preciso, pues, pedir a Dios la fe necesaria para saber vivir con los ojos cristianamente abiertos.

ME GUSTARÍA LEVANTARME EN VUELO

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en Cristo nos bendijo con todo género de bendiciones espirituales en los cielos; porque en Él nos eligió desde antes del comienzo del mundo, para que fuésemos santos e inmaculados ante Él, y nos predestinó en caridad para que fuésemos Hijos suyos adoptivos por Jesucristo. (Ef 1,3-5)

Él nos hizo conocer el misterio de su voluntad, el plan que se propuso realizar en Cristo al fin de los tiempos: reunir todas las cosas, celestes y terrestres, bajo una sola Cabeza: Cristo.
(Ef 1,9-10)

* *

Me gustaría levantarme en vuelo, Señor,
por encima de mi ciudad,
por encima del mundo,
por encima del tiempo,
Purificar mi vista y pedirte prestados tus ojos.

Desde arriba vería el universo, la humanidad, la historia, como los ve tu Padre,
vería en la prodigiosa transformación de la materia
en el continuo burbujear de la vida,
tu gran Cuerpo que nace bajo el soplo del Espíritu.
Vería el maravilloso, eterno sueño de amor de tu Padre:
todo centrándose y resumiéndose en Ti, oh Cristo,
todo: el cielo y la tierra.

Vería cómo todo en Ti se centra aun en sus mínimos detalles,
cada hombre en su sitio,
cada grupo,
cada cosa.

Vería aquella fábrica, este cine,
la clase de matemáticas y la colocación de la fuente municipal,
los cartelitos con los precios de la carne,
la pandilla de muchachos que va al cine,
el chiquitín que nace y el anciano que muere.

Divisaría la más chiquita partícula de materia y la más diminuta palpitación de vida,
el amor y el odio,
el pecado y la gracia.

Y entendería cómo ante mí se va desarrollando la gran aventura del Amor iniciada en la aurora del mundo,
la Historia Santa que, según la promesa, concluirá solamente en la Gloria cuando, tras la resurrección de la carne,
Tú te alzarás ante tu Padre y le dirás: Todo está concluido. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin.

Sí, yo comprendería que todo está bien hecho y va a su sitio,
que todo no es más que una gran marcha de los hombres y todo el universo hacia la Trinidad, en Ti y por Ti, Señor.

Comprendería que nada es profano, nada, ni las cosas, ni las personas, ni los sucesos sino que todo tiene un sentido sagrado en su origen divino y que todo debe ser consagrado por el hombre hecho Dios.

Comprendería que mi vida, pequeñísima respiración del gran Cuerpo total, es un tesoro insustituible en los planes del Padre.

Y al comprenderlo

caería de hinojos, admiraría, Señor, el misterio del mundo

que a pesar de los innumerables y horrorosos manchones del pecado es una larga palpitación de amor hacia el Amor eterno.

Sí, me gustaría levantarme en vuelo,

sobre mi ciudad,

sobre el mundo,

sobre el tiempo,

purificar mi vista y pedirte prestados tus ojos.

...toda la vida nos hablaría de Él

Si supiéramos contemplar la vida con los ojos de Dios, todo en la vida se nos convertiría en signo, nos tropezaríamos con continuos detalles del amor de un Creador que mendiga el amor de su criatura.

El Padre nos ha puesto en el mundo. Pero no para vivir en él con los ojos adormilados, sino para ir buscando sus huellas en las cosas, en los acontecimientos, en la gente. Todo nos debe hablar de Dios.

No se nos exigen largas oraciones para ir sonriendo a Cristo desde los más pequeños detalles de nuestra vida de cada día.

Las páginas que siguen, quisieran aportar algunos sencillos ejemplos de este paso del amor.

EL TELÉFONO

Acabo de colgar. ¿Para qué me ha llamado?
Ah, ya, Señor, entiendo.

He hablado demasiado y no he escuchado nada.

Perdóname, Señor, he soltado mi rollo y no he dialogado.

He impuesto mi idea y no la he intercambiado.

Y como no he escuchado no he aprendido nada.

Y como no he escuchado no he aportado nada.

Y como no he escuchado no hemos «comulgado».

Perdóname, Señor, porque yo estaba «comulgando»
y ahora estamos — sin comunicación — desunidos.

PIZARRAS VERDES

La escuela es último modelo.

El director, muy ufano, me la muestra explicándome los menores detalles de su comodidad.

El invento mejor son las pizarras verdes.

Los técnicos han estudiado largamente el asunto, han hecho un montón de experiencias.

Y ahora sabemos que el verde es el color ideal, que no cansa la vista, que serena y relaja.

Y al verlo, Señor, se me ocurría que Tú no has tardado tanto en pintar de verde las praderas y los árboles.

Tus laboratorios han funcionado a la maravilla, y para que no nos aburriésemos, ¡qué variedad de verdes has dado a tus praderas «modernas»!

Y sonrío al pensar que los «descubrimientos» de los hombres se reducen a descubrir ahora lo que Tú has descubierto desde la eternidad.

Te agradezco, Señor, que seas el buen Padre de familia que deja a los pequeños la alegría de ir descubriendo ellos solos los tesoros de su inteligencia y de su amor.

Pero líbranos de creer que esas cosas las estamos inventando nosotros al hallarlas.

LA TELA METÁLICA

Los alambres se chocan la mano entre los agujeros.
Para no romper el corro aprietan con fuerza la muñeca del vecino
y es así como, precisamente con agujeros, hacen una barrera.

Señor, son incontables los agujeros de mi vida,
tampoco faltan en las de mis vecinos.
Pero si Tú lo quieres nos daremos la mano,
nos ataremos fuerte
y juntos formaremos una tela metálica que te sirva algún día para adornar tu paraíso.

EL PISOTÓN

Un hombre me ha pisado.
Yo le miro con rabia.
El con resentimiento.

Pero luego he pensado que no fue para odiarnos
para lo que Tú has hecho que él y yo nos cruzá-
ramos.
Sus ojos han llamado a la puerta de mí alma. Le abriré
sonriendo.

Y sonrío.
Y sonrío.
Y con este apretón de manos me nace un nuevo amigo.

¡Ah, cuánto te agradezco este encuentro, Señor!

EL TENSOR DE LA «BICI»

Tiraba con las dos manos de la goma para atar el paquete al portabultos; una, dos y tres veces tiraba y, de pronto, el elástico — plaf — se rompió.

Él se apretaba luego fuertemente la mano porque la goma se había vuelto violenta y le había golpeado, furiosa del mal trato.

Habría que empezar otra vez con nuevas cuerdas.

Así también en la vida, Señor, con mis amigos yo tengo obligación de tirar, pero no de romper.

Porque entonces los otros se irían al otro extremo, y yo me quedaría solo en el camino desconocido.

Así también en tu Iglesia, este pesado grupo de tus amigos que lentamente se arrastra.

Concede, Señor, a los avanzados el tirar con todas sus fuerzas de la cuerda.

pues el tiempo va abriendo nuevos caminos que ninguno de los cristianos ha pisado todavía.

Pero que no rompan la cuerda cuando tiren

porque ellos se encontrarían fuera de tu Vida, y los otros recularían, y habría que volver a empezar todo de nuevo.

MI AMIGO

He chocado la mano de mi amigo,
y, de pronto, al ver sus ojos tristes y angustiados,
temí que no estuvieras en su corazón.
Y me sentí molesto como ante un sagrario en que no
sé si estás.

Oh, Dios, si Tú no estuvieras en él, mi amigo y yo
estaríamos lejanos pues su mano en la mía no
sería más que carne entre carne
y su corazón para el mío un corazón de hombre
para el hombre.
Yo quiero que tu Vida esté en él como en mí
porque quiero que mi amigo sea mi hermano gra-
cias a Ti.

EL LADRILLO

El albañil posaba el ladrillo en un lecho de cemento,
con un gesto preciso de su llana, le ponía una
manta de cemento
y, sin pedirle permiso tendía otro ladrillo encima.
A ojos vistas crecían los cimientos
y la casa iba levantándose, alta y segura, para
cobijo de los hombres.

Pensé, Señor, en el pobre ladrillo enterrado en la
noche al pie del muro.
Nadie lo verá más, pero él cumple allí su oficio de
sostener a los demás.
Señor, ¿qué importa que yo esté en la cima de la casa
o en los cimientos,
con tal de que te sea fiel, quieto en mi sitio, en su
obra?

EL NIÑO

La madre se ha alejado un momento del coche del
pequeño

y yo me he acercado para encontrarme con la
Santísima Trinidad que vive en su alma.

El niño duerme, con los brazos caídos sobre la pe-
queña sábana bordada.

Sus ojos cerrados miran al interior

y el pecho dulcemente se levanta a compás.

Parece que su vivir repita: la casa está habitada.

Señor: Tú estás ahí.

Te adoro en este niño que te conserva intacto.

Ayúdame a volver a ser como él,

a reencontrar tu imagen y tu vida tan hondas en
mi alma.

CARTELES

¡Ah, qué asquerosos son!

No puedo posar mis ojos en los muros sin tocarlos,
pues se aprietan los unos a los otros, como her-
manos gemelos, aliados para provocarme.

Sus colores son chillones, hieren los ojos
y en las heridas dejan bien grabadas sus formas,
como el tatuador sella las carnes sangrientas.

Señor, ¡y cuántas veces yo me voy enseñando como
un cartel por todas las esquinas!

Concédeme que sea más humilde y discreto.

Y, sobre todo, líbrame de ir lanzando brillos artifi-
ciales,
sólo tu luz en mí debe atraer — Señor — los
ojos de los otros.

EL METRO

Psssss... ¡clac!

La puerta se ha cerrado,

los cuchillos mecánicos han cortado, en la masa humana del andén, una «ración de metro».

Arrancamos.

No puedo menearme.

He dejado de ser una persona, soy masa.

Una masa que se desplaza en bloque, como una tarta helada en una caja un poco grande.

Masa anónima, indiferente, alejada tal vez de Ti, Señor.

Yo formo un todo con ella y a veces me doy cuenta de lo difícil que resulta elevarse.

La multitud es torpe, pone suelas de plomo a mis pies, ya de por sí tan lentos, somos demasiados pasajeros en esta mi barquilla atestada.

Y, con todo, Señor, yo no tengo derecho a ignorarlos, ya que son mis hermanos.

Yo no puedo salvarme solo, en taxi.

Puesto que tú lo quieres, me salvaré «en metro».

EL COLUMPIO

En la punta de estas dos cuerdas tensas
se columpiaba.

Con los ojos cerrados, la voluntad dormida,
mientras el viento le impulsaba con sus dedos, can-
tándole una canción de cuna.

Los minutos corrían, dulces, suaves, en el columpio
del jardín.

Así, Señor, yo marchó por las calles de mi ciudad como
por el real de una feria donde los hombres se co-
lumpian al capricho de la vida.

Algunos se abandonan, sonriendo, al placer del mo-
mento.

Otros — rostros crispados — maldicen este viento que
les sacude y los empuja a unos contra los otros.

Yo quisiera, Señor, que se levantasen,
que, viriles, se asiesen con las dos manos a las
cuerdas que Tú incesante les tiendes,
que arqueasen sus cuerpos vigorosos, que tensasen
sus músculos y dieran a su vida el ritmo inalte-
rable que escogieron.

Pues Tú, Señor, no quieres que tus hijos se dejen vivir.
Sino que vivan.

LA PUERTA

El chiquillo tropezó en el descansillo y la puerta crujió.
Se había hecho daño.

Al instante, sin poder aceptar que no se abriese, se
lanzó furioso contra la puerta impasible,
la golpeó, la boxeó, berreando y pataleando,
pero la puerta, con su cara de palo, no se dio por
enterada de nada.

El chiquillo vio el agujero negro de la cerradura, ojo
irónico de esta puerta cerrada, se inclinó hacia él,
y era un ojo apagado.

Se desesperó entonces, se echó al suelo, lloró.

Yo lo miraba sonriendo y pensaba, Señor, en tantas
veces como yo me derrumbo ante puertas cerradas.
Intento convencer, persuadir, demostrar,
hablo, esgrimo argumentos,
golpeo a grandes golpes para llegar a la imaginación
o al sentimiento del otro,
pero él se cierra en banda y amable o violento me
despide
y yo suelto mi rabia, porque soy orgulloso.

Dame, Señor, el ser respetuoso y paciente,
que sepa amar y rezar en silencio
sentado en el umbral en espera de que el otro abra
su puerta.

...toda la vida sería una oración

Si supiéramos escuchar a Dios, si supiéramos contemplar la vida, toda la vida se nos convertiría en oración.

Porque toda la vida se desarrolla bajo la mirada de Dios y no deberíamos vivir ni un solo suceso sin ofrecérselo.

Las mismas palabras cotidianas pueden servirnos de lazo de unión con el cielo.

Usemos estas páginas. Y luego, igual que dejamos en el plato las mondas de la naranja después de comerla, prescindamos de las palabras. Las palabras sólo son un trampolín.

Pero la oración silenciosa, que va más allá de las palabras, no puede privarse de la vida. Porque es la vida de cada día el alimento principal de nuestra oración.

ORACIÓN ANTE UN BILLETE DE MIL PESETAS

Jamás se tendrá demasiado respeto al dinero, pues representa el trabajo. Y el trabajo cuesta sudor y sangre.

El dinero es un arma de dos filos. Puede servir al hombre y destruirle.

Vuestra riqueza está podrida; vuestros vestidos consumidos por la polilla; vuestro oro y vuestra plata están llenos de moho y el orín será testigo contra vosotros... El jornal de los obreros que han segado vuestros campos, robado por vosotros, está gritando, y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor. (Sant 5,2-4)

Vended vuestros bienes y dadlos en limosna; haceos bolsas que no se gastan, un tesoro inagotable en los cielos, donde no hay ladrones ni la polilla roe. Porque donde está vuestro tesoro allí estará vuestro corazón. (Le 12,33-34)

* *

¿Sabes, Señor, que este billete me da miedo?
Tú entiendes su secreto, Tú conoces su historia:
¡cómo pesa!

Me impresiona porque es mudo,
jamás dirá lo que esconden sus pliegues, nunca
sabremos los esfuerzos y luchas que ha costado.
Él lleva sobre sí los sudores del hombre,
está sucio de sangre, de desencanto, de dignidad
pisoteada,

se ha enriquecido con todo el peso del trabajo humano que lleva en sus espaldas y que le da valor,

¡cómo pesa, Señor!

Me asusta, me da miedo

porque tiene muertos sobre la conciencia.

Todos los desgraciados que se suicidaron a destajo buscándolo,

para hacérselo suyo, poseerlo unas horas, sacarle unas migajas de placer, de alegría, de vida...

¿Por cuántas manos habrá pasado, Señor?

¿Qué habrá hecho en sus largos viajes silenciosos?

Él ha ofrecido rosas a la novia radiante,

ha pagado las peladillas del bautizo y el pelargón del bebé color de rosa,

ha puesto el uan en las mesas de las casas,

ha abierto el chorro de la risa de los jóvenes y la alegría de los mayores,

pagó la consulta del médico en el peligro de muerte y los libros de la escuela del pequeño,

vistió a la doncella.

Pero también pagó el sello a la carta de ruptura

y la muerte del niño destrozado en el seno de la madre,

distribuyó el alcohol e hizo al borracho,

financió el film pornográfico y grabó el disco de mal gusto,

sedujo al adolescente y convirtió al adulto en ladrón,

compró por unas horas el cuerpo de una mujer, pagó el arma del crimen y las tablas del ataúd.

Oh, Señor, yo te ofrezco este billete de mil pesetas
en sus misterios de gozo,
en sus misterios de dolor.
Te doy gracias por toda la alegría y felicidad que
ha dado,
te pido perdón por todo el mal que hizo.
Pero sobre todo, Señor, sobre todo: te ofrezco este
billete por el sudor del hombre, por todo el sufrimiento
y el trabajo que en él se simbolizan, y que
mañana, en fin, moneda ya intocable, Tú nos cambiarás
por tu Vida eterna.

LA REVISTA PORNOGRÁFICA

El cuerpo es materia, pero es obra de Dios. Y está ennoblecido por el espíritu.

Para el cristiano que guarda en su interior la vida divina, su cuerpo es nada menos que templo del Espíritu Santo y miembro de Cristo. En esto está su dignidad y quien lo rebaja o lo ensucia insulta al mismo Dios.

¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno profana el templo de Dios, Dios lo destruirá. Porque el templo de Dios es santo y este templo sois vosotros. (1 Cor 3,16-17)

Si alguno me ama... vendremos a él y en él nos aposentaremos. (Jn 14,23)

Vosotros sois el cuerpo de Cristo y miembros los unos de los otros. (1 Cor 12,27)

Voy a declararos un misterio... todos seremos transformados... Los muertos resucitarán incorruptibles. (1 Cor 15,51-53)

Y el verbo se hizo carne. (Jn 1,14)

* *

Esta revista me abochorna, Señor,
en ella me parece que Tú eres profundamente
herido en tu infinita pureza.

Los oficinistas han escotado para suscribirse,
el botones se ha dado un sofocón para ir a comprarla,

ha dado muchas vueltas hasta encontrarla,
y ya está aquí.
Sobre el papel brillante los cuerpos se ofrecen barata-
mente prostituidos.
Ahora van a pasar de mano en mano, de despacho
en despacho,
acariciados con la mirada, suscitando sonrisas, exci-
tando pasiones, desencadenando sentidos.
Cuerpos-cosas, sin alma,
juguetes para adultos de corazón podrido.

¡Y hay que ver, Señor, lo bello que es un cuerpo
humano!

Desde el fondo de los siglos, Tú, artista incomparable,
proyectabas el modelo, pensando que un día Tú
desposarías este cuerpo humano al desposar nues-
tra naturaleza.

Mimosamente lo moldearon tus manos poderosas y le
infundiste el alma en la materia inerte.

Desde entonces, Señor, Tú nos pediste que respetáramos
la carne, pues toda ella es portadora de
espíritu,
y gracias a este cuerpo generoso podemos hoy
nosotros enlazar nuestras almas a las de nuestros
prójimos.

Las palabras, en largos convoys de sílabas, encarrilan
nuestra alma hacia la del vecino,
la sonrisa saca a flote nuestra alma al borde de los
labios
y la mirada es como el balcón de nuestros cuerpos.
El apretón de manos da nuestra alma al amigo
y el lazo y la unión de los esposos funde dos
almas para sacar a luz una tercera en una tercer
cuerpo.

Pero a Ti, Señor, aún te pareció poco el hacer de
nuestra carne el sacramento del espíritu.
Por tu Gracia el cuerpo del cristiano se convierte en
sagrado y pasa a ser un templo de la Trinidad.
Todo Dios en toda nuestra alma
y toda nuestra alma en todo nuestro cuerpo.
¡Oh dignidad suprema de este cuerpo magnífico:
miembro de su Señor, portador de su Dios!

Mira ahora, Señor, mientras la noche cae,
el cuerpo de tus hombres dormidos:
el cuerpo puro del chiquitín,
el cuerpo manchado de la mujer de la vida,
el vigoroso cuerpo del atleta,
el cuerpo reventado del obrero de la fábrica,
el cuerpo relajado del esposo,
el sensual del mujeriego,
el cuerpo hartado del rico,
el maltrecho del pobre,
el golpeado del chico del arroyo,
el cuerpo calenturiento del enfermo,
el dolorido del accidentado,
el cuerpo inmóvil del paralítico,
todos los cuerpos, de todas las edades y tamaños.

He aquí el cuerpo caliente del frágil bebé, despegado
como un fruto maduro del cuerpo de la madre,
el cuerpo del chiquillo que se cae, y se levanta
chupando ya la roja sangre.

He aquí el hervidero del cuerpo del muchacho que
apenas puede comprender lo hermoso de un cuerpo
que crece.

He aquí el cuerpo de la joven esposa hecho don al
esposo,

he aquí el cuerpo del hombre maduro, orgulloso
de su fuerza,
he aquí el cuerpo del anciano que lentamente se
apaga.

Yo te ofrezco, Señor, todos los cuerpos y te pido que
los bendigas mientras viven callados envueltos en la
noche.

Son tuyos, Señor, abandonados ante Ti con su alma
adormecida.

Mañana, brutalmente sacudidos, deberán reemprender
su servicio.

Haz que «sirvan», Señor, y no se hagan servir,
que sean casas abiertas y no cárceles,
templos vivos de Dios y no sepulcros.

Que sean respetados, que crezcan, y que los que los
visten los purifiquen y los transfiguren
y que, fieles amigos, volvamos a encontrarlos al
final de los tiempos, iluminados por la belleza de
las almas.

Ante Ti, Señor, y ante tu Madre,
puesto que Ella y Tú sois de los nuestros,
puesto que todos los cuerpos de los hombres
son, también ellos, bienaventurados
y se les invitó a tu eterno cielo.

EL TRACTOR

La máquina es un progreso si, doblando las fuerzas del hombre, se pone a su servicio.

Por desgracia, lo sabemos de sobra, casi siempre es la máquina quien impone su ritmo y su ley.

Aumenta los ingresos, pero al precio de esclavizar al hombre.

Hay que luchar para que se cambien los papeles. Y lo mismo que el hombre llega más lejos y aumenta su capacidad por medio de la máquina, tiene que aumentar éste la capacidad de su alma para tomar sobre sí el trabajo mecánico, dominarlo y ofrecérselo a Dios.

Y todo cuanto hacéis de palabra y de obra hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por Él.
(Col 3,17)

* *

No me gustan los tractores, Señor.
Acabo de ver uno, ahí, en el campo
y me indignaba.

El tractor es orgulloso.
Anonada al hombre con su fuerza,
avanza sin mirarle siquiera.
Sólo me alegra el pensar que avanza arrastrándose.

Es feo.
Avanza lastimosamente, sacudiendo su pesado caparazón.

la nariz estúpidamente empinada, ahogándose
y tosiendo a compás con su gruesa tos de tísico
mecánico.

Pero el tractor es más fuerte que el hombre, Señor.
Imperturbablemente, regular, arrastra su carga
que mil brazos humanos no podrían ni mover,
se carga a hombros lo que ni mil manos humanas
podrían levantar.

Es feo el tractor, mas es fuerte y yo lo necesito.
Mas él también necesita de mí, necesita del hombre;
lo necesita para existir: el hombre lo fabrica,
para echarse a andar: el hombre es quien lo pone
en marcha,
lo necesita para avanzar: el hombre es quien lo
guía.

Pero sobre todo lo necesita para ser ofrecido y con-
vertirse en oración, pues el tractor no tiene alma,
Señor, y es el hombre quien le presta la suya.

Yo te ofrezco, Señor, esta tarde de trabajo de todos
los tractores de la comarca, de todos los del
mundo.

Yo te ofrezco el esfuerzo de todas las máquinas que
no tienen alma para ofrecerse a sí mismas.

Te pido que las máquinas no anonaden al hombre
con su fuerza orgullosa, sino que le sirvan.

Yo te pido que el hombre, en pie, las domine con
toda su alma libre y así ellas te alaben con su
trabajo y te glorifiquen,
que tomen parte de esta gran Misa solemne del
mundo que cada día celebra el trabajo del hombre,
y seguirá celebrándose hasta el fin de los tiempos.

EL ENTIERRO

Para un cristiano la muerte no existe. Y en todo caso tiene más de punto de partida que de fin.

La Iglesia canta en el Prefacio de Difuntos: «La vida no acaba, se transforma», y llama «Día del Nacimiento» al aniversario de la muerte de los santos. Teresa del Niño Jesús decía en su lecho de muerte: «No es que me muera, estoy entrando en la vida».

Nuestros muertos viven. Y si no han sido condenados para siempre, los podremos reencontrar en Dios.

Quien quiera vivir toda la eternidad con ellos tiene que encontrarse con Cristo, escucharle y comulgar con Él.

* *

Yo soy la resurrección y la vida. (Jn 11,25)

En verdad, en verdad os digo, si alguno guardare mi palabra, jamás verá la muerte. (Jn 8,51)

Yo soy el pan vivo... si alguno come de este pan vivirá para siempre. (Jn 8,51)

Pues si de Cristo se predica que ha resucitado de los muertos, ¿cómo entre vosotros dicen algunos que no hay resurrección de los muertos?... Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana nuestra fe... Si es sólo para esta vida para lo que ponemos nuestra esperanza en Cristo, somos los más miserables de todos los hombres. (1 Cor 15,12.14.19)

- La multitud seguía el coche fúnebre.
Iba un grupo, de negro, que lloraba,
otro grupo, de negro, entristecido,

un grupo, de color, medio llorando
y un cuarto grupo, de color, charlando, bromeando
aburrido.

A la salida del cementerio

los primeros lloraban: «todo acabó»;

los segundos, de negro, sollozaban: «ánimo, pequeña, valor, ya se acabó»;

los terceros decían: «pobrecillo, pero todo es así, todo termina»;

los últimos, de color, respiraban: «uf, menos mal, se acabó».

Y yo en cambio pensé: Todo comienza.

El muerto ha terminado su ensayo general, pero la representación eterna va a empezar,

ha puesto fin al aprendizaje, pero la realización eterna va a empezar,

ha concluido su lenta gestación, pero la vida eterna está empezando.

Sí, el muerto nacía,

acababa de nacer a la Vida,

a la Vida que vale,

a la que va de veras,

la Vida eterna, f

¡Como si hubiera muertos!

No, no hay muertos, Señor,

sólo hay vivos de aquí y vivos de allá.

La muerte existe, bien lo sé,

pero dura un instante,

un momento, un segundo, un salto,

el salto de lo provisional a lo definitivo,

de lo temporal a lo eterno.

Como el niño que muere para dejar paso al muchacho,
como el gusano cuando levanta el vuelo la mariposa,
como el grano cuando brota la espiga.

Ah, muerte, tipo bufo, coco de los chaveas, fantasma
inexistente, me das risa.

Y a la vez me enfureces.

Porque tienes al mundo aterrorizado,
porque espantas y burlas a los hombres,
cuando en verdad no existes más que para la Vida
y eres realmente incapaz de arrebatarnos a los
que amamos.

Pero, ay, ¿dónde están los que amé cuando vivos?
¿En el éxtasis santo, amando al mismo ritmo que ama
la Trinidad?

¿O acaso torturados por la noche, ardiendo en el
deseo de amar eternamente?

¿Están desesperados, condenados a sí mismos porque
se han preferido a los demás, consumidos por el
odio ya que no podrán amar nunca jamás?

Señor, aquí están mis muertos, junto a mí.

Los siento vivir aquí en la sombra

no los toco — es verdad — con mis ojos porque
han abandonado un momento su envoltura carnal,
como se deja un vestido usado o pasado de moda.

Su alma, privada del disfraz, no me hace ya señales.

Pero en Ti, Señor, yo escucho sus llamadas,
los veo que me invitan,
percibo sus consejos.

Sí, ahora los tengo mucho más cercanos.

Antes nuestras carnes se tocaban, pero no nuestras
almas.

Y ahora me abrazo a ellas cuando te encuentro a Ti,
los recibo en mi alma cuando a Ti te recibo
los llevo conmigo cuando a Ti te llevo
los amo cuando te amo.

Oh, muertos míos, vivos eternos que vivís en mí.
Ayudadme a aprender bien a vivir durante esta corta
vida.

Señor, te amo y quiero amarte más:

Tú eres quien eterniza los amores, y yo quiero amar
eternamente.

EL MAR

Las vidas que llaman la atención no siempre son las más eficaces. Jamás será tal la del orgulloso que, incapaz de doblegar los obstáculos, se golpea la cabeza contra ellos.

Las vidas humildes —según el juicio de Dios— por el contrario, resplandecientes de su gracia y radiantes para los demás, son siempre eficaces.

* *

La caridad es paciente, es benigna; no es envidiosa, no es jactanciosa ni echada para atrás; no es descortés, no es interesada, no se irrita, no piensa mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera. (1 Cor 13,4-7)

* *

He visto, Señor, al mar sombrío y furioso atacando las rocas.

Las olas desde lejos tomaban carrera,
se levantaban orgullosas, brincaban, se atropellaban las unas a las otras para pasar delante y golpear las primeras.

Y cuando la espuma blanca se alejaba del inmóvil peñasco, ellas partían otra vez al galope para seguir golpeando.

Otros días he visto el mar calmo y sereno.

Las olas venían de lejos, vientre plano, calladas, para no llamar la atención,
dándose sabiamente la mano, deslizándose silenciosas,

y se recostaban a todo lo largo de la arena para alcanzar la orilla con la punta de sus hermosos dedos de espuma.

El sol las acariciaba suavemente, y, agradecidas, al reflejar sus rayos ellas repartían su claridad.

*

Señor, concédeme el evitar los golpes desordenados que cansan y hieren al enemigo sin abrir su corteza,

aleja de mí estas cóleras voceantes que agotan, no permitas que me pase la vida queriendo adelantar a los otros, pisoteando a cuantos van delante de mí,

borra de mi rostro el semblante sombrío de las borrascas vencedoras.

En cambio, Señor, haz que pausadamente yo llene mis días como el mar cubre en calma toda la playa, hazme humilde como las aguas cuando silenciosas y dulces avanzan sin hacerse notar,

concédeme el saber esperar a mis hermanos y el ajustar mi paso al suyo para ascender con ellos.

Dame la perseverancia triunfante de las olas,

haz que cada uno de mis retrocesos sea ocasión de subida,

da a mi rostro la claridad de las aguas limpias.

a mi alma la blancura de la espuma,

ilumina mi vida como los rayos de tu sol hacen cantar la superficie de las aguas.

Pero sobre todo, Señor, haz que yo no guarde para mí esta Luz, y que todos aquellos que se me acercan vuelvan a su casa deseosos de bañarse en tu Gracia eternamente.

LA MIRADA

El poder de la mirada está en que en los ojos viaja el alma. Y cuando el alma está habitada por Dios la mirada del hombre puede dar Dios a los demás.

* *

Salido (Jesús) al camino, corrió un hombre hacia Él y arrojándose le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?» «Ya sabes los mandamientos (le dijo Jesús): no matarás...» Él le dijo: «Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud». Jesús puso en él los ojos amorosamente y le dijo: «Una sola cosa te falta: vende cuanto tienes..., luego ven y sígueme». (Me 10,17-21)

Viéndole (a Pedro) una sierva sentada a la lumbre y fijándose en él, le dijo: «Este estaba también con Él». Él lo negó diciendo: «No le conozco, mujer». Estaba aún hablando cuando cantó el gallo. Vuelto el Señor miró a Pedro, y Pedro se acordó de la palabra del Señor... Y, saliendo fuera, lloró amargamente. (Le 22,56-57.60-62)

Así que estuvo cerca, al ver la ciudad (Jesús) lloró sobre ella diciendo: «Si al menos en este día conocieras lo que hace a la paz tuya». (Le 19,41-42)

Andrés condujo (a su hermano Simón) a Jesús, que fijando en él la vista, dijo: «Tú eres Simón, hijo de Juan; tú serás llamado Cefas». (Ja 1,24)

La lámpara del cuerpo es el ojo. Si, pues, tu ojo estuviere sano, todo tu cuerpo estará luminoso. Pero si tu ojo estuviere enfermo, todo tu cuerpo estará en tinieblas. (Mt 6,22)

Ahora, Señor, voy a cerrar mis párpados:

hoy ya han cumplido su oficio.

Mi mirada ya regresa a mi alma

tras de haberse paseado durante todo el día por
el jardín de los hombres.

Gracias, Señor, por mis ojos, ventanales abiertos sobre
el mundo;

gracias por la mirada que lleva mi alma a hombros
como los buenos rayos de tu sol conducen el calor
y la luz.

Yo te pido, en la noche, que mañana, cuando abra
mis ojos al claro amanecer, sigan dispuestos a
servir a mi alma y a mi Dios.

Haz que mis ojos sean claros, Señor.

Y que mi mirada, siempre recta, siempre afán de
pureza.

Haz que no sea nunca una mirada decepcionada
desilusionada
desesperada

sino que sepa admirar
extasiarse
contemplar.

Da a mis ojos el saber cerrarse para hallarte mejor,
pero que jamás se aparten del mundo por tenerle
miedo.

Concede a mi mirada el ser lo bastante profunda como
para conocer tu presencia en el mundo
y haz que jamás mis ojos se cierren ante el llanto
del hombre.

Que mi mirada, Señor, sea clara y firme,
pero que sepa enternecerse
y que mis ojos sean capaces de llorar.

Que mi mirada no ensucie a quien toque,
que no intimide, sino que sosiegue,
que no entristezca, sino que transmita alegría,
que no seduzca para apresar a nadie,
sino que invite y arrastre al mejoramiento.

Haz que moleste al pecador al reconocer en ella tu
resplandor, pero que sólo reproche para encora-
jinar.

Haz que mi mirada conmueva a las almas por ser un
encuentro, un encuentro con Dios.

Que sea una llamada
un toque de clarín
que movilice a todos los parados en las puertas,
y no porque yo paso, Señor,
sino porque pasas Tú.

Para que mi mirada sea todo esto, Señor,
una vez más en esta noche
yo te doy mi alma
y mi cuerpo
y mis ojos.

Para que cuando mire a mis hermanos los hombres
sea Tú quien los mira
y, desde dentro de mí, Tú les saludes.

AMAR ORACIÓN DEL ADOLESCENTE

La adolescencia no es «la edad del pavo». Es la edad estu-
penda en que Dios, fiel a las leyes de su naturaleza, hace brotar
en el cuerpo y en el corazón del joven una profunda inclinación
hacia otro ser, hacia otro corazón.

Feliz el que tiene quien sepa decírselo; padres que le amen
lo suficiente para no retenerlo egoístamente para ellos solitos,
y lo bastante para encaminar su mirada hacia la Ruta nueva y
clara en que un día encontrará a ese ser que le espera.

Feliz el que tenga un amigo, un hermano que le ayude a salir
de sí mismo para darse a los demás.

Feliz, porque gracias a ellos no se convertirá en esclavo de
sí mismo, incapaz de amar.

* *

*Sabemos que hemos sido trasladados de la muerte a la vida,
porque amamos a los hermanos. El que no ama permanece en la
muerte... En esto hemos conocido el amor: en que Él dio su vida
por nosotros; y nosotros debemos dar nuestra vida por nuestros
hermanos. (Jn 3,14.16)*

*Queridos míos, ornémonos los unos a los otros, porque el
amor procede de Dios... El que no ama no conoce a Dios, porque
Dios es amor. (1 Jn 4,7-8)*

* *

Quisiera amar, Señor,
necesito amar,
todo mi ser no es ya más que un deseo:
mi corazón,
mi cuerpo

se alargan en la noche hacia un desconocido a
quien ya amo
y braceo en el aire sin encontrar el alma que
abrazar.

Estoy solo y quisiera «ser dos»,
hablo y no hay nadie que escuche
vivo y vivo, y nadie saca jugo a mi vida.
¿Para qué ser tan rico si no enriquezco a nadie?
¿Y de dónde viene este amor?
¿A dónde va?

Quisiera amar, Señor,
necesito amar.
He aquí, Señor, en esta noche, todo mi amor estéril.

*

*Escucha, pequeño.
Párate un momento
y haz silenciosamente un largo viaje hasta lo más
profundo de tu corazón.
Avanza a lo largo de tu amor recién hecho, como a
contracorriente del río hasta encontrar su fuente.
Y, al principio y al fondo del infinito misterio de tu
amor inquieto, me encontrarás a Mí.
Pues Yo me llamo Amor
y soy Amor, ya desde siempre,
y el Amor está en ti.*

*Soy yo quien te hizo para amar,
para amar eternamente:
y tu amor pasará a «otra-tú-mismo».
Es a ella a quien buscas
ella está en tu camino
en tu camino desde siempre
sobre el camino de mi amor.*

Ahora es preciso esperar su llegada:

*ella se acerca,
tú te acercas,
y os reconocéis.*

*Pues yo hice su cuerpo para ti y el tuyo para ella,
yo hice tu corazón cara a ella y el suyo para el
tuyo,
y por eso os buscáis en la noche,
en mi noche, que se hará luz si confiáis en Mí.*

*Resérvate para ella, amigo mío
como ella se reserva para ti.
Yo os guardaré al uno para el otro.*

*Y, mientras, como tú tienes hambre de amor, he ido
poniendo en tu camino a todos tus hermanos para
que vayas amando.*

*Créeme, el amor necesita un largo entrenamiento,
y no hay diversas clases de amor, sino una sola:
Amar es olvidarse de sí mismo para ir hacia los demás.*

*

*Señor, ayúdame a olvidarme de mí por mis hermanos
los hombres
para que, siempre dándome, aprenda a amar.*

MARCELO ESTABA SOLO

Amar no es cosa fácil. ¿No vendrán, pues, de un lamentable equívoco tantos fracasos amorosos? ¿No será que esos amores eran tan sólo ese «choque de dos egoísmos» de que habla Van der Meersch en *Cuerpos y almas*? ¿Habrían logrado en ellos superar los amantes sus propios límites?

El amor auténtico da la felicidad, sí, pero ése sólo se compra con sufrimientos.

* *

Ellos ya no son dos, sino una sola carne. Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre. (Me 19,8-9)

Los maridos deben amar a sus mujeres como a su propio cuerpo. El que ama a su mujer se ama a sí mismo, y nadie aborrece jamás a su propia carne, sino que la alimenta y la abriga como Cristo a la Iglesia, porque somos miembros de su Cuerpo. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán dos en una sola carne. Gran misterio éste, pero entendido en la dimensión de Cristo y la Iglesia. Así, pues, ame cada uno a su mujer, y ámela como a sí mismo, y la mujer reverencie a su marido. (Ef 5,28-33)

* *

Eran casi las doce cuando llamé a su puerta.
Marcelo estaba solo, todavía en la cama, que ahora le sobraba por todas partes:
su mujer le ha dejado hace unos días.

Me dolió — ¿sabes, Señor? — aquel hombre desalentado, aquella casa medio vacía.

Alguien faltaba.

Un amor faltaba.

Inútil buscar el ramillete de flores sobre la consola,
la polvera y la barra de labios sobre el cristal del
tocador,
el tapete sobre la cómoda
y las sillas femeninamente colocadas.

Lo que allí veías eran unas sábanas sucias sobre un
lecho arrugado como el rostro de una vieja,
unos ceniceros desbordantes de colillas,
los zapatos tirados por el suelo,
cajas y papeles por todos los rincones,
un estropajo sobre el sillón,
las persianas caídas.

Todo triste y sombrío y maloliente.

Me hizo daño, Señor,
algo había allí desgarrado,
algo había perdido su equilibrio
como un juguete roto,
como un hombre ,con los miembros tronchados.

Ah, Señor, y qué bien comprendí entonces lo bien que
estaban las cosas como Tú las hiciste,
y que no puede haber ni orden, ni hermosura,
ni amor, ni alegría, fuera de tus planes de Amor.

*

Ahora te pido, Señor,
por Marcelo y... por ella
y... por el otro
y por la mujer del otro
y por las dos familias
y por los vecinos que comentan
y por los compañeros que juzgan.

Yo te pido perdón
por todas estas roturas
por todas estas heridas
y por tu Sangre derramada en estas llagas de tu
Cuerpo místico.

Yo te pido, Señor, para mí y para todos mis amigos
que nos enseñes a amar.

*

Amar... eso no es cosa fácil, amigo mío.

*A menudo los hombres os creéis que amáis, cuando
no hacéis más que amaros a vosotros mismos, y lo
estropeáis todo, todo lo echáis a rodar.*

*Amar es encontrarse con otro, y hace jaita salirse
de uno mismo para ofrecerse al otro.*

*Amar es comulgar, y para comulgar hace falta olvi-
darse de sí en las manos del otro,
hace falta morir plenamente en favor de otro.*

*Amar, hijo mío, es cosa que duele, ¿sabes?
pues después del pecado, óyelo bien, amar es
crucificarse por otro.*

EL DELINCUENTE

El hombre está solo porque es único, pero ha sido llamado a la Comunión. Es el pecado lo que nos divide y aísla.

Tendremos, pues, que unirnos apretadamente unos a otros y cargar ante todo, redimiéndoles, con los pecados de unos y otros, para superar a sí los obstáculos que se oponen a nuestra unión universal.

La soledad hace sufrir y no entraba en el plan del Padre. Sólo el Amor Redentor puede vencerla y sellar la unidad.

* *

Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó y cayó en poder de ladrones que lo desnudaron, lo cargaron de azotes y se fueron, dejándolo medio muerto. Por casualidad, bajó un sacerdote por el mismo camino, y viéndole, pasó de largo. Asimismo, un levita, pasando por aquél sitio, lo vio también y siguió adelante. Pero un samaritano que iba de camino, llegó a él y viéndole, se compadeció de él, se acercó, le vendó las heridas, derramando en ellas aceite y vino; lo hizo montar sobre su propia cabalgadura, lo condujo al mesón y cuidó de él. A la mañana, sacando dos denarios, se los dio al mesonero y dijo: «Cuida de él y lo que gastares de más te lo pagaré a la vuelta». (Le. 10, 30-35)

* *

Conozco su secreto,

su pesado y terrible secreto.

¿Es posible que este niño grande, con rostro de chiquillo envejecido, pueda cargar con él?

Ah, me hubiera gustado que él me contara todo,
que compartiera su carga conmigo.

Hace ya largos meses que yo tiendo mi mano a este
hermano pequeño atropellado,
ávidamente me la coge, la acaricia, la besa... pero
siempre por encima del abismo que nos separa.

Cuando intento suavemente atraerlo se echa atrás,
porque lleva en su mano un secreto demasiado
pesado para poder cedérmelo.

Y me duele, Señor,
yo lo miro de lejos y no puedo acercármele,
él me mira y no puede acercárseme.

Y yo sufro,
y él sufre
(él sobre todo)
y yo no sé arreglarlo pues mi amor es demasiado
pequeño, Señor, y, cada vez que desde mi orilla,
tiendo un puente para llegar a su soledad, el puente
se queda ahí, colgado, en el medio, sin llegar a su
orilla.

Y a él lo veo al borde de su dolor dudando, tomando
carrerilla, hinchando el pecho para el salto...

Y luego se echa atrás, desesperado, pues la distancia
es mayor que sus fuerzas, y el fardo demasiado
pesado.

Ayer, Señor, él se inclinó hacia mí, dijo la primera
palabra... después dio marcha atrás;
todo su cuerpo tembló bajo el peso del secreto
que se acercaba, pero rodó de nuevo hacia el
fondo de su soledad.

No lloró pero tuve que enjugar las grandes gotas de
sudor que llenaron su frente.

Yo no puedo cogerle su fardo, ha de dármelo él,
lo veo allí, al alcance de la mano, y no puedo
agarrarlo

porque Tú no lo quieres si él no lo quiere
yo no debo violar su dolor.

Hoy, Señor, pienso en todos los que están solos,
terriblemente solos,
los que nunca se prestaron a ser llevados por otro
porque nunca se dieron a Ti, Señor.

Los que saben algo que nadie sabrá jamás,
los que sufren una llaga que nadie jamás podrá
cuidar,
los que sangran de una herida que nadie nunca
restañará,
los que han sido sellados con una marca terrible
que nadie jamás sospechará,
los que han encerrado cosechas de humillaciones,
de desesperaciones, de odios en el torturante silen-
cio del corazón,
los que han escondido un pecado de muerte, y hoy
son tumbas frías de preciosa fachada.

Me da miedo, Señor, la soledad del hombre.

Todo hombre está sólo porque es único
y esta soledad es sagrada;
sólo uno mismo puede romperla, «decirse» a otro
y recibir a otro.

Sólo uno mismo puede pasar de la soledad a la co-
muni6n.

Y Tú quieres esta comuni6n, Señor; Tú quieres que
estemos unidos los unos a los otros
pese a las profundas fosas que hemos excavado
en torno nuestro con el pecado.

Tú quieres que seamos una sola cosa como Tú y tu
Padre lo sois.

Señor, este muchacho de hoy me duele, como todos
los solitarios, sus hermanos.

Dame que los ame lo bastante para romper su soledad,
haz que marche por el mundo con todas mis puer-
tas abiertas,
mi casa totalmente vacía, disponible, acogedora.
Ayúdame a alejarme de mí mismo para no espantar
a nadie,
para que los demás puedan entrar en mí sin pedir-
me permiso,
para que puedan descargar aquí sus fardos sin que
nadie los vea.
Yo volveré en la noche silenciosa a buscarlos
y Tú, Señor, darás fuerza a mi espalda para llevar
sus sacos.

GRACIAS

Hay que saber decir Gracias. Nuestros días están atestados de regalos que Dios nos envía.

Si supiéramos verlos y llevar cuenta de todos, llegaríamos a la noche deslumbrados y radiantes ante tantos dones recibidos. Como niños en día de Reyes.

Y miraríamos agradecidos a Dios. Y fiados en que Él nos lo da todos, seríamos felices al saber que todos los días nos dará regalos nuevos y distintos.

Todo es don de Dios. Aun las cosas más chiquitas.

Y don suyo es esta colección de regalos que es la vida. Vida que será rosa o sombría según utilicemos esos dones.

* *

*Todo buen don y toda dádiva perfecta viene de arriba, des-
tiende del Padre de las luces, en el cual no se da mudanza ni
sombra de cambio. {Sant 1,17}*

* *

Gracias, Señor, gracias.

Gracias por todos los regalos que hoy me has ofrecido,
gracias por todo lo que he visto, oído y recibido.

Gracias por el agua que me ha despabilado, el jabón
bienoliente, el dentífrico que refresca la boca.

Gracias por los vestidos que me protegen del frío,
por su color y por su hechura.

Gracias por el periódico fiel a la cita, por el chiste
(primera sonrisa de la mañana), por los asuntos

políticos que se van arreglando, por la justicia cumplida, por el partido de fútbol ganado.

Gracias por el camión de basura y los hombres que lo llevan, por sus gritos mañaneros y los ruidos de la calle que se despierta.

Gracias por mi trabajo, mis herramientas, mis esfuerzos.

Gracias por el metal en mis manos, por sus largas quejas bajo los mordiscos del acero, por la mirada satisfecha del patrón y la carretilla de piezas acabadas.

Gracias por Santiago que me prestó su lima, por Manolo que me ofreció un pitillo, y por Carlos que me abrió la puerta.

Gracias por la calle acogedora que me fue acompañando, por los escaparates de los almacenes, por los coches, por los transeúntes, por toda la vida que corría rápida entre las casas pobladas de ventanas.

Gracias por la comida que me ha dado fuerzas, por el vaso de cerveza que me apagó la sed.

Gracias por la moto que, fácil, me ha llevado a mis cosas, por la gasolina que la hace correr, por el viento que me acarició el rostro y por los árboles que me fueron saludando al pasar.

Gracias por las muchachas con las que me encontré, por el rojo de los labios de Marité, que tan bien le sienta; por Impermanente de Rosa, que la hace más bonita; por el gesto mimoso de Anamari y su sonrisa que le desarma a uno.

Gracias por el peque que vi jugar en la acera de enfrente,

gracias por sus patines y por la divertida cara de
susto que puso al caerse.

Gracias por los buenos días que la gente me ha dado,
por los apretones de mano que di,
por las sonrisas que me han brindado.

Gracias por mamá que me recibe en casa, por su
cariño discreto, por su silenciosa presencia.

Gracias por el techo que me cobija, por la luz que me
alumbra, por la radio que canta.

Gracias por el parte del mediodía, por las crónicas
deportivas, por las historias con humor.

Gracias por el ramillete de flores, pequeña obra maestra
encima de mi mesa.

Gracias por la noche apacible,
gracias por las estrellas,
gracias por el silencio.

Gracias por el tiempo que me diste,
gracias por la vida,
gracias por la Gracia.

Gracias por estar conmigo, Señor.

Gracias por recibir en tus manos este paquete de mis
dones para ofrecerlo al Padre.

Gracias, Señor.

Gracias.

EL SACERDOTE: ORACIÓN DEL DOMINGO POR LA TARDE

Los cristianos son muy exigentes con sus sacerdotes.
Y hacen bien.

Pero no pueden imaginar lo duro que es ser sacerdote...

Quien dio su paso al frente con toda la generosidad de sus 24 años, sigue siendo un hombre. Y no hay día en que el hombre que sigue vivo dentro de él no intente recuperar lo que un día entregó a los demás.

Es una lucha continua por permanecer totalmente disponible en favor de Cristo y del prójimo.

El sacerdote no necesita cumplidos o regalos complicados. Tiene en cambio necesidad de que los cristianos a cuyo cuidado está dedicado, le demuestren, con su amor cada día más entregado a sus hermanos, que él no ha ofrecido en vano su vida.

Y porque sigue siendo hombre, puede tener también necesidad, alguna vez, de un gesto delicado de amistad desinteresada... por ejemplo, esas tardes de domingo en que se encuentra solo.

* *

Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres.

(Me 1,17)

No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca. (Jn 15,16)

Pero dando al olvido lo que ya queda tras, me lanzo en persecución de lo que veo delante, corro hacia la meta, hacia el galardón de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús. (Filip 3,13-14)

Esta tarde, Señor, estoy solo.
Poco a poco los ruidos en la iglesia se han callado,
los fieles se han ido
y yo he vuelto a casa,
solo.

Me crucé con una pareja que volvía de su paseo,
pasé ante el cine que vomitaba su ración de gente,
bordeé las terrazas de los cafés, donde los pa-
seantes cansados intentaban estirar la felicidad del
domingo festivo,
me tropecé con los pequeños que jugaban en la
acera,
los niños, Señor,
los niños de los otros, que jamás serán míos.

Y heme aquí, Señor,
solo.

El silencio es amargo, la soledad me aplasta...

*

Señor, tengo 35 años,
un cuerpo hecho como los demás cuerpos,
unos brazos jóvenes para el trabajo,
un corazón destinado al amor.
Pero yo te lo he dado todo
porque en verdad que a Ti te hacía falta.
Yo te lo he dado todo, Señor, pero no es fácil.
Es duro dar su cuerpo: él querría entregarse a los
otros.
Es duro amar a todos sin reservarse nadie,
es duro estrechar una mano sin querer retenerla,
es duro hacer nacer un cariño tan sólo para dár-
telo,

es duro no ser nada para sí mismo por serlo todo
para ellos,
es duro ser como los otros, estar entre los otros,
y ser *otro*,
es duro dar siempre sin esperar la paga,
es duro ir delante de los demás sin que nadie vaya
jamás delante de uno,
es duro sufrir los pecados ajenos sin poder rehusar
el recibirlos y llevarlos a costas.
Es duro recibir secretos sin poder compartirlos,
es duro arrastrar a los demás y no poder jamás,
ni por un instante, dejarse arrastrar un poco,
es duro sostener a los débiles sin poder apoyarse
uno mismo sobre otro,
es duro estar solo,
solo ante todos,
solo ante el mundo,
solo ante el sufrimiento,
la muerte,
y el pecado.

*

Hijo mío, no estás solo:

Yo estoy contigo.

Yo soy tú,

*pues Yo necesitaba una humanidad de recambio
para continuar mi Encarnación y mi Redención.*

Desde la eternidad te elegí:

te necesito.

Necesito tus manos para seguir bendiciendo,

necesito tus labios para seguir hablando,

necesito tu cuerpo para seguir sufriendo,

necesito tu corazón para seguir amando,

*te necesito para seguir salvando:
continúa conmigo, hijo.*

*

Heme aquí, Señor.

He aquí mi cuerpo,
he aquí mi corazón,
he aquí mi alma.

Dame el ser lo bastante grande para abarcar el mundo,
lo bastante fuerte para poder llevarlo a hombros,
lo bastante duro para poder abrazarlo sin intentar
guardármelo.

Concédeme el ser tierra de encuentro, pero sólo tierra
de paso,
camino que no conduzca a sí mismo, sin adornos
humanos, sino que lleve a Ti.

Señor, en esta tarde, mientras todo se calla y mi co-
razón siente la amarga mordedura de la soledad,
mientras mi cuerpo aulla largamente su hambre
oscura,
mientras los hombres me devoran el alma y me
siento impotente para hartarlos,
mientras en mis espaldas pesa el mundo entero
con toda su carga de miseria y pecado,
yo te vuelvo a decir mi *sí*, no en una explosión
de entusiasmo, sino lenta, lúcida, humildemente,
solo, Señor, ante Ti
en la paz de la tarde.

LA PALABRA

La palabra es un don de Dios. Y pedirán cuentas de ella.

Por la palabra entran en diálogo nuestras almas.

Por la palabra nos «revelamos».

No tenemos derecho a callarnos, pero hablar es algo serio.

Debemos pesar nuestras palabras en las balanzas de Dios.

* *

Y yo os digo que los hombres habrán de dar cuenta el día del juicio de toda palabra inútil que hablaren. Pues por tus palabras serás declarado justo o por tus palabras serás condenado. (Mt 12,36-37)

No todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el Reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: «Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre y en nombre tuyo arrojamos los demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?» Yo entonces les diré: «Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores del mal». (Mt 7,21-23)

* *

Yo tomé la palabra, Señor, y ahora me da rabia.

Me da rabia porque me he agitado, he malgastado palabras y gestos.

Me volqué todo entero en mis frases

y ahora temo que lo esencial no haya sido entregado,

pues lo esencial no está en mi mano, Señor, y las palabras son demasiado estrechas para contenerlo.

Tomé la palabra, Señor, y estoy inquieto.
Sí, me da miedo hablar, es peligroso.
Es peligroso distraer a los demás, sacarlos de sus almas,
sujetarlos a mi puerta,
es peligroso tenerlos largo tiempo con las manos
tendidas,
el corazón abierto, pidiendo la limosna de una luz
o unos céntimos de coraje para seguir viviendo...
¡Mira que si los mando con las manos vacías!

Y, con todo, he de hablar.
Tú me diste la palabra durante unos pocos años y es
preciso que me sirva de ella.
Debo mi alma a los otros y las palabras esperan al
borde de los labios para conducirla hasta el pró-
jimo en largos y apretados convoys.
Pues el alma no sabría «decirse» si la palabra le fuese
robada.

Nada se sabe del pequeño bebé encerrado en su carne,
y la familia entera estalla de gozo cuando, palabra
a palabra, frase a frase, su alma va surgiendo ante
nosotros.

Y también la familia aterrada vigila la cabecera del
moribundo, escuchando religiosamente las últimas
palabras que pronuncia.

Luego él se va, encerrándose en el silencio, y nadie
sabrà ya nunca nada de su alma cuando piadosa-
mente los familiares cierran sus ojos y sus labios.

La palabra, Señor, es una gracia y no tengo derecho
a callarme por orgullo, por miedo, por comodidad,
por vagancia.

Los demás tienen derecho a mi palabra: a mi alma.
Pues tengo un mensaje que transmitirles de tu parte
y nadie más que yo, Señor, sabría decírselo.

Yo tengo unas palabras que decir, pocas tal vez, pero llenas de vida.

Y no puedo negarme.

Mas las palabras que yo lance han de ser verdaderas. Sería un abuso de confianza agarrar la atención del vecino con cortezas de palabras que no entregasen la verdad de mi alma.

Las palabras que yo siembre han de ser palabras vivas, ricas de lo que mi alma, la mía, ha logrado arrancar al misterio del mundo y al misterio del hombre.

Las palabras que yo engendre han de ser portadoras de Dios, pues los labios que Tú me diste, Señor, están hechos para decir mi alma, y mi alma Te reconoce y Te tiene abrazado.

*

Perdóname, Señor, por haber hablado tan mal,
perdóname por haber hablado tantas veces para no decir nada,
perdóname las veces que prostituí mis labios pronunciando palabras vacías,
palabras falsas,
palabras cobardes,
palabras en las que Tú no has podido meterte.

Sosténme cuando tenga que hablar en alguna reunión, intervenir en una discusión, o simplemente hablar con un hermano.

Haz sobre todo, Señor, que mi palabra sea una semilla y que cuantos la recojan puedan esperar una buena cosecha.

ESTE ROSTRO, SEÑOR, ME VUELVE LOCO

Si no luchamos con todas nuestras fuerzas contra el desorden del Mundo, donde quiera que el Padre nos haya colocado, no podemos llamarnos cristianos. No amamos a Dios. Lo dijo san Juan: «El que no ama a su hermano a quien ve, no es posible que ame a Dios a quien no ve» (1 Jn 4,20); y también: «Hijos, no amemos de palabra y de lengua, sino de obra y de verdad». (1 Jn 3,18)

Para devolver la paz a una conciencia cristiana no basta con lavar y maquillar un rostro. Es necesaria, además, la búsqueda y lucha contra todos los desórdenes sociales y morales que han dado origen a ese rostro.

Los pobres serán nuestros jueces.

* *

Entonces ellos (los condenados) responderán diciendo: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o peregrino, o enfermo, o en prisión y no te socorrimos?» Él (el rey) les contestará diciendo: «En verdad os digo que cuando dejasteis de hacer esto con uno de estos pequeñuelos, lo dejasteis de hacer conmigo», (Mt 25,44-45)

* *

Este rostro, Señor, me ha vuelto loco todo el día.
Es un reproche vivo,
un largo grito que golpea mi paz,
Es un rostro joven, Señor, y todo los pecados del mundo se han ensañado en él,
que estaba indefenso, abierto a los ultrajes.
Vinieron de todas partes.

Vino la miseria,
la barraca,
la cama con montículos y baches,
el aire apestado,
el humo,
el alcohol,
el hambre,
el hospital,
el sanatorio.

El trabajo aplastante,
el trabajo humillante,
el paro,
la crisis,
la guerra.

Y bailes embriagantes,
canciones asquerosas,
películas horribles,
música lánguida,
besos mentirosos y sucios.

La lucha por la vida,
la revuelta,
el alboroto,
los gritos,
los golpes,
el odio.

Sí, han llegado de todas partes,
horribles egoísmos de hombres de mil rostros ho-
rrosos
con sus gordos dedos sucios,
sus uñas rotas,
sus alientos apestosos.

Han acudido de todos los rincones del mundo,
de todos los extremos de los siglos,
de todas partes, de siempre.

Y largamente, uno tras otro,
o bruscamente todos a la vez como toros,
han golpeado
 azotado
 estrujado
 mordido
 moldeado
 martillado
 grabado
 esculpido.

Y he aquí al fin este Rostro, este pobre rostro.
Han tardado dieciocho años para podérmelo enseñar,
han empleado cientos de siglos para producirlo.
Ecce Homo: He aquí al hombre.

He aquí este pobre rostro del hombre como un libro
abierto:
el libro de la miseria y del pecado de los hombres,
el libro del egoísmo
 del orgullo
 de la cobardía;
el libro de las avaricias
 de las sensualidades
 de los despidos
 de las trampas.

Helo aquí como una queja dolorosa
como un grito de rabia
pero también como una llamada desgarradora,
pues en el fondo de este rostro ridículo, gesticu-
lante,

en el fondo de estos ojos desorbitados,
como las dos manos tendidas del ahogado, blancas
bajo el agua sombría del muelle,
un destello,
una llama,
una trágica súplica:
el infinito deseo de un alma que quisiera vivir
más allá de su cieno.

Señor, este rostro me vuelve loco, me da miedo, me
condena,
porque yo he trabajado como todos para que fuera
así
o al menos he dejado que lo hicieran así,
y ahora pienso que este rostro es el rostro de un
hermano, mío y tuyo.
Oh, Dios, ¡cómo hemos puesto a este miembro de tu
familia!

Y ahora temo tu juicio, Señor.

Me parece que al fin de los tiempos Tú harás desfilar
ante mí todos los rostros de los hombres mis
hermanos, y especialmente los de la gente de mi
ciudad, los de mi barrio, los de mi puesto de
trabajo.

Y a tu *luz* inexorable yo leeré estos rostros:
la arruga que yo he abierto,
la boca que yo torcí,
la mueca que esculpí,
la mirada que manché,
la que extinguí.

Vendrán todos inexorables desfilando ante mí, mani-
quies vengadores de la miseria y del pecado.

Vendrán los conocidos y los desconocidos, los de mi tiempo, los de siglos pasados y todos cuantos vendrán a este taller del mundo,
y yo estaré allí, inmóvil, aterrado, en silencio.
Será entonces cuando Tú, me dirás:

Aquel rostro era el mío.

*

Señor, perdón por este rostro que hoy me ha condenado.
Señor, gracias por este rostro que hoy me ha despertado.

EL HAMBRE

Todos los hombres somos hermanos. La sangre de Cristo nos ha hecho hijos de un mismo Padre. Y cuando en una familia un miembro sufre o muere, están apenados los demás.

Hoy sabemos que se encuentran por millares los hombres que en el mundo mueren de *hambre* todos los años.

Ya no podemos seguir viviendo como hasta ahora.

Aun cuando nuestros recursos económicos nos lo permitan, es pecado vivir según un tenor de vida superior a lo decorosamente necesario, al igual que —repetámoslo una vez más— es un pecado vivir sin luchar con todas nuestras energías y en nuestro sitio, por un Mundo más justo.

* *

Había un hombre rico que vestía de púrpura y lino y celebraba cada día espléndidos banquetes. Un pobre, de nombre Lázaro, estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y deseaba hartarse de lo que caía de la mesa del rico; hasta los perros venían a lamerle las heridas... (Le 16,19-21)

Y dijo (Jesús) a sus discípulos: «Hacedlos recostarse...» Y tomando los cinco panes y los dos peces, alzó los ojos al cielo, los bendijo y se los dio a los discípulos para que los sirviesen a la muchedumbre. Comieron y se saciaron todos. (Le 9,14-17)

* *

He comido,

he comido demasiado,

he comido por hacer como todos.

Yo era un invitado más en el banquete mundano
¿quién me hubiera comprendido de no hacer como
todos?

Mas cada plato
cada bocado
cada sorbo se me atragantaban.

He comido demasiado, Señor,
mientras a la misma hora, en mi ciudad, más de
1.500 personas —lata en mano— hacían cola en
Auxilio Social,
mientras una mujer comía en su desván lo que
había apañado en la basura,
mientras los niños en sus barracas se repartían las
sobras frías de la comida de ayer de los viejos del
hospital,
mientras diez, cien, mil desgraciados en este mismo
instante, en el mundo, se retorcían de dolor, mo-
rían de hambre entre los suyos desesperados.

Todo esto, Señor, es atroz porque lo sé,
los hombres de hoy lo saben,
saben que no son solamente unos pocos infelices
los que pasan hambre, sino cientos y cientos y a
las puertas mismas de su casa,
saben que no son solamente unos cientos de infe-
lices, sino miles y miles en los límites de su patria,
saben que no son solamente unos miles, sino que
son millones los que tienen hambre a lo largo del
mundo.

Hoy ya tenemos hechos nuestros mapas del hambre,
las zonas de la muerte están allí señaladas y se
imponen terribles, las cifras gritan su verdad im-
placable:
un tercio de la humanidad está infraalimentado,
varios millones de hombres se mueren de hambre
en un solo año de hambre en la India,
los hindúes no llegan a una media de 26 años
de vida.

Señor, Tú ves este mapa, Tú lees estas cifras
no como el estadista tranquilo en su despacho
sino como un padre de familia numerosa inclinado
sobre la frente de cada uno de sus hijos.

Señor, Tú ves este mapa, Tú lees estas cifras desde
siempre.

Tú las veías, las leías cuando explicabas para mí la
parábola del rico sentado a la mesa y del pobre
Lázaro hambriento.

Tú las veías, las leías cuando hablabas para mí del
día del juicio.

Yo tuve hambre y...

Señor, ¡eres terrible!

Eres Tú quien está en la cola de Auxilio Social,
eres Tú quien come las sobras de las basuras,
eres Tú; quien agoniza torturado por el hambre,
Tú quien muere solo en un rincón a los 26 años.

Y mientras en el otro rincón de la gran sala del mundo,
con otros y otros miembros de nuestra gran familia,
yo, sin tener hambre, como precisamente lo
que Tú necesitas para seguir viviendo.

Yo tuve hambre y...

Un día podrás decirme esto, Señor, si yo dejo de
darme aunque sea un solo instante.

Nunca terminaré de servir la sopa a mis hermanos:
son demasiados,
siempre quedará alguno que no llene su plato.

No acabaremos nunca de luchar para que todos ten-
gan su plato de sopa.

Ah, Señor, no es nada fácil dar de comer al mundo.
Yo prefiero hacer mi oración regular y pulcramente,
prefiero hacer abstinencia los viernes,
visitar a «mi» pobre,
dar unos duros para la tómbola y el orfelinato...
Pero esto no es bastante,
no es nada si un día Tú puedes aún decirme:
«Yo tuve hambre y...»

*

Señor, ya no tengo hambre,
no quiero seguir teniendo hambre,
no quiero en adelante comer más que lo que necesite para vivir, para servirte y luchar por mis hermanos,
puesto que Tú tienes hambre, Señor,
puesto que Tú mueres de hambre mientras yo me voy hartando.

LA VIVIENDA

El problema de la vivienda en cualquiera de las grandes ciudades del Mundo es trágico.

Conocerlo es nuestro primer deber. ¡Cuántos serán los bien aposentados que jamás se han dado una vuelta por los barrios pobres de su ciudad!

Pero no basta. Hay que hablar. La opinión pública es una fuerza y somos nosotros, todos y cada uno, los que la formamos.

En fin, son tantos los organismos que reclaman nuestra colaboración o al menos el apoyo de nuestro entusiasmo, que si de veras amamos a nuestros hermanos, no podremos menos de encontrar en cualquier momento la oportunidad, acomodada a nuestras posibilidades, de hacer algo por ellos.

* *

Si un hermano o una hermana están desnudos o carecen de alimento cotidiano y alguno de vosotros les dijera: «Id en paz, que podáis calentaros y hartaros», pero no le dierais con qué satisfacer la necesidad de su cuerpo, ¿de qué les servirán vuestras palabras? (Sant 2,15-16)

* *

Señor, no conseguía dormirme y me he levantado para rezarte a gusto.

Fuera, es de noche, y el viento sopla y cae la lluvia y, taladrando la oscuridad, las luces de la ciudad dicen que fuera hay seres vivos.

Me fastidian estas luces, Señor. ¿Por qué han tenido que venir a encenderlas aquí delante de mis narices?

Ellas me han despertado y ahora me retienen cautivo
mientras, traidoramente, los sufrimientos de la ciudad
desgranan su trágica elegía.

Y no puedo librarme, Señor: conozco demasiado estas
torturas

y las veo surgir como visiones,
las oigo que me hablan,
siento sus bofetadas.

Porque yo las conozco,
las conocía cuando vine a acostarme.

Sé de una habitación donde se mezcla el aliento apes-
tado de trece personas amontonadas,

sé de una madre que cuelga del techo la mesa
y las sillas para poder extender los jergones,

sé que las ratas se acercan para devorar los men-
drujos y morder a los niños,

sé que el marido tiene que levantarse para extender
el hule sobre la cama calada de sus cuatro pe-
queños,

sé de una madre que tiene que pasarse la noche
de pie porque no hay sitio más que para una cama
y los dos hijos están enfermos,

sé que un borracho vomita sobre su hijo que duer-
me junto a él,

sé que un muchacho se larga en la noche porque
ya está harto,

sé que los hombres se pelean por las mujeres,
porque tres matrimonios duermen en el mismo
desván,

sé que una muchacha tuvo un niño de su hermano
porque tienen 20 y 16 años y no hay más que un
lecho,

sé que la esposa se niega al marido porque no hay
sitio en la casa para otro niño,

sé que un niño agoniza dulcemente disponiéndose a juntarse allá arriba con sus cuatro hermanos pequeños.

Sé todo esto, Señor,
y mucho más,
conozco cientos y cientos de casos
y los sabía ya cuando tan tranquilo me acosté entre mis pulcras sábanas.

Y quisiera no saberlo, Señor,
quisiera que todo esto fuese una serie de fábulas,
quisiera pensar que estoy soñando,
que alguien me convenciese de que soy un exagerado,
que alguien me demostrase que toda esta gente tiene la culpa de lo que les pasa, que si son infelices es que se lo han ganado.

Quisiera tranquilizarme, Señor, pero no puedo. Ya es demasiado tarde: he visto demasiado,
he oído demasiadas cosas,
he echado demasiado bien las cuentas,
he hecho números,
y ahora las cifras implacables me han arrebatado para siempre mi inocente tranquilidad.

*

Más vale así, hijo mío.

Porque Yo, vuestro Dios y Señor, estoy disgustado con vosotros.

Yo os di el mundo al amanecer de los tiempos y en mi inmensa propiedad quiero que todos mis hijos tengan un lecho digno de su Padre.

Yo deposité en vosotros mi confianza, y vuestro egoísmo me lo ha echado todo a perder.

Es éste uno de vuestros mayores pecados y sois muchos los que lo lleváis sobre la espalda.

Ay de vosotros si por vuestra culpa muere uno solo de mis hijos, en su cuerpo o en su alma.

En verdad, en verdad os digo, que a éstos les daré las mejores viviendas de mi cielo.

Pero a los despreocupados, a los negligentes, a los egoístas que, bien comoditos en la tierra olvidaron a los otros, a éstos... les diré que ya han tenido su recompensa en él mundo.

"Para ellos... no habrá sitio en mi casa.

Anda, hijo mío, pide perdón esta noche en tu nombre y en el de los demás.

Y mañana lucha con todas tus fuerzas, pues tu Padre está sufriendo al ver que todavía hoy no hay sitio para su Hijo en el mesón de los hombres.

EL HOSPITAL

El dolor es un misterio que sólo puede ser explorado a la luz de la fe.

«El mal en el Mundo» no entraba en los designios de Dios. Al despreciar su Plan — el pecado — los hombres desequilibraron el hombre, el universo. Y dieron a luz el dolor.

Pero Cristo vino a nosotros para reparar el desorden. Del dolor inútil, Él ha hecho el objeto mismo de la Redención.

* *

Él tomó en verdad sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores, y nosotros juzgamos que Dios le había castigado, herido y humillado. Fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados. El castigo que nos salva cayó sobre él y en sus llagas hemos sido curados. (Is 53,4-5)

* *

Esta tarde he ido a visitar a un enfermo al hospital. De pabellón en pabellón he tenido que recorrer esta ciudad del dolor, adivinando los dramas que escondían los blancos muros y camuflaban las flores del jardín.

He atravesado la primera sala.

Yo iba de puntillas en busca del enfermo, rozando con la mirada a los yacentes como el enfermero toca con mimo una llaga para no hacer daño.

Y me sentía molesto

como un extraño perdido en un templo misterioso,
como un pagano en la nave de una iglesia.

Al fondo de la segunda sala encontré a mi enfermo,
y ya ante él, hablé aturullado, sin saber qué decir.

Señor, el sufrimiento me fastidia, me angustia,
no comprendo por qué Tú lo autorizas.

¿Por qué, Señor?

¿Por qué este pequeño inocente que gime desde hace
una semana, abrasado atrocemente?

¿Por qué este hombre que lleva tres días agonizando
y tres noches llamando a su madre?

¿Por qué esta mujer cancerosa que en un mes ha enve-
jecido más que en diez años?

¿Por qué este obrero caído del andamio, muñeco des-
trozado de apenas veinte años?

¿Por qué este extranjero, pobre despojo solitario, que
no es más que una llaga purulenta?

¿Y esta muchacha enyesada, tendida sobre una tabla
desde hace más de treinta años?

¿Por qué, Señor?

No lo entiendo.

¿Por qué este dolor en el mundo

este dolor que choca

que tapona la vida,

que enfurece

y destroza?

¿Por qué este monstruoso y repugnante dolor que
golpea a ciegas, sin andarse con explicaciones, se
abate injustamente sobre el bueno y el malo?

A veces parece retroceder ante el empuje de la ciencia,
pero vuelve a la carga con otra careta, más potente
y sutil.

No, no lo entiendo.
El dolor es odioso, y me da miedo.
<¡ Y por qué, Señor, éstos y no otros?
¿Por qué ellos y no yo?

*

*Pequeño mío: no fui Yo, tu Dios, quien quiso el dolor,
sino los hombres.*

*Ellos lo introdujeron en el mundo al abrir la puerta
al pecado,
pues el pecado es un desorden y del desorden nace
el mal.*

*A todo pecado —¡fíjate!— corresponde en algún
lugar del mundo y del tiempo un dolor,
y cuantos más pecados hay, más sufrimientos.*

*Pero piensa también que Yo he venido y tomé vuestras
penas lo mismo que tomé vuestros pecados.*

Yo las acepté y las sufrí antes que vosotros.

*Y las he vuelto del revés como un guante, las he trans-
figurado.*

Yo las he convertido en un tesoro.

Ellas son un mal aún, pero un mal que sirve.

De vuestros sufrimientos Yo he hecho la Redención.

EN MEDIO DE LA CALLE

El mundo ha llegado a un desorden tal que muchos hombres se han visto obligados — para ganar su mendrugo — a trabajar directa o indirectamente en la preparación de armas cuyo único fin es asesinar física o moralmente a otros hombres. Prisioneros de sistemas económicos concebidos en pecado, se ven obligados algunos a la mentira y al robo.

Hace falta que unos y otros sufran hondamente esta trágica situación.

Solidarios con este Mundo del que no tienen derecho a evadirse solos, deben tomar conciencia del pecado que les rodea para sentirse responsables de él. Y, lo mismo que no hay auténtica contribución más que a condición de esforzarse por cambiar de vida, no cabe auténtico dolor ante el pecado de todos más que a condición de trabajar para transformar las estructuras inhumanas.

Es éste un deber inaplazable del que nadie puede librar a un cristiano.

* *

Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad construida sobre un monte no puede ocultarse, ni se enciende una lámpara y se la pone bajo el celemín, sino sobre el candelero, para que alumbré a cuantos hay en la casa. Así ha de lucir vuestra luz ante los hombres. (Mt 5,14-16)

* *

Haciendo eses en medio de la calle
iba cantando a gritos con su voz de borracho empedernido.

La gente se volvía, se detenía, se divertía.
Un agente llegó hasta él de puntillas, por la espalda.
Lo cogió brutalmente por los hombros, lo llevó al
calabozo.
Él iba aún cantando.
La gente aún reía.

Yo no reí.
Pensaba, Señor, en esa esposa que inútilmente esperará
esta noche,
pensaba en todos los borrachos de la ciudad
los de las tabernas y los bares
los de los salones y los guateques.
Yo pensaba en su vuelta a sus casas por la noche,
en los niños asustados
en la cartera vacía
en los golpes
en los gritos
en los llantos
en los niños nacidos de abrazos entre eructos.

Ahora, Señor, Tú has extendido tu noche sobre la
ciudad
y, mientras se urden y entrelazan estos dramas,
los hombres que han fabricado ese alcohol,
los que lo embotellaron,
los que lo vendieron,
dormirán tan tranquilos.

Yo pienso en todos ellos y me dan pena,
ellos han fabricado y vendido la miseria,
ellos han fabricado y vendido el pecado.

Pienso también en tantos como trabajan
para la destrucción y no para construir,
para ensuciar y no para ennoblecer,

para embrutecer y no para aclarar,
para envilecer y no para engrandecer.
Pienso sobre todo, Señor, en la multitud de hombres
que trabaja para la guerra,
en los que para alimentar a su familia deben tra-
bajar en destruir a otros,
en los que para vivir deben fabricar muerte.
Yo no te pido, Señor, que los saques a todos de su
horrible tarea,
lo sé que es imposible.
Pero haz, Señor, que se lo piensen un poco,
que no duerman tranquilos,
que luchen contra el desorden de este mundo,
que sean un fermento,
que sean redentores.

Oh, Señor,
por todos los heridos de alma y cuerpo, víctimas
del trabajo de sus hermanos,
por todos los muertos cuyas muertes fabricaron
a sabiendas los hombres,
por este borracho, payaso grotesco en mitad de la
calle,
por la humillación y las lágrimas de su esposa,
por el miedo y los gritos de sus niños,
por todo esto, Señor, ten piedad de mí que tantas
veces me duermo,
ten piedad de los infelices que, a ciegas, son
cómplices de un mundo en el que los hermanos se
asesinan para ganarse el pan.

EL BAR

Dios está en todas partes.
Pero tenemos que purificar constantemente nuestra mirada para descubrirle en todos los ambientes y en todas las personas. No se trata de llevar a Dios a los demás. Ya lo poseen.

Se trata únicamente de rastrearle en ellos para encontrarle y adorarle una y otra vez.

He aquí nuestro quehacer. Esforzarnos humildemente por apartar cualquier obstáculo que le impida manifestarse cada vez más.

Levt ofreció un gran banquete en su casa con asistencia de gran multitud de publicanos y otros que estaban recostados con ellos. Los fariseos y los escribas murmuraban hablando con los discípulos: «¿Por qué coméis y bebéis con publicanos y pecadores?» Respondiendo Jesús les dijo: «No tienen necesidad de médico los sanos sino los enfermos, y Yo no he venido a llamar a los justos sino a los pecadores». (Le 5,29-32)

* *

Era un bar

como todos los bares de junto a una estación o
cabe un puerto. Como todos los bares del mundo.

Al entrar

una muchacha se nos acercó, una pobre muchacha
de ojos vendidos.

Yo sentí su mirada tocando nuestros rostros, como
una mano sucia toca una tela nueva,

como un dedo manchado se pasea por el muro recién blanqueado.

Ella... elegía.

Temí que nos manchase.

Por unas pocas perras un fulano achispado hizo saltar el jazz mecánico y, en un instante, el bar se inundó de luz chillona, de música desenfundada, de ritmo epiléptico.

Bailaban grotescas parejas, pintarrajeadas de amarillo, verde, rojo.

Y entre ellas un tipejo,
un pequeño chiquillo monstruoso, con cuerpo de niño y cara envejecida.

Saltaba como un muñeco entre las manos del diablo.

¡Señor, allí no había un céntimo de humano!

¿Dónde estaba en él el hijo de Dios?

«¿Dónde en ella la hija de Dios?

Yo he querido encontrar esa pequeña criatura divina al dar las buenas noches,
sacarla a «ella» de ella,
a «la» que se ha perdido,
definitivamente,
a «la» que ni sabemos dónde ha ido a parar.

Yo quise encontrar a la hija de Dios al fondo de sus ojos, tocarla, hallarla,
amar a ésa que en ella Tú amas, a «la» que Tú has querido desde la eternidad.

En nombre tuyo, al irme, yo la estreché la mano.

Si me hubiera atrevido la hubiera, incluso, abrazado.

Y yo creo que ella —tu hija— me miró desde el fondo de los ojos de la mujer mientras yo me alejaba.

Era de noche.

Yo pensaba que a aquella misma hora
benedictinos, trapenses, carmelitas,
en el silencio y la pureza
tocaban a Dios con su alma abierta.

Y sufrí por tu ausencia.

Todo me parecía horroroso y vacío.

Y con todo...

con todo la luz roja ha venido siguiéndome,
la luz roja que salpica las calles dé las grandes
ciudades nocturnas,
la que marca la entrada de las casas abiertas,
la que invade las salas de placer,
la que también anuncia tu Presencia en la capilla
oscura de la abadía.

Oh, Señor, ¿hay entonces tan distintas luces rojas en
la ciudad de los hombres: .
las que llevan a Ti,
las que invitan al pecado?

¿O quizá, Señor,
a pesar del mal
a pesar de nosotros,
a pesar de todo
también estabas Tú allí
anoche
en el bar
junto a ella?

*

Sí, Yo estaba allí, pequeño mío.

*Pues Yo estoy donde reina la pureza, para que se
me adore.*

Y también donde triunfa él pecado: para rescatarlo.

ESCLAVOS

El trabajo no es un castigo, sino un honor que Dios ha querido hacernos a los hombres. El Padre no quiso terminar a solas su obra creadora. Invitó a su criatura a colaborar con Él.

El trabajo es, además, un servicio que los hombres se prestan entre sí. Y aunque se haya puesto difícil por culpa del pecado, no ha perdido por ello su dignidad. Gracias al trabajo la tierra da frutos y produce. Pero no faltan hombres codiciosos que guerreen y se pegan para apoderarse de los nuevos productos.

El taller del mundo se ha convertido demasiado a menudo en un sombrío campo de concentración donde los aprovechones manejan a su gusto el trabajo forzado de tantos otros.

Habría que amar lo suficiente para sacudirse esta esclavitud. Pero no mediante el odio. Sino con el amor.

Y vosotros, los ricos, llorad a gritos sobre las miserias que os amenazan... El salario de los pobres que han segado vuestros campos, robado por vosotros, clama, y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor... Habéis condenado al justo, le habéis dado muerte... (Sant 5,1-6)

... El continuo anhelar de las criaturas ansia la manifestación de los hijos de Dios..., con la esperanza de que también ellas serán libertadas de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera hasta ahora gime con dolores de parto. (Rom 8,19-22)

* * *

También ahora hay esclavos, Señor, y esta noche quiero rezar por ellos.

Uno iba a ser contratado como obrero especializado pero una voz al teléfono se chivó: «Ojo con ése. Fue cabecilla en su fábrica anterior».

Y el esclavo ha tenido que irse a la sopa de la *Caritas*.
Ten piedad de él, Señor.

Dijeron: a partir del lunes el trabajo empezará a las seis y media.

Y la esclava despertó a sus pequeños a las seis, al salir para su trabajo.

Ten piedad de ella, Señor.

«Si os pilló otra vez hablando en el taller os vais a ir a...», gritó el patrón.

Y la esclava calló, mordiéndose los labios.

Ten piedad de ella, Señor.

Ella esta noche no ha querido volver a la pensión, la patrona la hubiera hecho trabajar.

Pero no tiene un céntimo, y la esclava esta noche no probará bocado.

Ten piedad de ella, Señor.

El capataz ha dicho: «Se os pagarán tres horas menos, para recuperar el percance de ayer».

Y el esclavo, ardiendo de vergüenza y de cólera, agachó la cabeza sin rebelarse, porque en casa hay unos hijos.

Ten piedad de él, Señor.

«Hoy atenderéis cuatro telares en vez de tres», ha dicho el jefe de taller.

Y la esclava ha trabajado más aprisa para obedecer a las máquinas.

Ten piedad de ella, Señor.

Hoy los señores tendrán invitados, como todaí las semanas.

Y, como ella duerme en el salón, tiene que esperar a que, a las tres de la mañana, los invitados se vayan.

Ten piedad de ella, Señor.

He aquí cómo los hombres egoístas han reducido a sus hermanos a la esclavitud.

Pero tú no quisiste eso, Señor, cuando nos invitaste a trabajar los unos por los otros completando tu Creación.

Tú querías que la tierra fuese un inmenso taller donde el gesto más pequeño del hombre sirviera para la obra común.

Tú te imaginabas unidos, como las células de un mismo cuerpo, los campos en simiente y las fábricas humeantes, despachos y talleres, la intimidad del hogar donde las madres trabajan y las entrañas de la tierra donde escarban los mineros, el laboratorio de los sabios y el estudio de los artistas.

Tú querías unos hombres maduros, enaltecidos por el trabajo y, todos al alimón, al fin de los tiempos, orgullosos de esta tierra que ellos habrían transformado, amueblado, concluido, ofreciendo al Padre contigo y en Ti el hermoso fruto de su trabajo.

*

Pero hemos echado a perder el trabajo del hombre, hemos envilecido el misterio de la Creación.

Esta noche, Señor, te ofrezco el largo grito de rebeldía
de los hombres, esclavos del trabajo,
te ofrezco la humillación y la pena de cada uno,
la lucha de todos.

Te ofrezco los apaleados
encarcelados
ametrallados
asesinados,

este ejército de trabajadores que se bate a golpes
de dolor para que sus hermanos sean libres.

Ilumínales con tu luz, Señor:

que, en sus problemas, sepan dónde van,
que sean justos en su lucha,
que sean generosos en su entrega,
y sobre todo: que sepan que este mundo mejor
que hay que hacer le preocupa —más que a
nadie— a tu Padre.

Sí, purifica su corazón, Señor, a fin de que luchen por
amor, y que todos, libres y ufanos, puedan ofrecer
al Padre al fin de los tiempos, el Paraíso que
contigo habrán construido con sus manos.

SOLTAD A FULANO

Los hombres han montado cárceles para los hombres. No sólo cárceles de piedra, sino también otras, invisibles, más molestas que aquéllas.

Así es como a nuestro alrededor los hombres se ven encerrados en estructuras sociales, económicas y políticas que los reducen a la esclavitud.

Y estas estructuras inhumanas recaen no sólo sobre su libertad exterior sino también, y por igual, sobre su libertad interior.

Para poder comer, para poder seguir tirando, se ven muchos obligados a dejarse encadenar, no pocas veces, ellos y todo cuanto tienen.

Pero toda atadura de la libertad humana es un insulto a Dios. Por eso el cristiano deberá jugarse el tipo para libertar al hombre.

Repitámoslo una vez más; ésta es la primera y más esencial exigencia de su cristianismo.

* *

La cohorte, pues, y el tribuno y los alguaciles de los judíos se apoderaron de Jesús y le ataron. (Jn 18,12)

Vosotros... habéis sido llamados a la libertad; pero cuidado con tomar la libertad por pretexto para servir a la carne; antes servios unos a otros por la caridad. Porque toda la Ley se resume en este solo precepto: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». (Gal 5,13-14)

* A-

Por todas las paredes de la ciudad
en los carteles,
en los periódicos,

en octavillas clandestinas,
en todas partes se decía: «Soltad a Fulano».

Y es que hay cárceles por todas partes, Señor, y yo sé que esto a Ti no te gusta.

Hay cárceles a la vista de todos,
hay cárceles camufladas, edificios habilitados para cárceles, cárceles de urgencia porque no hay sitio para encerrar a todo el mundo en las cárceles de veras.

Hay cárceles con barrotes, gruesos barrotes que puedes agarrar y sacudir con rabia,
y cárceles en las que se os dice con la sonrisa en los labios: «Pero si sois libres, la puerta está abierta, podéis marcharos». Y uno sabe muy bien que es imposible huir.

Hay cárceles donde se ensañan los verdugos, auténticos bestias que uno puede tocar y que a su vez te tocan y te hacen sangrar,
y cárceles en las que los verdugos van camuflados de personas decentes, y os hieren sin que uno llegue a ver sus horribles mil manos.

Hay cárceles que se llaman cárceles a secas, francamente, sin rodeos,
y cárceles con una hermosa lista de nombres presentables:
cárceles que se llaman chabola, que se llaman ciudad, fábrica, baile, casa de citas,
cárceles que se llaman régimen político, sistema económico, sociedad anónima, contrato, ley, reglamento,
cárceles que se llaman con muchos otros nombres en todo país y en cualquier época.

¡Pero, Señor,

Tú no inventaste todas estas cosas!

Tú no has hecho libres, libres de amarte y aun de rechazarte.

¿Pues dónde estaría el amor si nos viéramos forzados a amar?

Fue el hombre quien construyó prisiones para los otros hombres,
cárceles de piedra donde se pasa la vida encerrando a los otros

porque no piensan como él

porque no hablan lo que él,

porque no hacen lo que él,

cárceles invisibles que él ha construido a fuerza de egoísmo, de orgullo, de avaricia.

Media humanidad, Señor, ha encarcelado a la otra mitad.

*

Hijo mío, lo que a Mí me preocupa no son precisamente las cárceles de piedra; desde que habéis instalado el desorden en el mundo han comenzado a ser necesarias.

Cuando los hombres las usan para encerrar allí a cuantos no piensan como ellos

Yo sufro porque ellos así insultan a mi propio "Pensamiento, pero, aun entonces, Yo sé que el alma sigue libre y que nunca podrán impedirle pensar como ella quiera.

Las cárceles invisibles son las que realmente me preocupan.

Y son innumerables en el mundo, e incluso nacen en ellas muchos de mis hijos, en ellas crecen, en ellas mueren.

Y además son tan estrechas, tan altas, tan pesadas, tan duras

*que aplastan los cuerpos y llegan incluso a las
almas.*

*Es tremendo, hijo mío, porque estas cárceles pueden
llegar hasta herir la libertad, la verdadera,
la paralizan
la encadenan
y destruyen al hombre.*

*Anda, hijo,
firma
desfila
vete a la manifestación
lucha
para que sea libertado Fulano,
pero sobre todo
para que sean libertados todos los prisioneros de
todas las cárceles invisibles.
porque Yo, vuestro Dios, os hice libres y libres
os quiero.*

LA CALVA

Dios ha pensado en nosotros desde el fondo de la eternidad, y su Amor creador no le ha permitido desviar su atención de nosotros ni un instante siquiera.

En la persona de nuestros hermanos debemos encontrar, y respetar, aquel sueño de Dios sobre ellos.

Y debemos estar siempre atentos como siempre lo está el Gran Atento.

* *

Porque en Él (Cristo) fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles... todo fue creado por Él y para Él. Él es antes que todo, y todo subsiste en Él. (Col 1,16-17)

No se perderá un solo cabello de vuestra cabeza. (Le 21,18)

¿No se venden cinco pájaros por dos monedas? Y, sin embargo, Dios no se olvida ni de uno de ellos. Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis, vosotros valéis más que muchos pájaros. (Le 12,6-7)

* *

Durante una hora la tuve ante mis ojos,
todo el tiempo que duró la conferencia.

Y era hermosa esa cabeza, Señor,
limpia, brillante, ceñida por una herradura de cabellos mimosamente ordenados, y severamente mantenidos al borde de la pista.

La conferencia era un rollo
y he tenido tiempo para reflexionar.

He pensado, Señor, que Tú conoces bien esta cabeza
pelada,
que, desde hace años, no quitas de ella ni un
instante los ojos
y cada día das permiso a la madre naturaleza para
quitar un par de cabellos más en el campo que se
esclarece.

Lo dijiste en el Evangelio: «Ni un cabello caerá de
vuestras cabezas sin que Yo lo permita».

Cosa cierta es, Señor, que Tú piensas sin cesar en
nosotros,
antes aun de que nosotros existiéramos,
antes incluso de que el mundo existiera.

Tú sueñas en mí
piensas en mí
me amas.

Y en verdad que tu amor me hizo
modelo único, no fabricado en serie,
hecho de artesanía, no lanzado en cadena,
el primero y el último,
indispensable a la Humanidad.

Cosa cierta es, Señor, que Tú has dado a mi vida un
destino exclusivo,
que tienes un proyecto eterno hecho para mí solo,
un plan maravilloso que llevas en tu Corazón des-
de siempre, como un padre que piensa en los me-
nores detalles de la vida del hijo de sus sueños.

Cosa cierta es que, inclinado sin cesar sobre mí, Tú
vas guiándome para realizarlo, siendo Luz en mi
vista y Fuerza en mi alma
y que Tú te entristeces cuando yo me desvío o me
escapo del camino, y que corres a levantarme si
tropiezo o si caigo.

Oh, Señor, Tú que has hecho estas cabezas calvas,
y has hecho, sobre todo, las vidas hermosas,
Tú, el divino Atento
Tú, el divino Paciente
Tú, el divino Presente
haz que no me olvide ni un instante de tu Pre-
sencia.

No te pido que bendigas lo que yo por mi cuenta me
decido a vivir
mas que me des la gracia de descubrir y vivir lo
que Tú has soñado para mí.

Haz, Señor, que viviendo de tu Gracia, despose, en mi
atención a los otros, la Atención que Tú tienes con
nosotros,
haz que, de rodillas, yo adore en ellos el misterio
de tu Amor creador,
que les deje recorrer el camino que Tú les has
trazado sin intentar encarrilarlos en el mío.

Haz que yo reconozca que ellos son indispensables
al mundo y que yo no pueda prescindir del más
pequeño de ellos.

Que jamás me canse de mirarlos y de enriquecerme
con los tesoros que Tú les has confiado.

Ayúdame a alabarte en su camino
a encontrarte en sus vidas
y que no transcurra ni un instante de su vida
que no caiga de su cabeza ni un cabello
sin que yo — como tú — esté atento a ello.

FÚTBOL NOCTURNO

Muchas veces los hombres quisieran estar lejos del punto y hora que les toca vivir. Es una ilusión enormemente peligrosa. A espaldas del deseo eterno del Padre no hay en el Mundo que hacer para nosotros.

Para realizar nuestra vida y colaborar en la realización de la humanidad, es preciso no huir un solo segundo de nuestro sitio. Porque nuestra vida es una obra divina.

* *

Y Él (Cristo) constituyó a los unos apóstoles, a los otros profetas, a éstos evangelistas, a aquéllos pastores y doctores para la perfección consumada de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos alcancemos la unidad de la fe... Cristo, de quien todo el cuerpo, trabado y unido... para la operación propia de cada miembro, crece y se perfecciona en la caridad. (Ef 4,11-16)

* *

Esta tarde, en el estadio, la noche se agitaba poblada por sesenta mil sombras,
y cuando los reflectores pintaron de verde los terciopelos del inmenso césped la noche entonó un canto entonado por sesenta mil voces.
El maestro de ceremonias había dado la señal de empezar el oficio
y la liturgia imponente se desarrollaba sin tropiezo, el balón blanco volaba de oficiante en oficiante como si todo hubiera sido minuciosamente preparado de antemano,

iba de uno a otro, rodaba a ras del suelo o volaba por sobre las cabezas.

Cada uno estaba en su sitio, recibía la pelota y; con un toque medido, se la pasaba al otro; y el otro estaba allí para recoger el pase y combinar de nuevo.

Y como cada uno cumplía su misión, estando en su sitio, como todos rendían lo previsto y cada uno se sabía una pieza del conjunto lenta, pero segura, la pelota avanzaba y cuando el balón hubo recogido el esfuerzo de todos, cuando hubo reunido el corazón de los once jugadores el equipo disparó y marcó el tanto de la victoria.

*

Cuando a la salida la inmensa masa se deslizaba lenta por las calles demasiado estrechas yo pensaba, Señor, que la historia humana, para nosotros un largo partido, era para Ti esta grande liturgia prodigiosa ceremonia que comienza en el alba de los tiempos y que no se terminará hasta que el último oficiante haya cumplido su último gesto.

En este mundo, Señor, cada uno de nosotros tiene su sitio;

Tú, entrenador providente, nos lo marcaste desde la eternidad.

Porque Tú tienes necesidad de nosotros aquí, y nuestros hermanos tienen necesidad de nosotros y nosotros tenemos necesidad de todos.

Y lo importante no es, desde luego, el puesto que ocupo, Señor, sino la perfección y la profundidad de mi presencia,

¡qué importa que yo sea defensa o delantero, si soy hasta el máximo lo que debo ser!

*

Hela aquí, Señor, mi jornada ante mí...

¿No me habré refugiado demasiado en los fallos, criticando los esfuerzos de los otros, hundidas mis manos en los bolsillos?

¿He defendido bien mi puesto y, cuando Tú miras al campo, me has encontrado siempre en mi sitio?

¿He recibido bien el «pase» de mi vecino, y el «centro» que me vino desde el extremo?

¿He «servido» bien a mis compañeros de equipo sin individualismos que me permitieran lucirme?

¿He «construido» juego para que se consiga la victoria y todos puedan contribuir a ella?

¿Luché hasta el fin a pesar de los fallos, los golpes, las lesiones?

¿No me han puesto nervioso los gritos de los compañeros y de los espectadores, no me he desanimado ante sus incomprensiones y reproches, ni me he enorgullecido con sus aplausos?

¿He «rezado mi partido» sin olvidar que, a los ojos de Dios, este juego de los hombres es el más sagrado de los Oficios?

Y ahora vuelvo ya a descansar a los vestuarios.

Mañana, si Tú me seleccionas, yo volveré a jugar y así cada día...

Haz que este partido celebrado con todos mis hermanos sea la solemne liturgia que Tú esperas de nosotros

a fin de que cuando Tú silbes el fin de nuestras vidas,

seamos seleccionados para la Copa del cielo.

TENGO TIEMPO

Todos los hombres se quejan de que no tienen tiempo para nada.

Miran su vida con ojos tremendamente humanos.

Jamás podrá faltarnos tiempo para hacer lo que Dios nos encargue.

Pero a condición de estar bien «presente» en todos y cada uno de los instantes que Él nos brinde.

Vivid con conciencia clara de cómo vivís, no como necios, sino como sabios, aprovechando bien el tiempo... Por esto, no seáis insensatos, sino conocedores de cuál es la voluntad del Señor. (Ef 5,15-17)

Señor, he salido a la puerta
y fuera había hombres:

Iban

venían

marchaban

corrían.

Las bicis corrían

los coches corrían

los camiones corrían

la calle corría

la ciudad corría.

Corrían para no perder tiempo
corrían en persecución del tiempo
para atrapar el tiempo
para ganar tiempo.

Hasta luego, Señor, excúsame, no tengo tiempo.
Volveré a pasar, no puedo esperar, no tengo tiempo.
Termino esta carta porque no tengo tiempo.
Me hubiera gustado ayudaros pero no tenía tiempo.
Imposible aceptar, me falta tiempo.
No puedo reflexionar, no puedo leer, me veo desbordado, no tengo tiempo.
Me gustaría rezar, pero no tengo tiempo.

Tú comprendes, Señor, no tienen tiempo.
De niños tienen que jugar y no les sobra tiempo; luego... más tarde.
De chiquillos tienen que hacer sus deberes, no tienen tiempo; luego.
En el bachillerato tienen sus clases y tanto trabajo, no tienen tiempo... más tarde.
De jóvenes hacen deporte, no tienen tiempo; más tarde.
Recién casados tienen su casa, tienen que arreglarla, no tienen tiempo... más tarde.
Ya padres de familia tienen sus crios, no tienen tiempo... más tarde.
De mayores enferman y tienen que cuidarse, no tienen tiempo... más tarde.
Ya están agonizando. No tienen... ¡Demasiado tarde!
¡Ya nunca tendrán tiempo!

Así los hombres corren persiguiendo el tiempo, Señor,
pasan sobre la tierra corriendo
apresurados
atropellados

sobrecargados
enloquecidos
desbordados
y no llegan a nada jamás, les falta tiempo,
a pesar de todos su esfuerzos, les falta tiempo,
les llega incluso a faltar un horror de tiempo.

Oh, Señor, Tú has debido equivocarte en tus cálculos,
hay un error general,
las horas resultan demasiado cortas
los días se hacen demasiado cortos
las vidas son demasiado cortas.

Y tú, Señor, que estás fuera del tiempo, sonríes al
vernos batallar con él.

Tú sabes lo que te haces,
Tú no te equivocas cuando distribuyes el tiempo
a los hombres,
Tú das a cada uno el tiempo justo para hacer lo
que quieres que haga.

Pero no conviene perder tiempo
malgastar el tiempo
matar el tiempo
pues el tiempo es un regalo que Tú nos haces
pero un regalo fugitivo
que no se puede meter en una lata de conservas.

Señor, sí, tengo tiempo,
tengo todo el tiempo mío,
todo el que Tú me das
los años de mi vida
los días de mis años
las horas de mis días
todas enteras y mías.

A mí me toca llenarlas, tranquilamente, con calma
pero llenarlas bien enteras, hasta los bordes
para luego ofrecértelas y que de su agua desabrida
Tú hagas un vino generoso como hiciste en Cana
para las bodas de los hombres.

Por eso esta noche, Señor,
no te pido el tiempo de hacer esto y aquello y lo
de más allá,
te pido solamente la gracia de hacer bien a con-
ciencia lo que Tú quieres que haga en el tiempo
que Tú me das.

NO HAY MÁS QUE DOS AMORES

Hemos sido creados por amor y para el amor. En la tierra aprendemos a amar. Al llegar nuestra muerte se nos examinará sobre el amor.

Si estamos ya bien entrenados, nos iremos a vivir eternamente el Amor.

Pero cada vez que aquí abajo nos amamos a nosotros mismos (egoísmo) falseamos el rumbo de nuestro destino y del destino del Universo.

No hay más que dos amores: El amor a nosotros mismos y el Amor a Dios y a los otros.

Vivir es simplemente escoger entre estos dos amores.

* *

Nadie puede servir a dos señores, pues, o bien, aborreciendo al uno, amará al otro, o bien adhiriéndose al uno, menospreciará al otro. (Mt 6,24)

El que ama a su hermano está en la luz, y en él no hay escándalo. El que aborrece a su hermano está en tinieblas, y en tinieblas anda sin saber a dónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos. (1 Jn 2,10-11)

* *

No hay más que dos amores, Señor:

el amor a mí mismo, el amor a Ti y al prójimo.

Y cada vez que yo me amo es un poco menos de amor

para Ti y los demás,

una fuga de amor,

una pérdida de amor.

Pues el amor ha sido hecho para salir de mí y volar hacia los otros.

Cada vez que el amor retorna a mí se marchita, se pudre y muere.
El amor propio, Señor, es un veneno que absorbo cada día.
El amor propio me ofrece un cigarrillo y no ofrece al vecino.
El amor propio se queda con la mejor porción y se guarda el mejor sitio.
El amor propio acaricia mis sentidos y roba el pan de la mesa de los otros.
El amor propio habla mucho de mí y me hace sordo a la palabra de los demás.
El amor propio elige por su cuenta e impone lo elegido al amigo.
El amor propio me disfraza y engalana, quiere hacerme brillar oscureciendo al prójimo.
El amor propio está lleno de compasión hacia mí y menosprecia el sufrimiento ajeno.
El amor propio encomia mis ideas e ignora las de los demás.
El amor propio me encuentra virtuoso, me llama hombre de bien.
El amor propio me incita a ganar dinero y a gastarlo a mi gusto, a atesorarlo para el porvenir.
El amor propio me aconseja dar limosnitas para acallar mi conciencia y vivir en paz.
El amor propio me calza de charol y me sienta en butaca.
El amor propio está satisfecho de mí, me adormece gentilmente.

Y lo más grave es que el amor a mí mismo es un amor robado,
estaba destinado a los demás, ellos lo necesitaban para vivir, para crecer y yo lo he desviado

y así mi amor va creando el sufrimiento humano,
así el amor de los hombres hacia sí mismos crea la
misericordia humana
todas las miserias humanas
todos los dolores humanos:

El sufrimiento del pequeño al que pega su madre y el
del hombre a quien el patrón riñe ante sus com-
pañeros,
el sufrimiento de la chica fea solitaria en el baile
y el de la esposa a quien el esposo ha dejado ya
de abrazar,
el sufrimiento del niño que dejamos en casa por-
que estorba y el del abuelo de quien los peque-
ños se burlan porque es demasiado viejo,
el sufrimiento del hombre ansioso que no ha po-
dido contar su tristeza y el del adolescente inquieto
de cuyo dolor se han reído,
el sufrimiento del desesperado que va a tirarse al
río y el del bandido que va a ser ejecutado,
el del parado que quisiera trabajar y el del obrero
que gasta su salud por un sueldo irrisorio,
el sufrimiento del padre que amontona su familia
en una sola habitación junto a un edificio vacío,
y el de la madre cuyos hijos pasan hambre mien-
tras se echan a la basura las sobras del banquete,
el sufrimiento de quien muere a solas mientras su
familia en la habitación contigua espera el desen-
lace fatal tomando café...

*

Todos los sufrimientos
todas las injusticias, las amarguras, las humilla-
ciones, las penas, los odios, las desesperaciones,

todos los sufrimientos son un hambre insatisfecha,
un hambre de amor.

Así los hombres han ido construyendo lentamente,
egoísmo tras egoísmo, un mundo desnaturalizado
que aplasta a sus hermanos,
así los hombres sobre la tierra gastan su tiempo
en hartarse de su amor marchito,
mientras a su alrededor los demás mueren de
hambre tendiendo hacia ellos sus brazos.
Hemos malgastado el amor
y tu Amor.

Esta tarde te pido que me ayudes a amar.

Concédeme, Señor, que reparta el verdadero amor por
el mundo.

Haz que, a través de mí y de tus hijos, tu Amor
penetre un poco en todos los ambientes, en todas
las sociedades, en los sistemas económicos y polí-
ticos,
en todas las leyes, en los contratos, en los regla-
mentos.

Haz que penetre en los despachos, las fábricas, los
barrios, las casas, los cines, los bailes.

Haz que penetre en los corazones de los hombres
y que yo jamás me olvide de que la lucha por un
Mundo Mejor es una lucha de amor, al servicio
del amor.

Ayúdame a amar, Señor,
a no malgastar mi torrente de amor
a amarme cada vez menos para amar cada vez
más a los otros.

Y que en torno mío nadie sufra o muera, por haberla robado yo el amor que a él le hacía falta para seguir viviendo.

*

*Hijo mío: jamás llegarás tú a poner bastante amor en
el corazón del hombre
y en él mundo
pues el hombre y el mundo tienen hambre de un
amor infinito
y sólo Dios puede amar con un amor sin límites.
Pero si tú lo quieres, hijo, yo te daré mi Vida,
tómala en ti,
te doy mi Corazón, os lo doy a mis hijos.
Ama con mi corazón, pequeño mío,
y todos juntos saciaréis al mundo y le salvaréis.*

TODO

El Evangelio predicado en su totalidad, sólo admite tres respuestas: entusiasmo, espanto o escándalo.

No puede menos de originar las más violentas reacciones por su total oposición al hombre pecador y al «mundo».

Cada vez que un hombre leal es alcanzado por el Evangelio, ve tambalearse los más hondos principios de su vida.

La exigencia de Cristo no soporta las medias tintas.

* *

Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y cuando os calumnien de mil modos por causa mía. Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa. (Mt 5,11-12)

No penséis que he venido a poner paz en la tierra, no vine a traer paz sino espada. (Mt 10,34)

Si el mundo os aborrece, sabed que antes me aborreció a Mí. Si fueseis del mundo, el mundo os amaría como cosa suya; pero porque no sois del mundo, sino que Yo os escogí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de mis palabras: «No es el siervo mayor que su señor. Si me persiguiere a Mí, también a vosotros os perseguirán». (Jn 15,18-20)

* *

He oído predicar el Evangelio a un sacerdote que vivía el Evangelio.

Los pequeños, los pobres, quedaron entusiasmados, los grandes, los ricos, salieron escandalizados,

y yo pensé que bastaría predicar sólo un poco el Evangelio para que los que frecuentan las iglesias se alejaran de ellas y para que los que no las conocen las llenaran.

Yo pensé que era una mala señal para un cristiano el ser apreciado por la «gente bien».

Haría falta —creo yo— que nos señalaran con el dedo tratándonos de locos o revolucionarios.

Haría falta —creo yo— que nos armasen líos, que firmasen denuncias contra nosotros, que intentarían quitarnos de en medio.

Esta tarde, Señor, tengo miedo,
tengo miedo porque sé que tu Evangelio es terrible:
es fácil oírlo predicar,
es todavía relativamente fácil no escandalizarse de él,
pero vivirlo... vivirlo es bien difícil.

Tengo miedo de estarme equivocando, Señor.
Tengo miedo de estar satisfecho con mi vidita decorosa,
tengo miedo de las buenas costumbres que yo tomo por virtudes,
tengo miedo de mis pequeños esfuerzos que me dan la impresión de avanzar,
tengo miedo de mis actividades que me hacen creer que me entrego,
tengo miedo de mis sabias organizaciones que yo tomo por éxitos,
tengo miedo de mi influencia: me imagino que transforma las vidas,
tengo miedo de lo que doy, pues me esconde lo que no doy,

tengo miedo porque hay gente que es más pobre
que yo,
los hay peor instruidos que yo
peor desarrollados
peor albergados
peor abrigados
pero pagados
peor alimentados
menos acariciados
menos amados.

Yo tengo miedo, Señor, pues no hago bastante por ellos,
no hago todo por ellos.

Sería necesario que yo lo diera todo
sería necesario que yo lo diese todo hasta que no
quedara ni un solo sufrimiento,
ni una sola miseria, ni un solo pecado en el mundo.
Haría falta, Señor, que yo lo diera todo, todo y
siempre.

Haría falta que yo diera mi vida.
Pero no, esto no puede ser verdad del todo,
no puede ser verdad para todos.
Estoy exagerando, hay que ser razonables.

*

*Hijo mío, no hay más que un solo mandamiento
para todos:
«Amarás con todo el corazón
con toda el alma
con todas sus fuerzas.»*

Etapas del encuentro de Cristo con los hombres

Que a nadie se le ocurra buscar en estas oraciones un tratado de vida espiritual para el cristiano.

No son más que unos indicadores, unas etapas que nos han impresionado especialmente en el caminar de muchos cristianos.

Nos hemos limitado a recoger sus expresiones, sus palabras incluso, para iluminarles en su evolución y ayudarles a hablar con Dios.

No es difícil dar con el sentido de las primeras oraciones. Pero las últimas no podrán entenderse con la cabeza. Únicamente con la vida.

Quienes no han pasado jamás por estas etapas se reirán de la pobreza de tales palabras, pero a quienes las han franqueado — a Dios gracias — esas mismas palabras, y a pesar de la lejanía, les recordarán sus luchas. Se reencontrarán a sí mismos.

Hubieran podido añadirse otras oraciones, pero habrían servido a muy pocos.

Baste con saber que cuando un hombre se ha comprometido a aceptar a Dios y a los demás, el Señor no pone jamás punto final a la tarea de empujarle a ser mejor.

SEÑOR, LÍBRAME DE MÍ MISMO

No son pocos los hombres víctimas de sí mismos. Más desgraciados de lo que cabe imaginar, están condenados a no poder amar más que su yo.

Hay que entrar en su dolor para librarles del mismo, pues se trata ni más ni menos que de la experiencia del infierno. Éste será también el inicio de su salvación, siempre que encuentren un amigo que les haga descubrir cómo son verdugos de sí mismos; siempre que encuentren un cristiano que se convierta para ellos —desde fuera— en la Luz y la Alegría que los aleje de sí mismos. Tal vez dirán entonces —no importa el texto— esta oración.

Si logran, en fin, pedir lealmente a Dios que les libre de sí mismos, ya están salvos. Es la primera etapa.

También nosotros podemos recitar esta oración las tardes en que nos hayamos encerrado en nuestro yo para vernos libres de los otros y de Dios.

* *

Salido al camino (Jesús), corrió a Él uno que arrodillándose, le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?...» Jesús poniendo en él los ojos, le amó y le dijo: «Una sola cosa te falta: vete, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; luego, ven y sígueme». Ante estas palabras se nubló el semblante del joven y se fue triste, porque tenía mucho dinero. (Me 10,17-22)

¿Me oyes, Señor?

Estoy sufriendo horrores,
encerrado en mí mismo,
prisionero en mí mismo,
no oigo más que mi voz,

sólo me veo a mí,
y tras de mí no hay más que sufrimiento.

¿Me oyes, Señor?

Líbrame de mi cuerpo: es un montón de hambre, y cuando toca algo con sus innumerables ojos enormes, con sus mil manos extendidas, sólo es para agarrarlo e intentar apagar con ello su insaciable apetito.

¿Me oyes, Señor?

Líbrame de mi corazón: está hinchado de amor, pero aun cuando creo que amo locamente, acabo descubriendo con rabia que es a mí mismo a quien estoy amando a través del otro.

¿Me oyes, Señor?

Líbrame de mi espíritu: está lleno de sí mismo, de sus ideas, de sus opiniones; no sabe dialogar, pues no le llegan más palabras que las suyas.

Y yo solo me aburro

me canso
me detesto
me doy asco

desde que empecé a dar vueltas y más vueltas en mi sucia piel como en el lecho quemante de enfermo del que se daría cualquier cosa por huir.

Todo me parece ruin, feo, sin luz

... y es que ya no sé ver nada sino a través de mí.

Y siento ganas de odiar a los hombres y al mundo

... y sólo es por despecho, puesto que no sé amarlos.

Y quisiera salir,

escaparme,
marchar a otros países.

Porque yo sé que la *alegría* existe: la he visto cantar
en muchos rostros.

Yo sé que la *luz* brilla: la he visto iluminando mil
miradas.

Mas no puedo salir de mí: yo amo mi prisión al tiempo
que la odio,
pues yo soy mi prisión
y yo me amo,
yo me amo, Señor, y me doy asco.

Y ahora no encuentro ya ni siquiera la puerta de mi
casa,
enceguecido, avanzo a tientas,
me golpeo con mis propias paredes, con mis límites,
me hiero,
me hago daño,
demasiado daño,
y nadie lo conoce porque nadie entró en mí.

Estoy solo, solo.

Señor, Señor, ¿me oyes?
Enséñame mi puerta,
cógeme de la mano,
ábreme,
enséñame el Camino,
la ruta de la *luz* y la *alegría*.

... Pero...

Señor, ¿me estás oyendo?

Sí, pequeño, te oigo
y me das -pena.
Hace tiempo que acecho tus persianas caídas. Ábrelas:
mi Luz te iluminará.

*Hace tiempo que aguardo ante tu puerta encerrada.
Ábrela: me hallarás en el umbral.*

*Yo te estoy esperando, y te esperan los otros.
Sólo hace falta abrir,
hace falta que salgas de ti mismo.
¿Por qué continuar siendo prisionero de ti mismo?
Eres libre.
No fui Yo quien te cerró la puerta
ni puedo ahora abrirtela.
Eres tú quien tiene echado el cerrojo por dentro.*

SEÑOR,
¿POR QUÉ ME HAS DICHO QUE AMASE?

Quien ha empezado a darse a los demás está salvado.

Por el hecho de aceptar la amistad de sus hermanos, aceptará la de Dios y se librará de sí mismo.

Nosotros somos nuestro mayor — mortal — enemigo. De tejas abajo, causa de nuestro sufrir. Y hablando sobrenaturalmente, quienes cierran el paso a Dios.

No faltan hombres empeñados en purificarse una y otra vez. Se examinan, emplean todo su tiempo en luchar contra sus defectos sin llegar jamás a conseguir nada, como no sea cultivar en un invernadero pequeñas virtudes dignas de su talla raquítica. Y no faltan educadores que los empujen por estos berenjenales sin darse cuenta de que a fuerza de insistir en aquel defecto que combatir o aquella virtud que conquistar, los centran más y más sobre su yo, condenándolos a la esterilidad.

Todo lo contrario. Hay que conocerles para darse cuenta, y esto lo primero, no de los defectos que arrastran consigo, sino de sus cualidades. Es decir, hay que adquirir conciencia de sus riquezas.

Ser conscientes además, incluso de sus menores detalles, del medio ambiente en que tendrán que desarrollar sus posibilidades para ayudarles en cada caso concreto a hacerse presente en él, dándose a los demás.

Todos pueden y deben dar. ¿Tienen un talento? Que lo den. ¿Tienen diez? Que den los diez. Porque sólo dando es como se puede recibir.

Y quien se ha lanzado por este camino del don, se da cuenta al momento — le basta ser leal — de que le es imposible dar marcha atrás.

Tendrá miedo. En este caso habrá que animarle y convencerle de que únicamente a este precio — darse a los demás — realizará su vida y conocerá la Alegría de Dios.

* *

Pasado mucho tiempo, vuelve el amo de aquellos siervos y les toma cuentas, y llegado el que había recibido los cinco talentos, presentó otros cinco, diciendo: «Señor, tú me has dado cinco talentos; mira, pues, otros cinco que he ganado». «Muy bien, siervo bueno y fiel; has sido fiel; en lo poco, te constituiré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor». (Mt 25,19-21)

En esto hemos conocido la caridad, en que Él dio su vida por nosotros, y nosotros debemos dar nuestra vida por nuestros hermanos. Si uno tuviere bienes de este mundo y, viendo a su hermano pasar necesidad, le cerrara sus entrañas, ¿cómo moraría en él la caridad de Dios? Hijitos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y de verdad. En eso conoceremos que somos de la verdad. (1 Jn 3,16-19)

* *

Señor, ¿por qué me has dicho que amase a todos mis hermanos, los hombres?

Acabo de intentarlo y heme aquí que vuelvo a Ti aterrorizado.

Yo estaba, Señor, tan tranquilo en mi casa, me había organizado la vida, estaba instalado, mi interior estaba puesto a punto y me encontraba a gusto.

Solo, yo estaba completamente de acuerdo conmigo mismo.

Al abrigo del viento, de la lluvia, del fango.

Encerrado en mi torre, limpio y puro por siempre yo habría estado.

Pero en mi fortaleza, Señor, Tú has abierto una grieta. Tú me has forzado a entreabrir mi puerta

... y, como una ráfaga de lluvia en pleno rostro, el grito de los hombres me ha despertado; como una borrasca, una amistad me ha estremecido,

como se cuela un rayo de sol, tu Gracia me ha inquietado

... y yo, incauto de mí, he dejado entreabierta mi puerta.

¡Y ahora, Señor, estoy perdido!

Fuera los hombres me espían.

Yo no me imaginaba que estuvieran tan cerca; aquí en mi casa, en mi calle, en mi oficina; mi vecino, mi colega, mi amigo.

Apenas entreabrí los vi a todos con la mano extendida, la mirada extendida, el alma extendida, pidiendo como los pobres a las puertas de las iglesias.

Y los primeros entraron en mi casa. Sí, había un poco de sitio en mi corazón.

Yo los acogí: los curaría, los acariciaría, los festejaría: ¡ah, mis queridas ovejitas, mi pequeño rebaño!

Con ello Tú te quedarías contento de mí, orgulloso, servido, honrado, digna, exquisitamente.

Sí, todo esto era perfectamente razonable.

Pero a los otros, Señor... a los otros yo no los había visto: los primeros los tapaban.

Y éstos eran más numerosos, más miserables: me invadieron sin llamar a la puerta siquiera.

Y hubo que hacerles sitio, apretarse.

Pero luego han seguido viniendo de todas partes, en olas y más olas, empujándose los unos a los otros, atrepellándose.

Han venido de todos los rincones de mi ciudad, de la nación, del mundo; innumerables, inagotables.

Y éstos ya no han venido de uno en uno, sino en grupos, en cadena, enganchados los unos a los otros, mezclados como bloques de humanidad.

Y ya no vienen a cuerpo sino cargados de inmensos equipajes: maletas de injusticia, paquetes de rencor y de odio, baúles de sufrimiento y de pecado...

Se traen con ellos el Mundo, con todo su material mohoso y retorcido, o demasiado nuevo, inadap-
tado, inútil.

¡Oh, Señor, qué lata! ¡Qué embarazosos son, qué absorbentes!

¡Además tienen hambre: me devoran!

Y ya no sé qué hacer: siguen viniendo, siguen empujando la puerta que se abre más y más...

¡Mira, Señor, ahora: mi puerta abierta ya de par en par!

¡No puedo más! ¡Es demasiado! ¡Esto ya no es vida!

¿Y mi situación?

¿y mi familia?

¿y mi tranquilidad?

¿y mi libertad?

¿y yo?

Ah, Señor, ya *lo* he perdido todo, ya ni me pertenezco.
En mi alma ya no hay ni un rincón para mí.

*No temas, dice Dios, hoy lo has ganado todo
pues mientras estos hombres entraban en tu casa
Yo, tu Padre
y tu Dios,
me he deslizado dentro de ti entre ellos.*

AYÚDAME A DECIR «SÍ»

Marcado por la alegría de la primera entrega, el cristiano no puede volverse atrás. Su sensibilidad, toda ella en ascuas, le ayudó a superar dificultades. Avanza arrastrado, empujado por «los otros» cuya exigencia se hace día a día más absorbente. Y he ahí que Dios se manifiesta. Esta vez con claridad meridiana, ya no tras las apariencias de los demás. Pide ser recibido y no precisamente en un rincón. Exige todo el hombre y toda su obra. El cristiano que reconoce al Señor, huye las más de las veces, pues sabe que si es atrapado, Dios le va a pedir una rendición total y sin condiciones. El Señor le irá acosando cada vez más hasta conseguir de él ese «sí» que divinizará su vida.

Solamente quien ha vivido esta «lucha» con Dios comprenderá esta oración en toda su profundidad. Etapa dolorosa que el educador, el amigo, debe comprender. Ha de obrar discretamente — no vaya a estorbar a Dios — ya que *Él acaba de tomar en sus manos la formación de su hijo*, pero presente para arropar al otro en la fe. Ayudándole a reconocer al Señor, traduciendo las llamadas de amor que Dios le irá susurrando a todo lo largo de la vida, aclarándole las citas de Dios, sus pasos, sus persecuciones, ayudando en todo al militante e invitándole a decir «sí». Deberá hacerle ver que cuando sufre es él mismo quien se hace sufrir por resistir a Dios, ya que quien lucha con Dios siempre lleva las de perder. Dios es el más fuerte. Su Amor es más fuerte.

* *

(El ángel Gabriel) entrando a ella (Marta), le dijo: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo». Ella se turbó al oír estas palabras y discurría qué podría significar aquel saludo. El ángel le dijo: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios, y concebirás en tu seno y darás a luz a un hijo a quien pondrás por nombre Jesús... Él será grande y llamado

Hijo del Altísimo... porque nada hay imposible para Dios». Dijo María: «He aquí a la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra». (Le 1,28-38)

*

Me da miedo decir «sí».
¿Adonde me acabarás llevando?
Me da miedo sacar la paja más larga,
me da miedo firmar la hoja en blanco,
me da miedo decir un «sí» que traerá cola.

Y con todo no puedo vivir en paz,
Tú me sigues, me cercas por todos lados.
Y yo busco el ruido porque me da miedo oírte
pero Tú te deslizas en el menor silencio.
Yo cambio de camino cuando te veo venir
pero al fin de este nuevo sendero Tú me estás
esperando.
¿Dónde me esconderé? En todas partes te encuentro:
¡No hay modo de escaparse de Ti!

Y yo tengo miedo de decir «sí», Señor.
Tengo miedo de darte la mano: te quedarías con ella.
Tengo miedo de cruzarme con tu mirada: eres un
seductor.
Tengo miedo de tu exigencia: eres un Dios celoso.
Estoy acorralado, y trato de esconderme.
Estoy cautivo, pero me debato y lucho sabiéndome
vencido.
Tú eres más fuerte, Señor, Tú posees el mundo y me
lo quitas.
Cuando extendiendo la mano para coger a una persona
o una cosa, todas se desvanecen delante de mis
ojos.

Y no, no es agradable eso de no poder cogerse nada
para uno:

si corto una flor se me marchita entre los dedos,
si lanzo una carcajada se me hiela en los labios,
si danzo un vals me quedo jadeante y nervioso.

Y todo me parece vacío,
todo se me hace hueco.

En torno a mí Tú has hecho el desierto.

Y tengo hambre
y sed
y el mundo no podría alimentarme.

¡Pero si yo te amaba, Señor! ¿Qué es, entonces, lo
que yo te he hecho?

Yo trabajaba por Ti, yo me entregaba.

Oh gran Dios terrible, ¿qué más quieres?

*

Hijo mío, Yo quiero más de ti y del mundo.

*Antes tú me dabas tu acción, y eso no me sirve para
nada.*

*Tú me invitabas a bendecirla, me invitabas a sostenerla,
querías interesarme en tu trabajo.*

*Pero fíjate bien, al hacerlo, hijo mío, tú invertías el
juego.*

*Yo antes veía tu buena voluntad, te seguía con los
ojos,*

pero ahora quiero más:

*no se trata de que tú hagas tu acción, sino la
voluntad de tu Padre del Cielo.*

Di «sí», hijo mío.

*Necesito tu «sí» como necesité antaño el de María
para venir al mundo,*

*porque soy Yo quien debe meterse en tu trabajo,
entrar en tu familia,
en tu barrio,
Yo, y no tú.
Porque es mi mirada la que penetra y no la tuya,
es mi palabra la que arrastra y no la tuya,
es mi vida la que transforma y no la tuya.
Dame todo, ponlo todo en mis manos.
Yo necesito tu «sí» para desposarme contigo y des-
cender a la tierra,
necesito tu «sí» para seguir salvando al mundo.*

*

Oh, Señor, tus exigencias me dan miedo, pero ¿quién
puede resistirte?
Para que tu Reino llegue y no el mío,
para que se cumpla tu voluntad y no la mía,
ayúdame a decir «sí».

NADA, NADA, YO NO SOY NADA

¡Qué poco se conoce el hombre a sí mismo! Por más que examine con seriedad su conciencia, ésta no le revela grandes miserias que digamos. El hombre no es humilde. Por más que se esfuerce en pensar mal de sí mismo, jamás logra borrar la buena opinión que a pesar de los pesares tiene de sí.

Los primeros días, saliendo de su cerrazón y dándose a los demás, el militante triunfa en toda la línea. Se le hace imposible no pensar que él tiene su parte en ello. Y pensando esto estorba a Dios. Únicamente cuando logre comprender —y esto es un don de lo alto— que él no puede «nada», entonces podrá Dios empezar a hacerlo todo.

Afortunadamente cuando el hombre eclipsa su propia personalidad ante sus hermanos para recibirles, recibe a Dios, y al recibirle a Él, recibe la luz.

Lentamente o de improviso —es igual— ésta lo penetra todo desde el alma del militante hasta el último resquicio de su acción.

Es un descubrimiento doloroso. Ya no hará falta decir una y otra vez que uno no es nada, que es Dios quien dirige la acción y le da su eficiencia, pues gracias a la iluminación sobrenatural, *esto se palpa*.

Hay que convencer al militante de que no cierre los ojos, de que no debe desanimarse.

Es una gracia que el Señor le brinda; sin ella jamás habría logrado saber la grandeza de Dios y la pequenez del hombre. ¡Ojalá no lo vuelva a olvidar nunca!

* * *

Yo soy la vid. Vosotros los sarmientos. El que permanece en Mí y Yo en él, ése da mucho fruto, porque sin Mí no podéis hacer nada. (Jn 15,5)

*En verdad, en verdad os digo que el que cree en Mí, ése
hará también las obras que yo hago, y lo que pidieris en mi
nombre, eso haré para que el Padre sea glorificado en el Hijo.*
(Jn 14,12-13)

Tú lo has querido, Señor, heme aquí por los suelos.
Ya no me atrevo ni a levantarme, ni a mirarte siquiera.
Nada, nada, yo no soy nada, ahora lo sé.

Tu luz es terrible, Señor, y yo quisiera escaparme
de ella,
desde que te acogí has iluminado mi tienda,
cada día tu despiadada claridad la muestra
y yo descubro en mí lo que nunca había visto.

Veo el bosque de mis pecados detrás del árbol que
me *lo* ocultaba,
veo las innumerables raíces imposibles de arrancar,
veo que todo en mí te es un obstáculo, como la
menor molécula de materia frena al sol y hace nacer
la noche.

Veo al demonio atacando los flancos de mi fortaleza
que yo creía inexpugnable
y me veo tambaleante y a punto de caer.

Veo mi impotencia, yo que me creía capaz de lucirme
ante Ti,
veo que en mí todo está confuso y que ni siquiera
uno de mis gestos es puro.

Veo la profundidad infinita de cada falta frente al
infinito de tu Amor.

Y me siento incapaz de llegar a una sola alma con el
ruido de mis palabras y el viento de mis gestos,
y veo al Espíritu soplar donde yo no había actuado
y al grano germinar donde no había sembrado.

Nada, nada, yo no soy nada, yo no hago nada, ahora lo sé.

Cómo lo aclaras todo, Señor, cómo lo iluminas.

Ya no hay ni un rincón en sombra en mi alma, ni en mi vida.

¡Qué duro eres, y qué implacable!

Por más que me afane en darme vueltas, tu luz me ilumina por todas partes, y me veo a mí mismo desnudo, Señor, y me avergüenzo.

Antes yo me proclamaba pecador e indigno.

Yo lo decía, pero no lo sentía.

Ante Ti yo rebuscaba unas faltas

pero apenas lograba sacar de mi saco unas minúsculas confesiones.

Ahora, Señor, es todo mi ser quien se arrodilla, es el pecado que yo soy quien pide perdón.

Señor, gracias por tu Luz, yo nunca había sabido todo esto.

Pero ahora ya basta, Señor, te lo prometo. He comprendido:

yo soy *nada*,

Tú eres *todo*.

SEÑOR, ESTOY ATERRADO

Llegará un día en que el militante se dará de bruces violentamente con el mal del mundo.

Será cuestión de segundos tal vez, pero éste se le manifestará con toda su amplitud y profundidad. Incapaz de compartir con otros este secreto, cargará a solas, anodadado —desgana y noche— el mal que creía conocer y del que otras veces sólo había percibido el primer pliegue. Contacto profundo con el pecado del mundo. Primera etapa de una noche indispensable para la purificación del militante y el pleno conocimiento de su misión de redentor.

Más adelante, la noche se instalará en el ápice de su alma, pero ésta será ya la aurora de la resurrección.

* *

Dios, por amor a nosotros, trató a aquel que no conocía el pecado como si fuera el pecado mismo, para que en Él fuéramos justificados con la justicia de Dios. (2 Cor 5,21)

Comenzó a sentir temor y angustia y les decía (a sus apóstoles): «Triste está mi alma hasta la muerte, permaneced aquí y velad». Adelantándose un poco, cayó en tierra, y oraba que si era posible, pasase de Él aquella hora. Decía: «Padre, todo te es posible; aleja de mí este cáliz; mas no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres Tú». (Me 14,33-36)

Ahora mi alma se siente turbada. Y, ¿qué diré? ¿Padre líbrame de esta hora? Mas para esto he llegado Yo a este momento. ¡Padre, glorifica tu nombre! (Jn 12,27)

Señor, estoy aterrado
esta noche estoy aterrado.

El mal es terrible, Señor,
es feo
es sucio.

Yo marchó por el fango
camino sobre el fango
nado en el fango.

El mundo es fango.

Me parece que tengo necesidad de lavarme
las manos
los ojos
el cuerpo
el corazón
el alma
todo, Señor.

No me atrevo a seguir avanzando,
no me atrevo ni a mirarme.

¿Por qué tuviste que enseñarme eso, por qué me
hiciste comprender?

Ya no podré olvidarlo nunca más.

¡Ah, qué viejo me siento esta noche, más viejo que
mi rostro mentiroso!

En unas horas he envejecido diez años.

Señor, perdón, yo no sabía todavía.

Señor, perdón, ellos aún no saben, los hombres felices
no lo saben, los sin pecado aún no lo saben,
los puros, los inocentes no lo sabrán jamás, ni
siquiera podrán imaginarlo.

¡Oh, qué feo es, Señor!

Esta foto de muchachote puro y sonriente que miro,
me serena y me enfurece a un tiempo.

Envidio su inocencia y me molesta su tranquilidad,
mendigo su sonrisa que me hiere,
hambreo su pureza reciente y me hace daño.

Señor, ¿cómo se puede saber y quedar limpio?
¿cómo conocer y permanecer en paz?
¿cómo cargar la infinita tristeza del pecado y
guardar en lo profundo tu Alegría?

*

*Hijo mío; hace falta aceptar el mal que hay en el mundo,
hace falta, incluso, cargárselo a la espalda.
No te detengas, pero cógelo al paso:
para eso te envié por los caminos.
Te aplasta, no puedes seguir avanzando con él, te desplomas de asco en la noche y en la soledad.
Conozco todo eso, hijo mío,
también yo lo he pasado antes que tú:
fue mi Agonía.
Porque hay que pasar por ahí, ésa es la ley de mi Redención.
Pues antes de resucitar hay que morir,
antes de morir hay que agonizar,
antes de agonizar hay que sufrir.
No huyas del mal. Al contrario: estáte allí. Cógelo.
Cuanto más feo sea, cuanto más pesado, más hay que empuñarlo.
Sufre,
muere:
la Alegría vendrá después.*

LA TENTACIÓN

El demonio no puede quedarse satisfecho al ver que un cristiano se ha puesto de parte de Dios y de los demás.

No faltarán días o épocas en que el torbellino de la tentación, acallado últimamente por el canto del amor, rebrotará más violento e insistente.

Dios permite esta prueba. Y ocasiones habrá en que se hará sordo a los SOS de su pequeño, para medir sus fuerzas y obligarle a un mayor abandono.

Hasta que éste lo espere todo de Dios y nada de sí mismo, no encontrará la paz.

Sólo los niños pequeños se dejan conducir por Dios.

* *

Cuando hubo subido a la nave, le siguieron sus discípulos. Y se produjo en el mar una gran agitación, tal que las olas cubrían la nave; pero Él entretanto dormía, y acercándose le despertaron, diciendo: «Señor, sálvanos que perecemos». Él les dijo: «¿Por qué teméis, hombres de poca fe?» Entonces se levantó, increpó a los vientos y al mar, y sobrevino una gran calma. (Mt 8,23-26)

En verdad os digo, si no os volvieras y os hicieréis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. (Mt 18,2-3)

No puedo más, Señor,
estoy rasgado,
agrietado.

Desde la mañana estoy luchando con esta tentación

que dale y dale, discreta, persuasiva, sensible o sensual, danza ante mí como una muchacha picante ante un barracón de feria.

Y ya no sé qué hacer,

no sé dónde ir,

me acecha, me sigue, me invade.

Si huyo de una habitación me la encuentro sentada, esperándome, en la otra.

Cojo un periódico y allí está escondida bajo las palabras de un artículo tonto.

Salgo y topo su sonrisa detrás de un rostro desconocido.

Giro la cabeza, miro a la pared y salta de un cartelón de anuncio.

Vuelvo a casa para trabajar y ella duerme tranquila en mis carpetas y se despierta apenas toco mis papeles.

Desesperado meto mi pobre cabeza entre las manos, cierro los ojos para no ver nada... y la descubro más viva que nunca, instalada dentro de mí, como en su casa.

Pues ella ha forzado la puerta de mi alma,

se ha deslizado en mi cuerpo,

en mis venas,

hasta la punta de mis dedos,

se mete por las rendijas de mi memoria,

canta al oído de mi imaginación,

toca mis nervios como las cuerdas de una guitarra.

Ya ni sé dónde estoy, Señor,

no sé siquiera si quiero este pecado que me guiña

no sé si estoy huyéndolo o si corro hacia él.

El vértigo me agarra y el vacío me atrae como al imprudente alpinista que no puede ni seguir avanzando ni retroceder.

Señor, ayúdame.

*Aquí estoy, niño mío.
No estás abandonado
hombre de poca fe.*

*Es que eres demasiado orgulloso,
todavía cuentas contigo.
Si quieres pasar a través de todas las tentaciones sin
caer, sin vacilar, calmo y sereno,
hace falta que te abandones en mis manos,
hace falta que reconozcas que tú no eres suficiente-
mente grande, que tú no eres lo bastante fuerte,
hace falta que te dejes guiar,
como un niño,
como un pequeñuelo mío.*

*V amos, dame tu mano y no temas.
Si hay fango yo te llevaré 'en brazos.
Pero hace falta que tú seas pequeño, totalmente pe-
queño
pues sólo los pequeños van en brazos del Padre.*

PECADO

Y hay ocasiones en que no es sólo la tentación lo que tiene que saborear el cristiano que se entrega de veras. También el pecado.

Caída bochornosa que ya creía a mil leguas. Tan profundo, tan sólido le parecía su amor para con el Señor.

Caído corre el peligro de desanimarse.

No había llegado a sentir jamás tan hondamente el mal con toda su fealdad.

Ahora conoce mucho mejor el amor de Dios.

Todo es gracia. Este tropiezo le ayudará a comprender que no puede fiarse lo más mínimo de sí. Y le devolverá al lugar que le corresponde: el último.

Pero simultáneamente con la desconfianza de sus fuerzas será necesario que aprenda a abandonarse cada vez más en Dios, Padre.

* *

Y para que yo no me engría a causa de la grandeza de mis revelaciones, me fue dado el aguijón de la carne, este ángel de Satanás, que me abofetea. Por esto rogué tres veces al Señor para que lo aparten de mí, y Él me dijo: «Te basta mi gracia, pues mi poder es tanto mayor cuanto mayor es la dificultad...», pues cuando parezco débil, entonces es cuando soy fuerte. (2 Cor 12,7-10)

Yo os digo que en el cielo será mayor la alegría por un pecador que haga penitencia que por noventa y nueve justos que no la necesitan. (Le 15,7)

* *

He caído, Señor.

Otra vez.

Y ya no puedo más. Ya no venceré nunca.

Me avergüenzo de mí y ni me atrevo a mirarte.
Y, con todo, Señor, yo he luchado: te sabía junto a mí,
incluso sobre mí, atentamente.
Pero la tentación ha soplado como una tempestad,
y yo he vuelto los ojos
y me he salido del camino
mientras Tú te quedabas silencioso y dolido
como un novio despreciado que ve su amor alejarse
en los brazos del rival.

Luego el viento calló, se calló bruscamente como brus-
camente se había levantado,
luego el relámpago se apagó tras de haber desgarrado
bruscamente la sombra, y yo me encontré solo,
avergonzado, triste, con mi pobre pecado entre las
manos.

Este pecado que yo he elegido como un cliente su
compra,
este pecado que ya no puedo devolver porque se
ha ido el vendedor,
este pecado sin olor,
insípido,
este pecado que me repugna,
inútil objeto que quisiera tirar en cualquier sitio;
este pecado que quise y ya no quiero;
este pecado que yo vengo soñando
rebuscando
olfateando
acariciando
desde hace tanto tiempo,
este pecado que al fin he conquistado apartándome
fríamente de Ti, Señor,
arrastrándome panza abajo, extendiendo mis bra-
zos, mis manos, mis dedos, mi cara, mi corazón,

este pecado que al fin he conquistado apartándome voraz.

Ahora lo poseo y me posee como la tela de araña tiene cautivo al moscardón.

Ya es mío,

se me pega a la piel,

se cuela dentro de mí,

me corre por las venas,

ocupa mi corazón,

se desliza por todas partes como la noche se insinúa en el bosque y va copando los últimos rincones de la luz.

Ahora no puedo desembarazarme de él.

Corro y me sigue, como un perro sarnoso que quisieras perder y que, obstinado, siempre alcanza a su dueño y se te frota feliz contra las piernas.

Este pecado tiene que notármese, pienso.

y me avergüenza ir por la calle; quisiera arrastrarme para huir las miradas.

Me aterra encontrarme con los amigos,

me da vergüenza encontrarme contigo, Señor, pues Tú me amabas y yo te he olvidado.

Te he olvidado porque he pensado en mí

y no se puede pensar en dos señores a la vez.

Hace falta escoger, y yo he escogido.

Y tu voz,

tu mirada,

tu amor hoy me hacen daño.

Sobre mí están, pesados,

más pesados aún que mi pecado.

Oh, Señor, no me mires así.

Estoy desnudo

y sucio,

caído por el suelo,
destrozado.
Ya no me quedan fuerzas,
ya no me atrevo a prometerte nada,
sólo me queda permanecer así, curvado, ante Ti.

✕

*Vamos, niño, levanta tu cabeza.
¿No será sobre todo tu orgullo quien te hiera?
Si me amases de veras estarías triste, sí, pero confiarías.
¿Acaso crees que mi amor tiene límites?
¿Piensas que he dejado de amarte un solo instante?
Aún estas contando contigo mismo, hijo,
y no debes contar más que conmigo.*

*Ea, pídemme perdón
y luego, rápido, levántate,
porque, fíjate bien, lo más grave no es el haber
caído
sino el seguir en tierra.*

ES DE NOCHE

Sólo los ciegos se ponen en las manos de un lazarillo y se dejan conducir como niños. De ahí que para purificar la acción todavía demasiado humana del militante, el Señor se ve obligado a negarle toda luz.

En adelante no deberá poner su confianza más que en Dios.

El hombre tenía sus esperanzas puestas en la organización, ya no sabe qué hacer. Creía en su palabra, no sabe ensartar tres frases. Confiaba en el valor de las reuniones, fracasan estrepitosamente las que había preparado con todo detalle.

Donde antes lograba los más resonantes éxitos, hoy cosecha desastres. Y Dios cual si se mofase de su inutilidad repentina y total sigue actuando, pero al margen de lo normal hasta entonces, sin tener en cuenta para lo más mínimo a este «servidor inútil».

Y para colmo, cuando el militante avergonzado y al borde de la desesperación busca a Cristo para llorar en su presencia, éste se hace invisible.

Y el cristiano se queda solo en la noche.

La prueba es dura. No hay que hacer nada para escamoteársela, pero hay que confortarle en ella.

Al igual que la presa cierra el paso al agua para amontonar más y multiplicar su fuerza, así Dios no queriendo para su militante una acción a ras del suelo, le hará fracasar de tejas abajo, para purificarle más y más y llevarle hasta el fondo de su fe.

* *

llegada la hora sexta hubo oscuridad sobre la tierra hasta la hora de nona. Y ala hora de nona gritó Jesús con voz fuerte; «Dios mío, ¿por qué me has abandonado? -» (Me 15,33-35)

* *

Señor, es de noche.

¿Estás también aquí en mi noche?

Tu luz se ha apagado y su reflejo sobre los hombres
y las cosas ha desaparecido
y todo me parece gris y sombrío como la natu-
raleza cuando la niebla eclipsa el sol y amortaja
la tierra.

Todo se me hace cuesta arriba, todo me pesa y yo me
siento torpe y lento.

Al despertar, la mañana me abrumba porque me esconde
un día.

Yo tengo prisa por desaparecer y deseo la muerte
como un olvido.

Yo quisiera partir,
escaparme,
escapar
no sé adonde, escaparme.

¿Escapar de quién?

De Ti, Señor, de los otros, de mí, no sé de quién.

Pero escapar
huir.

Y camino como un hombre borracho
empujado por la costumbre, sin porqué.

Repito cada día los mismos gestos, pero sé de ante-
mano que son inútiles,
camino, pero sé que mis pasos no van a ningún
sitio,
hablo y, mis palabras me parecen horriblemente
vacías pues sólo —yo lo sé— pueden oírlos los
oídos de carne, y no las almas que viven dema-
siado altas y lejanas.

Aun las mismas ideas se me esconden, se me hace
cuesta arriba el pensar.

Las palabras a veces se me escapan, se resisten a
seguirme sirviendo,
balbuceo, me embarullo, enrojeczo,
soy ridículo.

Y me avergüenzo pensando que los demás pudieran
darse cuenta.

¿Es que me estoy volviendo loco, Señor?

¿O es que Tú quieres esto?

Pero todo esto no sería nada si yo no estuviese solo.
Porque estoy solo.

Tú me has arrastrado lejos, Señor; confiado yo te
seguí, mas Tú ibas a mi lado,
pero he aquí que en pleno desierto, en plena noche,
bruscamente Tú has desaparecido,
llamo y no me respondes,
te busco y no te encuentro.

Yo he abandonado todo y ahora me encuentro solo.
Tu ausencia es mi dolor.

Es de noche, Señor.

¿Estás aquí en mi noche?

¿A dónde estás?

¿Me amas todavía?

¿O te has cansado de mí?

Señor, respóndeme.

¡Responde!

Es de noche.

TÚ ME HAS CAUTIVADO

Quien ha «capitulado» ante Dios, quien le ha dicho «sí», no tarda las más de las veces en conseguir su recompensa.

El Señor le hace saborear la felicidad de poseerle y de ser poseído por Él.

No hay palabras que puedan expresar este abrazo amoroso de Dios.

Qué bien lo comprendió aquel muchacho que «cautivo» por su Maestro, súbitamente, en medio de la calle, se vio obligado a bajar de la «bici», porque ya no era capaz de seguir rodando sin peligro.

O aquella muchacha que tuvo que abandonar por unos momentos su sección en la fábrica para encerrarse a solas unos minutos y ocultar a la curiosidad de sus compañeras su semblante transfigurado.

O aquel otro chico que después de una reunión, confesaba con la mayor ingenuidad que había pedido a Dios «le dejara un poco» para poder seguir el diálogo de sus camaradas.

La verdad es que no hay que buscar estas gracias sensibles, pero hay que ser lo bastante sencillos para saber darle las gracias al Señor cuando nos las brinde, aprovechándose así de sus dulzuras antes de experimentar su firmeza incommovible.

* *

Y nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene, Dios es Amor... En eso consiste su Amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó...

(1jn 4,16.10)

Tero cuanto tuve por ventaja lo reputo daño por amor de Cristo, y aun todo lo tengo por daño, a causa del sublime conocimiento de Cristo Jesús, por cuyo amor todo lo sacrifiqué

y lo tengo por estiércol con tal de gozar a Cristo y encontrarme en Él... Yo sigo mi carrera por si logro conquistarle, ya que yo mismo fui conquistado por Cristo Jesús. (Filip 3,7-9.12)

* *

Señor, Tú me has cautivado y no he podido resistirte.
Largo tiempo escapé, pero me perseguías,
yo corría en zigzags, pero Tú lo sabías.

Me alcanzaste.

Y yo me debatí.

¡Me venciste!

Y hoy heme aquí, Señor: he dicho «sí» cansado y sin aliento, a pesar mío casi.

Yo estaba allí, temblando, como un vencido a merced del vencedor,
cuando Tú pusiste sobre mí tu mirada de Amor.

Ya está hecho, Señor, ya no podré olvidarte,
en un instante Tú me has conquistado,
en un instante Tú me has cautivado,
has barrido mis dudas,
mis temores volaron.

Te reconocí sin verte,
te sentí sin tocarte,
te comprendí sin oírte.

Ya estoy marcado con el fuego de tu amor,
ya está hecho: nunca podré olvidarte.

Ahora yo te sé presente junto a mí, y trabajo en paz bajo tu mirada de Amor,
ya no he vuelto a saber lo que es tener que hacer esfuerzos para orar:
me basta con levantar los ojos de mi alma hacia Ti para encontrar tus ojos

y no hace falta más: nos comprendemos, todo está claro, todo es paz.

En algunos momentos — oh, gracias Señor — vienes irresistible a invadirme como un brazo de mar que lento inunda la playa.

O bruscamente me coges como el amante estrecha a la esposa que se abandona a él.

Y yo no evito nada: cautivo como estoy, te dejo hacer, seducido, contengo la respiración, y todo el mundo se desvanece, Tú detienes el tiempo.

¡Ah, cómo quisiera que estos minutos durasen horas y horas!

Cuando Tú te retiras dejándome encendido, trastornado de gozo,
yo no sé cosas nuevas pero sé que Tú me posees más aún,
alguna nueva fibra de mi ser queda herida,
la quemadura ha crecido
y yo estoy un poco más cautivo de tu amor.

Señor, sigues haciendo el vacío en torno a mí, pero ahora de un modo muy distinto:
es que Tú eres demasiado grande y eclipsas todas las cosas.

Todo cuanto yo amaba ahora me parece bagatela,
mis deseos humanos se funden como cera bajo el fuego de tu Amor.

¡Qué me importan las cosas!

¡Qué me importa mi bienestar!

¡Qué me importa mi vida!

Ya no deseo más que a Ti.

Tan sólo a Ti te quiero.

Los demás van diciendo «Está loco».
Pero son ellos, Señor, los que lo son.

Ellos no te conocen,
ellos no saben de Dios, ellos no saben que no se
le puede resistir.

Pero a mí... a mí me ha cautivado, Señor, y yo estoy
seguro de Ti.

Tú estás aquí y yo salto de gozo,
el sol lo invade todo y mi vida resplandece como
una joya,
todo es fácil,
todo es luminoso,
todo es puro,
¡todo canta!

Gracias, Señor, gracias.

¿Por qué a mí, por qué me has escogido a mí?

¡Oh, alegría, alegría, lágrimas de alegría!

ANTE TI, SEÑOR

El principiante necesita palabras, imágenes, ideas que mantengan en pie su oración, pero paso a paso éste se da cuenta de que todas estas muletas son más bien obstáculos que se oponen a su «contacto» con Dios.

Cristo al «cautivar» al militante le hace ver que es inútil hablar, imaginar o pensar, trátase de lo que se trate.

Sólo hay un camino: Dejarse «trabajar» por Dios.

Ponerse delante de Él sin intermediario alguno. He aquí el medio más seguro para encontrarle, para dar con Él cuando nos invite.

Pero cuidado. Pasividad no es lo mismo que olvido de los hombres.

Al contrario, el militante cargado con todos los hermanos que ha tomado a su cargo, debe llevarles sin aspavientos hasta Dios.

Amigo de Dios. Amigo de los hombres. Sólo así realizará el gran encuentro.

* *

Tú, cuando ores entra en tu cuarto y, cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre que ve en lo escondido, te recompensará. Y en vuestras oraciones no seáis charlatanes... (Mt 6,6-7)

Yo de buena gana me gastaré y me desgastaré hasta agotarme por vuestras almas. (2 Cor 12,15)

... Como nodriza que cuida a sus niños, así llevados de nuestro amor por vosotros, querríamos no sólo daros el Evangelio de Dios, sino aun nuestras propias almas: tanto hemos llegado a quererlos. (1 Tes 2,7-8)

Estat aquí, ante Ti, Señor, y ya está todo.
Cerrar los ojos de *mi* cuerpo,
cerrar los ojos de mi alma,
y quedarme así, inmóvil, silencioso,
abrirme ante Ti que estás abierto a mí,
estar presente a Ti, el infinito presente.

Yo acepto, Señor, este no sentir nada
no ver nada
no oír nada,
vacío de toda idea
de toda imagen
en la noche.

Heme aquí simplemente
para encontrarte sin obstáculo
en el silencio de la Fe,
ante Ti, Señor.

Pero, Señor, no estoy solo,
ya no puedo volver a estar solo,
soy multitud, Señor,
pues los hombres me habitan.

Yo los he encontrado
y ellos han penetrado en mí
se han instalado en mí,
me han atormentado,
me han traído problemas,
me han comido,
y yo los he dejado, Señor, para que ellos se
alimenten y descansen.

Y ahora te los traigo al presentarme a Ti.
Heme aquí, Señor,
helos aquí
ante Ti, Señor.

Oraciones para rezar por el camino de la Cruz

*Cristo sigue en agonía.
Y sigue todavía ofreciéndose al Padre
por la Salvación del Mundo en tantos y
tantos hombres que todos los días y a nues-
tro alrededor sufren y mueren.
El camino de la Cruz — Vía Crucis —
es también el camino de la vida.
Un verdadero cristiano no puede olvi-
darlo.*

I

JESÚS ES CONDENADO A MUERTE

Yo, hermanos, llegué a anunciaros el testimonio de Dios no con sublimidad de elocuencia o de sabiduría, que nunca entre otros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado... Mi palabra y mi predicación no se basó en persuasivos discursos de humana sabiduría, sino en la manifestación del Espíritu de fortaleza, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.

(1 Cor 2,1-5)

* *

Señor, ahora ya es demasiado tarde para callarte.

Has hablado demasiado.

Es demasiado tarde para que te dejen hacer. Has luchado demasiado.

Has llamado «raza de víboras» a la gente de bien.

Les has dicho que su corazón era un negro sepulcro bellamente adornado.

Has abrazado a los podridos leprosos.

Has hablado descaradamente con extranjeros vulgares.

Has comido con pecadores públicos y has dicho que

Jas mujeres de la vida serían las primeras en el Paraíso.

Te has complacido con los pobres, con los piojosos, con los lisiados.

Has cumplido desastrosamente tus prácticas piadosas.

Has querido interpretar la ley y reducirla a un solo pequeño mandamiento: amar.

Y ellos ahora se vengan.
Ellos se han movido contra Ti, han ido a denunciarte
a las autoridades y las autoridades van a tomar las
medidas oportunas.

*

Señor, yo sé que si intento vivir un poco como Tú
voy a ser condenado.

Y tengo miedo.

Ya empiezan a señalarme con el dedo.

Algunos se sonríen, otros se burlan, otros se escanda-
lizan, varios de mis amigos están ya a punto de
traicionarme.

Tengo miedo de pararme a la mitad del camino.

Tengo miedo de escuchar la sabiduría de los hombres,
la que dice: conviene hacer las cosas despacito,
no hay que tomarlo todo a la letra, es mejor hacer
componendas con el adversario...

Y yo sé, Señor, que Tú tienes razón.

Ayúdame, pues, a luchar.

Ayúdame a hablar.

Ayúdame a vivir tu Evangelio,

hasta el final,

hasta la locura,

la locura de la Cruz.

II

JESÚS CON LA CRUZ A CUESTAS

Si alguno quiere venir en pos de Mí, neguese a sí mismo, tome cada día su cruz y sígame. Porque quien quisiere salvar su vida la perderá, pero quien perdiere su vida por amor de Mí la salvará. (Le 9,23-24)

* *

He ahí tu cruz, Señor.

¡«Tú» cruz, como si hubiera realmente tina cruz «tuya»!

No, Tú no tenías cruz ninguna, Tú viniste a buscar las nuestras, y a todo lo largo de tu vida, a lo largo de todo tu camino, de tu pasión, has ido tomando — uno a uno — los pecados del mundo.

Ahora, pues, camina,
dóblate,
sufre.

Pero sigue caminando.

Es necesario que alguien lleve la Cruz.

*

Señor, Tú caminas en silencio.

¿Es que entonces hay un tiempo para hablar y otro para callar?

¿es que hay un tiempo de luchar y otro de aceptar

este silencioso llevar todos los pecados del mundo
y los nuestros?

A mí me ilusionaría batirme enarbolando la cruz;
pero llevarla es duro, y, cuanto más avanzo y más
miro el mal del mundo, la cruz se hace más pesada
en mi espalda.

Señor, ayúdame a comprender que la acción más gene-
rosa no es nada si no es al mismo tiempo silenciosa
Redención.

Y, puesto que Tú has querido para mí este largo
Via Crucis,
ayúdame cada mañana a reemprenderlo.

III

JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

Jesús le dijo (a Pedro y a su hermano Andrés): «Venid en pos de Mí, y os haré pescadores de hombres». Al instante, dejando las redes, le siguieron. (Me 1,16-17)

Jesús les respondió (a Juan y a Santiago): «¿Podéis beber el cáliz que Yo he de beber o ser bautizados con el bautismo con que Yo he de ser bautizado?» Le contestaron: «Sí que podemos». (Me 10,38-39)

Tomando consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, comenzó a sentir temor y angustia... Vino y los encontró dormidos, y dijo a Pedro: «Simón, ¿duermes? No has podido velar una hora?» (Me 14,33.37)

Ha caído.

Un momento se le vio tambalearse como un borracho.

Al fin, se desplomó.

Dios ha mordido el polvo.

*

También yo, Señor, confiado salí en tu seguimiento.

Y heme aquí caído.

¡Y yo que creía haberme dado a Ti definitivamente!

Pero he visto una flor en un sendero y te he dejado,

he dejado la embarazosa cruz, y heme aquí fuera

del camino, enriquecido con unos pocos pétalos

marchitos y con la soledad.

Y pasan los demás por el camino, Señor, rotos,
agotados,
y se preparan más cruces, más espaldas se curvan,
y yo ya no estoy allí para luchar contra el mal
y ayudar a los hombres a arrastrar su fardo,
yo estoy fuera del camino.

Señor, dame no solamente el salir en tu seguimiento,
sino también el mantenerme en él.
Evítame estas faltas por sorpresa que me dejan atontado
y vacío, lejos de tus canteras donde se construye
el Mundo.

IV

JESÛS ENCUENTRA A SU MADRE

«*Y una espada atravesará tu alma*». (Le 2,35)

* *

¡Qué pena me da, Señor, tu pobre madre!
Ella sigue,
te sigue,
sigue a la humanidad en su camino de la Cruz.

Ella va entre la masa anónima, pero no quita un
instante los ojos de Ti.

Ni uno de tus gestos, ni uno de tus suspiros, ni uno
de tus golpes, ni una de tus heridas le resulta
extraño.

Ella conoce tus sufrimientos,
sufre tus sufrimientos,
sin acercársete
sin hablarte
sin tocarte,
contigo, Señor, Ella salva al mundo.

*

A menudo, mezclado entre los hombres, yo los acom-
pañé en su Camino de la Cruz
y yo soy aplastado por el mal
y me siento incapaz de salvar al mundo: es dema-
siado pesado, demasiado podrido,

y además... además en cada nuevo recodo del camino descubro nuevas injusticias y nuevas impurezas.

Señor: ponme delante de los ojos a tu madre María:
la inútil, la ineficaz a los ojos de los hombres,
la corredentora a los ojos de Dios.

Ayúdame a caminar entre los hombres ávido de saber
su mal y su pecado.

Haz que yo no aparte jamás los ojos,
que jamás cierre mi corazón
para que acogiendo en mí el dolor del mundo yo
sufra y rescate como María, tu Madre.

V

EL CIRINEO AYUDA A JESÚS
A LLEVAR LA CRUZ

Lo sacaron para crucificarlo. Y requisaron a un transeúnte; un cierto Simón de drene, que venía del campo... para que llevase la cruz. (Me 15,20-21)

Ayudaos mutuamente a llevaros vuestras cargas, y así cumpliréis la ley de disto. (Gal 6,2)

• *

Pasaba por allí
y ellos lo requisaron,
dio la casualidad de que fuese él, un desconocido.

Señor, Tú aceptas su ayuda,
Tú no has exigido ni siquiera un gesto de amor,
el hermoso brío de un amigo generoso hacia el
amigo agotado y burlado,
Tú has escogido ese gesto de encargo del hombre
temeroso y obligado.

Señor todopoderoso, Tú te haces ayudar por el hombre impotente,
Señor, Tú quieres tener necesidad del hombre.

Señor, yo tengo necesidad de los otros.
La ruta de los hombres es demasiado dura para ser recorrida a solas.

Pero yo aparto las manos que se me tienden.

Quiero obrar yo solo
quiero luchar yo solo
quiero triunfar yo solo.

Y con todo, a mi lado caminan un amigo, un esposo,
un hermano, unos vecinos, unos compañeros de
trabajo.

Tú los has colocado ahí, Señor, y yo los ignoro dema-
siado a menudo.

Y sin embargo sólo uniéndonos todos salvaremos el
mundo.

Señor, dame el saber descubrir, el saber aceptar todos
los Cirineos de mi camino, aunque me ayuden
obligados.

VI

LA VERÓNICA ENJUGA EL ROSTRO DE JESÚS

Llevamos siempre en nuestro cuerpo la mortificación de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo.
(2 Cor 4,10)

Ahora vemos por un espejo y oscuramente, entonces veremos cara a cara. (1 Cor 13,12)

* *

Señor, ella te ha mirado largamente,
ha sufrido contigo
y, no pudiendo más, ha atropellado a los soldados
y con un fino lienzo ha enjugado tu rostro.
¿Quedaron tus rasgos sangrientos grabados en el
lienzo? Puede ser.
En su corazón ciertamente quedaron.

*

Me hace falta, Señor, contemplarte largamente, gratuitamente, como el hermano pequeño admira y ama al hermano mayor.
Pues yo quiero parecerme a Ti y para esto es preciso, ante todo, mirarte.
Si Tú quieres yo me convertiré un poco en Ti, pues el amigo que ama a su amigo llega a ser una sola alma con él.
Pero, Señor, demasiadas veces paso ante Ti preocupado, o me aburro cuando me paro y te miro

y así ofrezco a los otros una bien triste caricatura
de Ti.

Perdón por mi mirada opaca: ellos no ven en ella
tu Luz;

perdón por mi cuerpo ávido de placeres: ellos no
adivinan al fondo tu presencia;

perdón por mi corazón lleno de cachivaches: ellos
no encuentran en él tu Amor.

Pero, Señor, ven de todos modos a mi casa: mis puertas
están abiertas.

VII

JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

Como el esposo tardara se adormilaron y durmieron.

(Mt 25,5)

*Estad atentos, no sea que se emboten vuestros corazones...
Velad, pues, en todo tiempo y orad para que podáis evitar todo
esto que ha de venir, y comparecer ante el Hijo del Hombre.*

Le 21,34.36)

* *

No puedes más, Señor,
de nuevo estás en tierra.

Esta vez ya no es sólo el peso de la cruz quien
provoca la caída, sino la fatiga acumulada, el
cansancio.

El sufrimiento repetido adormece la voluntad.

*

Mis pecados, Señor, son unos terribles adormecedores
de la conciencia.

Yo me habitúo rápidamente al mal:
una falta de generosidad aquí,
una infidelidad allá,
una simple imprudencia más lejos.

Y mi mirada se ensombrece, ya no veo los obstáculos,
no vuelvo a ver a los demás en mi camino.

Y mis oídos se cierran. Y ya no oigo la queja de los
hombres.

Y me encuentro por tierra, en la llanura, lejos del
Calvario que Tú me has trazado.

Señor, yo te lo pido, guárdame joven en mis esfuerzos.
Ahórrame la rutina que adormece y me mata.

VIII

JESÚS REPRENDE A LAS HIJAS DE JERUSALÉN

¿Por qué ves la paja en el ojo de tu hermano y no adviertes la viga en el tuyo? O, ¿cómo puedes decir a tu hermano: «Hermano, déjame quitarte la paja que tienes en él ojo», cuando tú no adviertes la viga que hay en el tuyo? Hipócrita; quita primero la viga de tu ojo, y luego tratarás de quitar la paja que hay en el de tu hermano (Le 6,41-42)

* *

Ellas lloran,
sollozan.

Se comprende, hay motivo sobrado para ello. ¡Si vierais cómo le han dejado!

Y ellas son impotentes, no pueden intervenir.

Y entonces ellas van y lloran, lloran de compasión.

Señor, Tú las viste, las oíste.

«Llorad más bien por *vuestros* pecados.»

*

Apiadarme de tus sufrimientos y de los del mundo,
Señor, eso ya sé hacerlo.

Pero llorar por mis pecados... eso ya es otra cosa.

Me gusta tanto lamentarme de los de los demás.

Es más fácil.

En eso soy un verdadero maestro: por mi tribunal
desfila todos los días el mundo entero.

Y siempre encuentro culpable: la política, la economía,
las chabolas, el vino, el cine, el trabajo, los vagos
que no hacen nada, los curas que no comprenden
nada, los cristianos...
y tantos otros, tantos otros.
En total: todo el mundo menos yo.

Señor: enséñame que soy un pecador.

IX

JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

Respondióle Jesús (a Pedro): «En verdad te digo que esta misma noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces,
(Mt26,34)

Pedro se entristeció de que -por tercera vez le preguntase; «¿Me amas?» Y le dijo: «Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te amo». (Jn 21,17)

* *

Otra vez.
Los soldados la gozan golpeando.
Él no se mueve.
¿Estás muerto, Señor?
No, pero sí al final de las fuerzas.
Minuto de angustia terrible.

Y hay que seguir, seguir en el estado en que Tú estás seguir.
Un paso, otro más, otro aún...
Señor, Tú has caído por tercera vez, pero ya en la cima del Calvario.

*

Otra vez.
Sigo cayendo a cada paso.
No lograré llegar jamás.

Lo he dicho alguna vez, Señor, y te pido perdón,
porque es ahí donde Tú estabas esperándome para
medir mi confianza.

Si me desanimo, Señor, estoy perdido.

Mientras luche sigo estando salvado.

pues Tu has caído por tercera vez, pero ya en la
cima del Calvario.

X

JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

Es llegada la hora en que el Hijo del Hombre será glorificado. En verdad, en verdad os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, quedará solo; pero si muere dará mucho fruto. (Jn 12,23-24)

* *

Ya lo único tuyo que te quedaba era la túnica.
Le tenías un cariño especial. La había tejido tu madre.
Pero aun eso sobraba.
Una sola cosa, Señor, es necesaria: tu Cruz.

Ahora todo lo que os separaba ha desaparecido,
al fin podéis tu cruz y Tú desposaros para siempre,
y, trágica pareja, vais a salvar al mundo.

*

También yo, Señor, debo abandonar todos estos vestidos de ceremonia que me estorban en mi vida y me esconden a tus ojos,
este «tener» que ahoga el «ser» en mí, y me separa de los otros.
Así, Señor, yo debo, poco a poco, hacer morir en mi vida todo aquello que no sea fidelidad a tu voluntad.
Y esto no me gusta un pelo, Señor; hay que estar siempre muriendo.

Qué exigente eres:
yo doy y aún sigues pidiendo.
Me gustaría quedarme con cuatro naderías,
cuatro fruslerías que se me pegan a la piel y no
acabo de resignarme a ofrecerte.

Pero si Tú lo quieres todo, Señor, tómallo todo.
Arranca Tú mismo mí último vestido.
Pues yo sé bien que hace falta morir para merecer
la Vida
como el grano debe pudrirse para que pueda nacer
la espiga de oro.

XI

JESÙS ES CLAVADO EN LA CRUZ

Estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí. Y aunque ai presente vivo en carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí. (Gal 2,19-20)

* *

Señor, te extiendes en la cruz todo lo largo que eres.

Ya está.

Perfecto.

No hay nada que tocar, te está a la medida.

La ocupas toda entera y, para que quede bien seguro que te unes a ella totalmente, dejas a los hombres que te claven cuidadosamente a sus leños.

Esto sí que es, Señor, un trabajo bien hecho, a conciencia.

Ahora Tú coincides plenamente con tu cruz, como la pieza del ajustador poco a poco limada, encaja según el proyecto del ingeniero.

Tú quisiste llegar a esta precisión.

Ya no se mueve.

*

Así, Señor, yo debo unir mi cuerpo, mi corazón, mi espíritu
y, tan largo como soy, tenderme sobre la cruz del momento presente.

Y no tengo derecho a elegir la madera de mi pasión:
la cruz ya está esperando a mi medida.
Tú me la ofreces cada día, cada minuto, y yo debo
ocuparla.
No es agradable, Señor, el momento presente es tan
estrecho que no hay modo de darse en él la vuelta.
Con todo, Señor, yo no te encontraré en otra parte,
es ahí donde Tú me esperas,
es ahí donde, Tú y yo juntos, salvaremos a nuestros
hermanos.

XII

JESÚS MUERE EN LA CRUZ

... Se anonadó tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres; y en la condición de hombre se humilló, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz. (Filip 2,7-8)

...Nosotros debemos dar nuestra vida por nuestros hermanos. (1 Jn 3,16)

Todavía unas horas,
todavía unos minutos,
todavía unos instantes.

Hace ya treinta y tres años que dura esto,
treinta y tres años que viene viviendo seriamente
minuto a minuto.

Pero ahora ya no puedes seguirte escapando, ahora
estás aquí, volcado hacia el fin de tu vida, hacia
el final de tu camino.

Hete aquí, ya en las últimas, acorralado frente al
vacío.

Ea, hay que dar el paso,
hay que dar el paso de la entrega,
el último paso de la vida que desemboca en la
muerte.

¡Y dudas!

Tres horas, tres horas de agonía, son largas.

Más largas que tres años de vida,
más largas que treinta años de vida.

Tienes que decidirte, Señor, todo está preparado,
externamente al menos.

Tú estás ahí, inmóvil en tu Cruz,
has logrado morir ya a todo lo que no fuera abrazar
estos palos cruzados para los que has nacido.

Pero aún circula la vida por tu Cuerpo clavado.
¡Vamos: muere, pues, carne mortal, y brote ya tu
eternidad en Ti!

Ahora ya la vida se escapa, abandonando uno a uno
los miembros,
y se refugia acorralada por la muerte en este cora-
zón que todavía palpita.

Corazón inmenso
Corazón desbordante
Corazón pesado como un mundo, el mundo de
pecados y miserias que lleva encima.

Señor, un esfuerzo más.
Mira la humanidad que, sin saberlo, espera el grito
de su Salvador.

Tus hermanos están ahí, te necesitan.
Tu Padre se inclina y extiende ya sus brazos.

Señor, sálvanos.
¡Sálvanos!

*

Mirad: Él ha cogido en sus manos lo poco que le
quedaba de vida,
ha cogido su pesado corazón

y
lentamente
penosamente

solo entre el cielo y la tierra
en la noche atroz
loco
loco de amor
ha levantado su Vida
ha levantado el pecado del mundo
hasta el borde de sus labios
y, en un grito,
lo ha entregado *lodo*:
«Padre, en tus manos encomiendo

Cristo acaba de morir por nosotros.

Señor, ayúdame a morir por Ti.
Ayúdame a morir por ellos.

XIII

JESÚS EN LAS BRAZOS DE SU MADRE

...Le dijo su Madre: «¿Por qué has hecho esto? Mira que tu padre y yo, apenados, andábamos buscándote». Y Él les dijo; «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre?» (Le 2,48-49)

* *

Tu obra está concluida,
puedes dejar tu herramienta,
puedes irte a descansar, te lo has ganado bien.

Y lentamente te deslizas como un hombre fatigado
de tu trabajo, que se cae de sueño.

Tu madre te recibe en sus brazos:
«¡Cómo estás, hijo mío! ¡Qué exagerado eres! ¡Estás
muerto de cansancio!
»Quizá el Padre no te pedía tanto».

Pero Tú descansas en paz,
sobre tu rostro, calmo y apaciguado, hay un brillo
de gozo, es el reflejo de tu conciencia tranquila.
En verdad que has hecho sufrir a tu Madre; pero ella
está orgullosa de Ti.
«Duerme ahora, Pequeño mío. Tu Madre te mira.»

Así cada día yo me duermo al concluir mi jornada.
Y ¡en qué estado a veces, Señor!
Pero ¡ay! mi fatiga y mi suciedad no siempre vienen
del servicio del Padre.
María ¿aceptarás Tú — a pesar de todo — el velarme
cada noche?
Mi cuerpo está cargado de impurezas, pero mi corazón
pide perdón.
No olvides que Tú eres refugio de pecadores.

Santa María, Madre de Dios, ruega por mí, pobre
pecador.
Concédeme por los méritos de tu Hijo, que jamás
me duerma sin haber obtenido el perdón de tu Hijo.
Y que, reposando cada noche en tus brazos, en paz,
vaya entrenándome a morir.

XIV

JESÚS ES COLGADO EN EL SEPULCRO

Yo completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia. (Col 1,5)

Porque así como abundan en nosotros los padecimientos de Cristo, así por Cristo abunda nuestra consolación. (2 Cor 1,5)

* *

No hablemos ya más de ello.
Volved todos a vuestras casas.
El ha sido enterrado y la piedra está ya colocada.
La familia llora, los amigos están desamparados.
Ahora sí que todo se acabó.

*

Pero no, Señor, esto no se ha acabado.
«Tú estás en agonía hasta el fin de los siglos»; yo lo sé.
Los hombres se relevan en el Camino de la Cruz.
La resurrección no sería completa más que al fin del
Camino del Mundo.
Y yo estoy en camino, tengo mi partecita y los demás
la suya.
Juntos nos vamos repartiendo a lo largo del tiempo
lo que Tú te has encargado de divinizar.

Ésta es mi esperanza, Señor, y mi invencible confianza:
no hay ni un pedazo de mi pequeño dolor que
Tú no hayas vivido y transformado en infinita
redención.

Si la ruta es dura y monótona,
si conduce al sepulcro
yo sé que al otro lado del sepulcro Tú me esperas
glorioso.

Señor, ayúdame a recorrer fielmente mi Camino, bien
en mi sitio dentro de la humanidad.
Ayúdame, sobre todo, a reconocerte y a ayudarte en
todos mis hermanos de peregrinación.
Pues sera una inmensa mentira llorar ante tu fría ima-
gen si yo no te siguiera Vivo en el camino de los
hombres.

E P Í L O G O

Ya está. Quoist no escribió más. Y con la última página se te habrá entrado la alegría del punto final. La misma que sintió Dios al atardecer del sexto día.

Pero, ¿tú crees que un libro de oraciones tiene punto final?, ¿crees que la oración llega a estar completa alguna vez?

Ésta es una cabeza de puente. Yero la distancia es tan grande... Y Dios siempre pide más.

ii * *

Este libro tiene un defecto: le faltan páginas en blanco. Pregúntaselo si no a tantos amigos franceses, alemanes, italianos... que apretadamente habían ido anotando en los espacios blancos sus oraciones, sus vivencias de Dios. A mí se me ocurre pensar que en la imprenta del cielo los ángeles bien podrían ir preparando una nueva edición con las correcciones e impresiones de todos ellos. De todos ellos, y tuyas.

Subraya. Anota. Prolonga. Si únicamente los íntimos pudieran ojear tu Quoist, sería señal de que tu oración era tuya.

* * *

Pero déjame que te confiese nuestro pecado. Te hemos escatimado una oración; su título: «Han muerto a un norteafricano». Se nos resistía. No digo que en España no tengamos este mismo problema con los gitanos o con los hermanos llegados de otras regiones

más calurosas, pero la verdad es que el meridiano de Argel está, más cerca de París que de Barcelona.

Te copio las primeras líneas. Ya bastan. Y hasta pueden dar origen a tu primera oración con vistas a la edición de los ángeles:

«Han pasado dos mil años de cristianismo y siguen en pie las barreras raciales y de carácter social. Los cristianos deberíamos avergonzarnos».

* * *

Tal vez te extrañe ver que somos dos los que firmamos la traducción. Y no es que nos hayamos repartido alegremente las oraciones.

Fue en el Colegio Español de Roma donde nos dimos cuenta un día de que años atrás y en lejanía geográfica ambos habíamos asistido a las mismas clases y con el mismo texto. Se nos notaba. Y nos pareció interesante repasar aquellas lecciones a la luz de nuestro sacerdocio, prestándonos nuestro Quoist. Así fue.

Y cada noche comentábamos nuestra oración. Pensando en los otros, en ti.

* ie it

Los jóvenes nos reímos a veces de los consejos de nuestros mayores. Queremos redescubrir por nosotros mismos el mundo, las cosas, a Dios. Pero... acepta un consejo: las introducciones son introducciones; hay que leerlas antes de la oración.

Yo también abrí un día el Quoist «sin tiempo para introducciones».

Fue el impresor quien me ayudó a descubrir el sentido de la letra pequeña. Por razones técnicas me mandó solamente pruebas de las introducciones y de

los textos bíblicos. Aquel día me encontré con el mejor análisis de la vida de oración que conozco. ¿Por qué no intentas tú mismo un día esta experiencia?

* * *

Estoy seguro que desde el día en que entraron estas páginas en tu diálogo con Dios cuentas con un amigo más. Nos ha pasado a todos.

Permíteme te pida un favor: haz que también tus amigos se esfuercen en rezar por la calle. Nuestras calles, nuestra vidas, mejorarán.

RAMÓN MARÍA SANS VILA